

JESÚS URTEAGA LOIDI

# EL VALOR DIVINO DE LO HUMANO

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID



morgan editores

© 2010 Para la edición electrónica

*DEL PROLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA*

Es preciso leer bien estas páginas y hacer un esfuerzo sincero para comprender el alma veraz y sin doblez de quien las ha escrito. Yo mismo he quedado perplejo en algún momento, pero, en definitiva, me ha parecido que esta voz debía resonar y ser escuchada también en nuestro país.

Hay demasiados cristianos somnolientos e indiferentes; hay demasiada gente que vive en superficie y no en profundidad, que se fabrica el ente ficticio de un cristianismo a medida su imagen y semejanza, en lugar de conformarse en toda su propia vida a la luz del rostro de Cristo; todos estamos hoy día un poco tentados de conceder una excesiva importancia a la categoría de cantidad, en perjuicio de la pureza e integridad cristianas, olvidando que el reino de Dios radica y actúa sobre todo en la interioridad del alma que se da toda ella a Cristo; muchos deben todavía comprender, por otra parte, que la *integridad* cristiana excluye toda reducción de la fe al campo estrictamente religioso y *cultural*, pero exige una irradiación y una compenetración de todas las realidades terrestres, mediante la salvación y la renovación de *este* mundo, que, si bien no será nunca perfecto y definitivo, será siempre, sin embargo, el camino por el cual deben marchar unidos los hijos de Dios para alcanzar la Patria; existe el peligro de que muchos cristianos no sientan los imperativos de acción que su propia vocación exige de ellos; que otros, poniéndose, sí, al trabajo, pero con espíritu terrestre, a la par con los «hijos del siglo», y no como los hijos de la luz, hagan pura cultura, pura economía o pura política con los mismos métodos y con el mismo espíritu de los otros, olvidados de las superiores finalidades del Reino de Dios.

Este libro que querría llamar a unos y otros a la realidad, hace sentir el Evangelio, marcar caminos —o, mejor, ¡el camino!—y, sobre todo, enseñar que todo lo humano ha de ser incorporado, mejorado y empleado para que en todo se manifieste la gloria de Dios y la salvación del mundo.

Dada esta finalidad, se explican el tono, la efervescencia, la polémica y, ¿por qué no?, aquí y allá, un poco de exageración.

... No nos quedemos en el detalle; miremos al concepto central y al problema de fondo. Entonces se descubre que estas palabras deben ser escuchadas por muchos y se desea ardientemente que para los tibios, para los somnolientos, para los cobardes que hoy pueblan la tierra (incluso la tierra cristiana, donde el mismo Cristo quiso que fuesen fuego y espada), resuenen de verdad como un grito de despertar y como una trompa de guerra. Especialmente para los jóvenes generosos y puros son estas palabras una llamada para que den todo por la gran causa; seguros de que dar todo es el único modo de conquistar todo, a sí mismos y al mundo.

**P. RAIMUNDO SPIAZZI, O. P.** Roma, 8 de julio de 1953.

**A MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER Y ALBAS Fundador y primer Presidente  
General del OPUS DEI**

*Recuerdo aún, Padre, como si fuera ahora mismo, el día en que le oí hablar por primera vez. Desde aquel momento sus palabras empezaron a clavarse en mi alma como grabadas a juego; aquéllas, y las que desde entonces en tantas ocasiones entrañables he seguido oyéndole, determinaron esta honda transformación total de mi existencia.*

*Me empujaron a buscar y a seguir a Dios y, además, crearon la trama interior sobre la cual ha ido tomando cuerpo toda mi vida. Vida han sido, en adelante, las palabras tuyas, no sólo de mi alma, sino también de mi mente. He estado pendiente de ellas, las he anotado muchas veces tal como en aquel mismo instante acababa de oírse las, y las he meditado, más tarde, en el silencio activo de la oración. Las he repetido luego a la letra en cien ocasiones de mi apostolado sacerdotal. Han llegado así a hacerse inseparables de mí mismo.*

*Escribí este libro, sobre todo, con la limpia ilusión de reproducir lo más fielmente posible su doctrina y sus palabras, y es natural que haya resultado escrito con palabras tuyas, muchas veces literales; ahora, ni yo mismo sabría precisar cuáles son las que puse para unir o para glosar las tuyas, que repetía. Por fortuna, un medio hay para distinguirlas. Quizá haya algunas que usted no reconozca como propias, o que acaso repudie: ésas son las que yo he puesto.—  
J. U.*

***SCRIBO VOBIS IUVENES, QUONIAM FORTES ESTIS*** Os escribo a  
vosotros, jóvenes, porque sois fuertes.  
(1 Juan, 11, 14).

*... hora est iam nos de somno surgere!*  
... ya es hora de levantarnos del sueño que padecemos!  
(Romanos, XIII, 11).

## INTRODUCCIÓN

*Dúo enim mala fecit populos meus: Me derelinquerunt fontem aquae vivae, Et  
foderunt sibi cisternas, cisternas  
[dissipatas,  
Quia continere non valent aquas.*

**Dos pecados ha cometido mi pueblo: Me ha abandonado a Mí, que soy fuente de agua  
viva, Y se han ido a excavar cisternas, cis-ternas rotas, Que no pueden retener las  
aguas.**

(JEREMÍAS, II, 13).

### LA HUIDA DE DIOS

*Abre los ojos y verás a Dios abandonado.*

*Abre los ojos y contempla la confusión de nuestro tiempo. ¿Ha conocido otra  
mayor la historia de la Humanidad? Ellos y ellas, jóvenes y viejos, ricos y  
pobres... todos se han escapado de su Dios. Arrojaron lejos de sí el yugo suave  
del Omnipotente. Se han embravecido las naciones contra el Señor y contra su  
Cristo. Y pensábamos con el Profeta: Quizá es sólo la gente baja e ignorante,  
que desconoce los caminos y preceptos de Yavé.*

*Nos dirigiremos a los grandes, a los poderosos, y les hablaremos de Dios...;  
éstos ya conocerán sus mandatos... «Pero han sido éstos, todos a una, los que  
con más saña quebraron el yugo y rompieron las ataduras» (JEREMÍAS, V, 5).*

*¡Cómo escaparon, cómo han huido de nuestro Dios las gentes!*

*En su huida, en la fuga, tropezaron con la Cruz que se levantaba en el  
camino; se sacudieron el polvo, y siguieron corriendo, dejándola atrás en el  
olvido. Era un ejército de hombres resueltos que odiaban a Dios. Y en su  
carrera vertiginosa arrastraron consigo a los indiferentes.*

*¿A dónde van esas gentes? Se alejaron de Dios y buscan con ansias de  
infinito algo que les apague la sed. Hoy son los hombres los que desde la cruz  
de su vida insoportable claman el sitio, sin saber a dónde dirigir su mirada; la  
tierra les repugna y el cielo... ¡está tan lejos!*

*¿A dónde van esas gentes? Van en busca de dioses nuevos y de nuevas religiones. Y unos en la raza, otros en la sangre..., buscan lo que ni la raza ni la sangre les pueden dar. Han pretendido suplir la Divinidad de nuestro Padre Dios adorando sus vestigios en el barro de las sucias carreteras.*

*¡Qué angustioso y qué nuevo resulta el grito viejo del Espíritu de Dios! «¡Dos pecados ha cometido mi pueblo: se ha apartado de Mí, que soy fuente de agua viva, y se ha ido a excavar aljibes, cisternas rotas que no pueden retener las aguas!» (JEREMÍAS, II, 13).*

*Esos aljiberos—conocen más el odio que el amor—son los que durante mucho tiempo han regido los destinos de las naciones. En sus manos callosas y deformes de contar y contar dinero está la formación de los nuevos hombres.*

*Esos son los que hablan de paz para los torturados: los que pretenden consolar a los mutilados y enfermos de la guerra; los cabecillas del orden de ahora, que ha de traer el bienestar a los leprosos. Esos son los portadores de la fraternidad—una caridad que no conoce a Cristo ni a su Iglesia—, que unirá a los grandes y a los pequeños, a los niños con sus madres, a los jefes y a los siervos, a los guerreros y a los profetas. Esos aljiberos son los que, en su huida de Dios, nos hablan de sacramentos nuevos que darán la vida a los cuerpos muertos.*

## **HABLAREMOS DE ESE DIOS Y DE ESA TIERRA**

*No hablaremos de las causas de esta apostasía. Encontraríamos muchas. Deja tú esa cuestión para que la estudien los hombres graves y prudentes en un laboratorio. Quiero hablarte de la empresa sobrenatural y humana—¡gigantesca!—que tenemos que realizar los cristianos de la segunda mitad del siglo XX. ¡El mundo nos urge, porque amenaza ruina! Quiero que abras los ojos para que puedas apreciar esa vida incolora y aburrida que llevas: la que llevan los que huyeron me interesa, ciertamente; pero más, mucho más, me interesa la tuya. Me importa tu vida, que, no lo olvides, es ta culpable, entre otras, de la catástrofe que sufre el mundo. Y la incógnita se resuelve con tu Vida. La pongo con mayúscula para que te animes a alargar los brazos de la V hasta Dios.*

*Son angustiosos los problemas de nuestro siglo, y es imperdonable que te limites a dejar pasar el tiempo, para que sea aquél o sean otros los que busquen soluciones a este mundo corrompido.*

*¿Cómo es posible que no te importe la vida de tus hermanos?*

*¿Que... «tu vida no cuenta en este mundo»?*

*¿Que... «no puedes hacer nada»?*

*¿Qué pecado horrible hemos cometido los hijos de Dios para sentirnos sin fuerzas frente a tos hijos del diablo?*

*¿Acaso no hay en el Cristianismo hombres jóvenes que frenen y superen la maldita acción de los «hombres viejos»?*

*¿Te has olvidado de Dios? ¿Te has olvidado de que hoy estás conviviendo con santos?*

*Llevas dentro de ti el germen de una vida humana maravillosa, en la que se asentará esa Sobrenaturaleza —que es la Gracia—, y que hará de ti, no un hombre más, sino un hijo de Dios con toda la fuerza de nuestros Profetas.*

*Porque ¿quién ha dicho que prescindir de las virtudes humanas es Humildad? Hoy, más que nunca, necesitamos los cristianos ser muy hombres.*

*Hoy el mundo necesita cristianos fuertes, hombres leales, trabajadores; gentes que sepan armonizar su vida de oración con la labor diaria; que sepan conjugar ese trato íntimo con Dios y la convivencia con sus padres, con sus hijos, con sus hermanos, con sus amigos y con sus enemigos.*

*¿Es que podemos presentarnos al mundo como unos guiñapos que viven su religión de una forma molesta^ rutinaria, encogida y ridícula?*

*¿Desde cuándo, por vivir las virtudes sobrenaturales, ha dejado el Cristianismo de ser Vida? Es Vida Sobrenatural y Vida humana. Los mejores llegan a entender aquélla, pero el valor propio de ésta permanece para muchos tan en la oscuridad, tan olvidado... Y la naturaleza humana siempre será el fundamento, cimiento y raíz de una seria, recia y profunda Vida Interior.*

*En este libro hablaremos algo de formación humana. De cómo los Santos son hombres que viven la verdad, la virilidad, la juventud..., sin prescindir de su personalidad. Hablaremos de ese trabajo difícil y monótono de todos los días, en medio del mundo. Hablaremos de la audacia de los Enamorados, de locuras divinas, de generosidad, de dolor, de muerte y de alegría. Hablaremos de la gran aventura que representa la vida para un cristiano.*

*Muchos libros nos hablan del Dios que ha descendido a la tierra. Yo quisiera hablarte de ese Dios... y de esa tierra, de ese hombre, de esa lucha por la vida, de cómo en la ocupación y en el descanso, entre libros o entre herramientas, en la calle y en el campo, podemos vivir con nuestro Dios.*

*Veremos al cristiano como un hombre más entre las gentes. Hablaremos de los santos que viven la vida de hoy como los quiere la Iglesia, la Madre buena de todos los hombres. Empolvaremos las preocupaciones viejas y estudiaremos—tú y yo juntos—algunos de los problemas de la cristiandad del siglo XX.*

*Te quiero hablar, en una palabra, de las virtudes humanas. Y para hacerlo no he tenido que inventar nada. Yo me enamoré de esas virtudes —sustento de las sobrenaturales—cuando las vi hechas carne en la vida de algunos hombres que me arrastraron para acercarme a Dios.*

*No pretendo de ninguna manera darte un concepto nuevo de la santidad. Sólo quiero ayudarte a que te fijes en la capital importancia que tiene el*

«factor hombre» en el santo, en el cristiano. Por eso, principalmente hablaremos no de lo que ha de hacer éste para alcanzar la santidad, sino de aquello que el hombre tiene de humano y ha de santificar.

Sin prescindir de Dios—al que tenemos presente en todas las páginas—, porque todo lo llena; sin olvidar la Gracia, que todo lo inunda, no nos fijemos ahora en la consideración directa de las virtudes sobrenaturales que el cristiano ha de esforzarse por conseguir, y estudiemos en primer lugar al hombre de carne y hueso nacido de mujer, al individuo en sí. Contemplemos al hombre que quiere hacerse santo, si bien para él la meta no sea la santidad misma, sino el mismo Dios.

De todo ello hay mucho que decir, y puede ser dicho escalonando los temas parciales de muy distintas maneras. Lo importante es elegir un procedimiento que sea cristianamente legítimo, que sea espiritual e intelectualmente correcto, y además de ello que sea eficaz, que mueva, que empuje y encienda. Esto último es lo que más deseo.

De esa edad de fuego que se avecina a pasos de gigante—edad que no es de triunfo, sino de lucha—, te dejaré escrito algo en estas páginas. Están escritas sin estilo, sin forma, sin externa unidad, a tropezones. Pero han sido escritas—créemelo—a gritos, con el corazón.

Léelas de prisa, como están escritas. No puedo hablarte despacio, con calma. No hay tiempo. ¡Queda tanto por hacer...!

## **PARA LOS INQUIETOS Y PARA LOS REBELDES**

¿Puede seguir progresando en tu mente la idea de que la vida ha de ser para nosotros los cristianos una pasión inútil?

La vida es un juego maravilloso en el que siempre ganan los Enamorados, los Afanosos, los Ambiciosos. No hay nada inútil en la vida. Las contrariedades, los obstáculos, las dificultades, esos acontecimientos que según el sentir general de las gentes llevarían un signo — en la lucha por la vida, los podemos convertir en signos + trazando fuertemente la vertical de nuestro deseo.

¿Tú eres de los hombres que se conforman con la vida corriente e insulsa de los otros mortales?

¿Tú eres de los que siguen el ritmo cansino y aburrido de la mayoría de los hombres, ese paso—siempre lento—de los tibios, de los aburguesados, de los que no están acostumbrados a mirar a las alturas?

Entonces—perdóname que te lo advierta con ruda lealtad—no leas este libro. Te desilusionará. No encontrarás en él nada que satisfaga tu vida



*horizontal. Estas páginas no son para ti. Se han escrito en la presencia de Dios...*

*Para los inquietos y para los rebeldes que no se conforman ni con su vida ni con la de los demás.*

*Para los violentos, que son los que arrebatarán la gloria.*

*Para los que saben que se logra la Vida al entregar la vida.*

*Para todos los hombres con ideales que no tienen techumbre.*

*«Estas crisis mundiales—dice Camino<sup>1</sup>—son crisis de santos». Tienen una solución. Tienen que tenerla. Solución que encontraremos en el Cristianismo y en su Evangelio. No seas pesimista. Entre los escombros de la humanidad doliente hay hombres que guardan el secreto de la resolución de esta crisis. No me digas que son pocos. Son suficientes para formar un pueblo nuevo y grandioso; corazones llenos de Dios, hombres con coraje, extremadamente apasionados de Cristo, hombres locos, llenos de fe, llenos de esperanzas, llenos de amor. ¡Qué gran secreto nos traen!*

*Espera un poco, un poco nada más. Y veras surgir aquí y allá a esos Santos de hoy, poniendo a*

*Cristo en la cumbre de todas las nobles actividades humanas, todas, todas.*

*¿Qué trabajo queda vedado para un cristiano? ¿Qué ocupación limpia puede quedar prohibida a un católico...?*

*Pero si queremos poner a Cristo en la cima de todo lo humano, necesitamos entender en primer lugar qué es eso «humano» que tenemos que santificar.*

*Aquel que no tenga la valentía de vivir como hombre, ése jamás podrá ser Santo. Los santos no nos traen la consigna dada para realizar una empresa más o menos buena. Son portadores de un mensaje divino. Y Dios lo quiere todo, todo.*

*No olvides que ese Dios escondido continúa siendo el Dios que un día se hizo Niño para jugar con los hombres, que otro día se hizo Hostia para ser alimento de los leprosos.*

*Hoy otra vez ha realizado el Señor nuevas maravillas. Algo de ellas te contaré a lo largo de estas páginas. Si algún día nos encontramos por el mundo, pregúntame por esas nuevas locuras de Dios. Te las contaré enteras, y te enamorarás. Ellas pueden animarte a encontrar el gran camino para tu rebeldía, para tus inquietudes, para tu descontento, para tu insatisfacción santa de Hijo de Dios.*

---

<sup>1</sup> J. ESCRIVÁ DE BALAGUER: *Camino*, núm. 301, 25.ª edición, Madrid. Ediciones Rialp.

## I. SANTOS, PAGANOS, BEATOS Y COBARDES

El santo de este mundo es la plena realización de nuestra verdadera naturaleza.  
(RADEMACHER: *Religión y vida*)<sup>2</sup>.

### CON OJOS DE RISA

Esos hombres que huyeron de Dios hace siglos han venido a caer en la áspera frialdad del paganismo. Hoy apenas quedan herejes. Los que se apartan del Dios verdadero vienen a ser esclavos de la más yerta de las sequedades del alma. Son paganos. Desde todos los horizontes vuelven hoy sus ojos, sin luz, en busca de la felicidad que siempre ambicionaron. A tientas andan tratando de encontrar Camino, Verdad y Vida. Les hemos gritado de mil formas distintas que miren a nuestro Cristo. Le han mirado y no han visto nada. Les hemos gritado de nuevo que Cristo vive, el mismo que fue y será siempre, y la indiferencia de ellos apagó la fuerza de nuestros argumentos.

He comprendido la frialdad de estas almas cuando sentí en mi interior aquel reto que reflejaban los ojos de los paganos: «¡Demostradnos con vuestras vidas que Cristo vive!». Sí, es verdad, es cierto. No son suficientes las apologéticas y los tratados teológicos, tan secos y cuadrículados algunos. «¡Demostradnos con vuestras vidas que Cristo vive!».

Se desgarran el corazón cuando en la actualidad, buscando vidas humanas entre nuestros cristianos, vidas que puedan presentarse a esos hombres sin fe para que les sirvan de guía y ejemplo, no las encontramos. Es para llorar el espectáculo mediocre y ruinoso que ofrecemos al mundo después de veinte siglos de actividad. La tierra está llena de cristianos, y, sin embargo, el poderío está en manos de los muertos. De Sagrarios está el mundo lleno, y no sobran vidas, no hay vidas..., vidas que arrastren, que fortalezcan los pobres deseos de las gentes, que iluminen las entumecidas inteligencias de los tuberculosos del espíritu, que vivifiquen los egoístas corazones de los materialistas calculadores, vidas apasionadas, vidas generosas, vidas llenas de fuego; nos faltan vidas..., vidas.

Doloridos con la vulgaridad de nuestro mundo cristiano, avergonzados de buscar y no encontrar antorchas que alumbrén las cavernas de su paganismo,

---

<sup>2</sup> A. RADEMACHER: *Religión y vida*. Madrid, Atenas, 1940, página 259.

abatidos por la mentira de nuestro esfuerzo actual, hemos buscado en el pasado lo que no hallábamos en el presente.

Y les hemos presentado, llenas de color, las vidas de nuestros santos.

«¿Qué es ser santo?», nos han preguntado con ojos de risa.

Mirando al cielo hemos podido calmar nuestros nervios rotos. Apretando los puños hemos acabado por sonreír, violentándonos. ¡Se burlan de nuestros santos!

El santo es para esas almas deformadas un fantasma que quedó petrificado—en una postura casi siempre incómoda—en una hornacina, rodeada de viejecitas de piel arrugada.

«¿Los santos?», siguen preguntándose los paganos. Unos pobres desgraciados que se propusieron con energía llevar a cabo el lema *ora et labora* y se quedaron a mitad del camino, con sus oraciones, plegarias y rosarios, olvidando el trabajo corriente de todos los hombres.

«¿Los santos?». Pobrecitos enfermos que, habiendo sido despreciados por la vida, se agarraron como tabla de salvación a reflexionar sobre la Muerte. Habían perdido la salud y ejercitaron sus virtudes menospreciando a los fuertes. Encapuchados que nunca vieron la luz del sol, que como estantiguas pasaron por las montañas de siglos atrás asustando a los hombres pacíficos. (Así hablan los paganos).

«¿Los santos?». Y han vuelto a mirarnos con ojos de risa.

Y, verdaderamente, sobre las montañas discurre la caravana de nuestros santos.

Pero no son fantasmas; son hombres que conocieron el tiempo de todas las edades; algunos llevan el paso lento de la vejez; otros hay que van dando saltos con su juventud. Encapuchados y gentes con la cabeza descubierta, trajeados a la antigua, unos; con vestimenta moderna, otros. A caballo, las sandalias rotas, guerreros de todos los tiempos; capas reales y cadenas de esclavos; todos a través de las montañas. Una bella caravana. ¿No la veis?

Pero..., para nuestros santos, los paganos tienen el desprecio y el odio.

Para muchos paganos modernos son un motivo más de poesía y de recuerdo; admiran su entusiasmo, su sensibilidad, su amor a la naturaleza, y miran con despecho a su Dios.

Pero... el santo, ¿qué es el santo para nuestros fieles? Para esos hombres afiliados a la doctrina de Cristo por el bautismo, ¿qué es el santo? Y volvemos a avergonzarnos con lo que vemos y oímos.

El santo, a esas gentes les inspira compasión: unos hombres que vivieron de rodillas en épocas pasadas. Los santos fueron hombres que por la penitencia llegaron a ser lo que son: validos de Dios. Este concepto de validos es el que ha quedado entre las gentes.

Y acudirán al santo para pedirle favores, besuquearán sus pies de pasta, admirarán su cara relamida y poco artística, depositarán monedas como prenda de su amor. Se les pide novio, se les pide novia, se les reclaman las cosas perdidas, y hay días señalados en los que el conseguirlo resulta menos difícil.

¡Ese es el santo; así nuestros santos! ¿En eso han quedado los ejemplos que para nuestra vida selló la Santa Iglesia de Cristo: fetiches sobre peanas de escayola con vetas pintadas para que parezcan de mármol?

No es el concepto de todos, pero, sí el de muchos. ¿Y podremos después quejarnos de lo que estimen los paganos cuando vean a la comunidad de los cristianos seguir esos derroteros falsos?

¡Nuestros santos confundidos con fetiches de pasta!...

### «VIDAS DE SANTOS»

Y continúan preguntándonos: «¿Qué es ser santo?». Y abrimos con miedo esos libros que llevan por título: «Vidas de santos». Libros encuadernados con tapas negras, muy negras, ¡siempre de luto!, con gruesos caracteres de imprenta, para que puedan leer con facilidad las gentes de vista cansada. Y nos encontramos con hombres poco enérgicos y faltos de alegría, que a la temprana edad de cinco años demostraban una terrible aversión al siglo mundano y pervertido.

A veces se nos presentan en estos ejemplos de vida sobrenatural a unos niños que no saben jugar con las cosas de los niños, que no saben hacer Travesuras, que no saben reír ni saben llorar.

Todos, siendo pequeños, hemos pedido a los Reyes Magos un tragabolas, un tranvía y un tambor. Nuestras hermanas, muñecas de mil colores, botones y cocinas de verdad. Pero los santos—así nos lo han contado en ocasiones—se encontraban muy por encima de esos juegos triviales y sin sentido.

Y si esos libros presentan a un joven de dieciocho, veinte o veintitrés años, quieren exaltar su modestia y retratan la timidez, y si hablan de pureza, entendemos cobardía.

Muchas veces aún se confunde la santidad con los portentos, y si se nos habla de santos que no fueron taumaturgos, se nos llama la atención sobre su oración contemplativa, que exteriormente no se traslucía, y se alude a esto con pena.

¿Por qué tienen miedo a decirnos que exteriormente tenían todas las características de los hombres corrientes? Como si la santidad obligara a llevar en la frente un sello que los distinguiera de los otros mortales; como si la santidad fuera una profesión más entre las actividades humanas.

Hablamos tan sólo de lo que leemos. Más vale no hablar de lo que vemos en muchas estatuas de cartón piedra. ¡Qué caras, qué gestos, qué amaneramiento!

Este es, por lo visto, el tercer concepto que se tiene de los santos, el de esos piadosos autores: no nos dejan ver más que un derroche de Gracia divina sobre una naturaleza enclenque y enfermiza. He intentado alguna vez comenzar a escribir un libro que llevara por título «Los defectos de los santos», pero...; ¡resulta tan difícil hallar las fragilidades humanas de los biografiados en esos libros! ¡Cómo las ocultan! Tienen verdadero temor a decirnos que fueron hombres. ¡Con lo alentador que sería para nosotros contemplar los defectos naturales de los santos y lo que hicieron para superarlos! Por eso es por lo que a muchos las «Vidas de santos» les aburren, les cansan, les decepcionan. Buscaban un modelo imitable, un gesto humano, un amigo que les animara en la lucha, y los hombres de carácter querían hallar una personalidad. Pero si la han visto, en el mejor de los casos ha sido una personalidad desfigurada o aniquilada.

## BEATERÍA

"En la medida en que se borra de las conciencias el sentido de la trascendencia divina, el Cristianismo se envilece. Y en la misma medida pierde su influencia transformante".

(LECLERC: *Diálogo del hombre y Dios*, pág. 40).

Esas vidas de santos han secundado el ambiente Dropicio para el desarrollo de un engendro monstruoso, mezcla de santo—en apariencia—y cobarde. Planta ambigua—le llama **BRUCKBERGER**<sup>3</sup>—, que continúa creciendo a la sombra de nuestros templos: el beato.

Y si los que huyeron de Dios, al pretender volver a su hogar buscan la verdad en la vida de los que se dicen hijos de El, no podemos negar que les tiene que resultar molesta, por ficticia y melindrosa.

El beato quiere ser santo; «pero mientras el santo tiene deseos de Dios—dice BRUCKBERGER—, el beato cifra sus ansias en la santidad». El beato es corto de miras. Verá el mundo con sus hombres malos y perversos y se acurrucará en su caparazón egoísta. Se quejará del mal trato de los mundanos para los sacerdotes de Dios; pero nunca pasará por su cabeza ni la defensa dura ni el ataque juvenil a los enemigos de la Iglesia. Vive la más necia cobardía con ropajes de prudencia. En momentos de arranque podrá pedir al cielo fuego que destruya las malicias de los hombres, pero no tendrá la ambición santa de salvarlos a

<sup>3</sup> *El valor humano de lo santo*, Madrid. Ediciones Rialp, pág. 61.

todos. Su candor hasta podrá servir para que las madres les pongan de ejemplo a sus niños en los tiempos pacíficos; pero recibirán el desprecio de todos en los tiempos guerreras. No, no sirven para la lucha. «Flores de invernadero» que conocen las luces tibias de los templos, pero ignoran la vida que da la luz del sol. No pueden hablar de espadas ni de muerte, ni de audacia ni de reciedumbre. Una virtud humana, entre muchas, ignoran: la valentía.

El beato desconoce la ambición y la visión de conjunto. Es miope en las cosas del espíritu.

Al beato le preocupan extraordinariamente las formas que equivocadamente cree que santifican. El beato será siempre poco original. Un plagio de pintor novel, desconocedor de técnicas y creación. Tratará de pintar aisladamente brochazos de la vida del santo de su devoción, sin calar el móvil de su fuerza vivificadora.

Beatos son, por eso, los que se contentan con vivir las formas de una vida interior que desconocen.

Beatería es la falta de pudor llevada a las relaciones íntimas del alma y Dios. Si los hombres, cuando hablan con sus semejantes, se mantienen correctamente erguidos, ¿por qué cuando hablan con Dios han de torcer la cabeza?

Beato es aquel que se pasa las horas en la iglesia, cuando su obligación es trabajar en aquel momento o atender a su familia. «Si alguna viuda tiene hijos y nietos—nos dice San Pablo—, atienda primero a gobernar bien su casa y dar el retorno debido a sus padres; pues esto es lo que agrada a Dios» (1.ª Timoteo, V, 4).

Beato es aquel que se santigua dos veces por escrúpulo.

Beato es el que pertenece a ocho cofradías y no descansa hasta que ingresa en la novena.

Beato es aquel que todo lo «espera» de Dios, pero no hace el mínimo esfuerzo personal para resolver lo que espera. Y esto es tentar a Dios.

El beato es un «sentimental» de corta inteligencia.

Muchos de los beatos abandonarían por consunción la falsa imitación de la santidad si se les suprimiera su tonta vanidad. Cuando no tengan por qué poner los ojos en blanco—porque nadie les mire—, cuando no encuentren razones a sus párpados caídos—porque nadie les atienda—... esos hombres dejarán de ser beatos.

Y así son tales individuos: muchas cruces, muchas medallas, de estampas llenan todos sus libros.

Siempre tienen entre manos hojas de propaganda «anunciando» actos piadosos.

Si alguna inclinación se manifiesta en ellos es la de sacristanes; de esto es de lo único que entienden; pero a la hora de entregarse, de negarse a sí mismos, les falta generosidad.

De su profesión no se ocupan, y de ganar amistades, tampoco. No puede uno acercarse a ellos esperando un poco de calor, porque el corazón lo tienen frío; en la conversación hay que cuidar las palabras, porque se nos escandalizan. Se les puede hablar de devociones y de procesiones, pero no de vida interior, porque la desconocen. Nos hablan de oficios y de horario de misas, pero no de apostolado personal, que no lo entienden.

«No se acaban de hartar de oír consejos y preceptos espirituales, y tener y leer muchos libros que traten de esto, y váseles más el tiempo en esto que no en obrar la mortificación y perfección de la pobreza interior de espíritu que deben. Porque, además de esto, se cargan de imágenes, rosarios y cruces muy curiosas y costosas; ahora dejan unas y toman otras; ahora truecan, ahora destruecan; ya las quieren de esta manera, ya destotra, aficionándose más a ésta que a aquélla, por ser más curiosa o preciosa. Ya veréis otros arreados de *Agnus Dei* y reliquias, y nóminas, como los niños con dijes»<sup>4</sup>.

Se desenvuelven con soltura en ese pequeño círculo alrededor de las iglesias, pero no saben manejarse ante la vida. Y éstos son los que más se dejan ver, los que alardean de buenos y como cristianos figuran por todas partes.

Y no son esas vidas las que pueden demostrar a los paganos que Cristo vive, porque así son los beatos: si obrero, mal compañero; si empleado, mal caballero; si estudiante, poco estudioso. Su trato repele y su fisonomía da pena. Les falta hombría, y ni siquiera saben amar a le humano.

La beatería es un vicio como otro cualquiera. No existe vocación de beato. El beato es una monstruosidad, una deformación del cristiano, y por ser deformación tiene que desaparecer.

---

<sup>4</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ: *Noche oscura*, cap. III. Edición crítica del P. Gerardo de San Juan de la Cruz. Toledo, 1912-1914.

## ¡CALUMNIA!

*Locutaque est María et Aaron contra Moysen...  
... Quare ergo non timuistis detrahere servo meo Moysi?  
... et ecce María apparuit candens lepra quasi nix. Cumque respexisset eam  
Aaron, et vidisset perfusam lepra...*

"María y Arón murmuraban de Moisés...  
... (Habla Y ave). ¿Cómo os habéis atrevido a difamar a mi siervo?  
... y apareció María, como de nieve, cubierta de lepra; y miró Arón a María y  
la vio toda cubierta de lepra".

(Números, XII, 1-10).

Al reto de los paganos hemos querido contestar ¡que Cristo vive!, mostrándoles las vidas de los cristianos de ahora. Pretendíamos hacer que se fijaran en éste, y en éste, y en éste; hombres que les sirvieran de ejemplo; pero al pasar por las filas de nuestros cristianos la mano indicadora, se nos ha escapado, sin quererlo, un grito amargo: «¡No! Este, no; ni éste, ni éste», y así con muchos. Avergonzados, hemos acabado por cerrar la ventana para que los paganos no pudieran contemplar el espectáculo mediocre que ofrecemos los cristianos de ahora. Y puesto que con el presente poco podíamos decirles, hemos acudido al pasado, a las biografías de los santos; pero la elección de los libros—los hay verdaderamente buenos, no cabe duda—ha sido hecha con tan mala fortuna, que tampoco les ha convencido nada.

Algo hemos dicho también de lo que encontrarían los sedientos de luz en la oscuridad de nuestros templos; en cambio, de lo que no hemos hablado aún es de lo que hallarían en las bocas maldicientes de los envidiosos que ruedan por nuestras calles. Creo que es conveniente que nos avergoncemos de lo que estamos haciendo. Queremos recristianizar la sociedad, pero es preciso, en primer lugar, que nos recristianicemos nosotros mismos.

He aquí dos nuevos motivos para tu rebeldía: la envidia y la calumnia. Son dos hermanas de un mismo pecado que se va filtrando entre los hombres de Cristo, hombres que han llegado a olvidar, no sólo que existe un mandamiento nuevo: el de la caridad, sino también que existe una virtud entre las cardinales que se llama justicia.

Tú mismo habrás podido comprobar que hoy se habla con mucha «caridad», pero faltando a la justicia. ¡Está tan bien visto el criticar! ¡Qué giros inventamos los hombres! ¡Llamamos crítica a la murmuración y a la calumnia!



¿Tú no has conocido esa crítica? Es el sello de las obras auténticamente cristianas, la marca de fuego que imprime Dios en la vida de los hombres suyos.

Si no quieres hacer nada en la vida, déjate impresionar por esa crítica babosa y maligna de los envidiosos. ¿No has sentido nunca muy cerca el dolor—si no fuéramos cristianos, lo llamaríamos desesperación—de ver cómo interpretan tu labor las gentes a distancia?

Te pregunté esto. Y asentiste con reflejos de lástima en el gesto. Y me contaste tu historia, que es la de muchos hombres.

Pusiste el mejor de tus amores en aquella empresa que miraba al cielo; si mezclaste ambiciones eran ambiciones divinas—te comía el afán de mies—. Lo habías madurado tanto antes de dar el primer paso... Ni siquiera querías contar con el dinero; tan loco estabas... ¿Y qué?... ¿Qué escucharon tus oídos?

«Lenguas maldicientes y engañosas, semejantes a carbones de fuego voraz, como flechas agudas arrojadas por un brazo vigoroso» (Salmo CXX, 4) te hicieron dudar de tus ideales divinos o de tus ambiciones nobles y humanas. Portaste la cruz de la calumnia... ¡Vivías tan pegado a Dios!... Pero sonreíste al pensar que son los niños enfermizos los más mimados en el hogar, y sentiste el orgullo de ser tratado como hijo fuerte.

—No pretendas—es tonto—contentar a todos con tu trabajo.

Cuando sientas en tu carne el latigazo de la calumnia—si trabajas seriamente en algo, no es extraño que te peguen desde fuera—, piensa con TERTULIANO: «NO hay culpa que con el martirio no se perdone; os damos gracias por vuestras sentencias. Cuando vosotros nos condenáis, Dios nos absuelve»<sup>5</sup>.

Procura contentar a Dios y sábetelo que otros procurarán tu tropezón y tu fracaso. ¡Qué mezquino es el hombre que pretende disimular su impotencia arrojando insidias sobre el fruto del trabajo de los demás! Pero así es; a las estériles les duele oír hablar de hijos. Y la envidia produce siempre el fruto amargo de la calumnia.

¡Cuántas veces se ha repetido la misma historia! ¿Cuándo dejaremos de repetirla? Nunca falta quien pregunte: ¿a qué vienen estos hombres nuevos?<sup>1</sup> ¿Por qué han de trabajar en nuestra misma tierra? «Estos no han trabajado más que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor» (Mateo, XX, 12).

Todos estábamos esperando con el Padre bueno a que el hijo pródigo regresara de aquella vida tortuosa que llevaba. Nos interesan los pródigos, los enfermos... Zaqueo y la Magdalena. Nos interesan extraordinariamente los hombres que huyeron de Dios. ¿No vino Cristo a buscar lo que estaba perdido?

Pero hay un hombre en la parábola, (Lucas, XV, 11-32) que se queja del regreso del hijo, y ése es el hermano... «Se enojó y no quiso entrar» en la casa.

<sup>5</sup> Apocalíptico, cap. final.

Piensa tal vez que ya se han terminado los privilegios de los hijos únicos. Desde ahora tendrá que repartir los mimos del padre con su nuevo hermano.

Vivía hasta aquí tan feliz él solo. Había que contar con él para todo. Era el amo y señor de las tierras. ¿A qué viene ahora «este hijo tuyo»?—ni siquiera le llama hermano—. «Al él le matas un becerro cebado, le haces fiestas, te alegras con él, y a mí nunca me diste un cabrito para celebrarlo con mis amigos...», al mismo tiempo que su odio de envidioso le arrastra a recordar los pasados delitos del que ha sido pródigo.

Y se escucha la voz del padre: «¿Por qué no alegrarte de su regreso, si es mi hijo?». Es igual. El envidioso no escucha las voces del amor; sólo atiende a su propio rencor. Y si no tiene delitos que recordar, calumnia. ¿Tú, lector, no has visto nunca esto en algunos «buenos» cristianos?

¿A «eso» se le puede llamar «celo»? Continuamos tergiversando los conceptos. Para llamarle así con propiedad sería preciso suponer que el trato con las almas fuese un negocio puramente pecuniario. Tal actitud tiene otro nombre más propio: pérdida de la visión sobrenatural.

Te pongo aquí dos citas del mismo Apóstol:

«Sabemos que Le hemos conocido si guardamos sus mandamientos. El que afirma conocer a Dios y no guarda sus mandamientos, ése es un mentiroso, y la verdad no está en él» (1.<sup>a</sup> Juan, II, 3 y 4); y el mandato: «No murmuréis entre vosotros» (Juan, VI, 43).

Cuida tu lengua cuando el corazón está ofuscado; que la calumnia que sale de tu boca es—dice un proverbio chino—como cuatro caballos desbocados que difícilmente se sujetan.

Son impresionantes las palabras de San Pablo en la instrucción que da a Timoteo (1.<sup>a</sup>, V, 21): «En la presencia de Dios, de Cristo Jesús y de sus santos ángeles, te conjuro que observes estas cosas, guardándote de todo espíritu de parcialidad». Y en el versículo anteúltimo ha dejado escrito: «No admitas acusación alguna contra un presbítero, si no fuere de dos o tres testigos».

Lo que dijiste al oído de un amigo correrá después a voces entre las gentes. Y querrás limpiar la mancha que dejaste en el honor de aquel hombre, de aquella institución, de aquella idea, y no podrás. La calumnia siempre deja rastro. Que nunca podamos avergonzarnos de lo que hemos dicho en público porque llegará el día en que se hará el juicio de toda palabra. El Verbo divino y limpio juzgará sin clemencia—tiempo hubo—al verbo cruel y mentiroso de los hombres.

Yo también te contaré una historia.

He podido seguir de muy cerca el paso enérgico de un hombre que sufrió los zarpaos odiosos de la calumnia. Se le criticaba su trabajo y su forma de pensar, sus dichos y sus hechos. Cien bocas murmuraban al tiempo: «He oído decir de ese hombre...», y un cristiano se lo decía a otro cristiano: «¿Sabes lo que he oído?...» (Si toda palabra vana tendrá que purificarse antes de entrar en

el reino de los cielos..., con esa maledicencia, con esa chismorrería, con tanta mentira..., ¿qué se hará, Señor?).

Y pensaba para mí: ¿por qué dejarán correr la mentira? Si lo hurtado ha de restituirse para lograr el perdón, ¿qué hacer con la calumnia? ¿O es que el metal pesará más que la honra humana?

Por olvidar las virtudes humanas—te decía—son muy numerosas las gentes que cuidan externamente la caridad, faltando a la justicia. A éstos habrá que decirles que la caridad no está en los modales más o menos blandengues, sino en el cariño que se manifiesta en obras. («¡Señor, Señor...!»). «No os conozco».

—Porque veía—te digo—la vida auténtica de ese hombre, sufría; y porque le amaba, lloraba. El jamás se excusó ni se quejó. Sus ojos se humedecían al leer las cartas de los amigos buenos—siempre pocos—, que le escribían los «dichos» para que pusiese remedio eficaz a las insidias. Pero no; sus labios no conocieron la excusa. Era el momento propicio para que la semilla hundida en la tierra, en el barro, se enraizara en Dios.

Los de imaginación pobre le calumniaban pobremente; los fogosos le hacían sufrir más. «¿Hasta cuándo habéis de ensañaros contra ese hombre, golpeándole todos como contra un muro ruinoso? Sólo buscan derribarle. Se deleitan con la mentira; le bendicen con su boca, y en su corazón le maldicen» (Salmo LXII, 4 y 5). Pero ese hombre espera en Dios. ¿En quién había de esperar? «El solo es mi roca, y mi salvación, y mi refugio; no vacilaré jamás» (Salmo LXII, 7).

Yo iba siguiendo sus pasos... El tiempo, a veces, tarda en dar la razón al que la tiene; pero acaba por darla. Y cuando llegó tal momento... pude comprobar el comportamiento de ese hombre... Los calumniadores no se movieron de su sitio... Fue él—una nueva heroicidad—a decirles con alegría que olvidaran las cosas pasadas.

No temas a la calumnia que da gritos, porque a gritos se le puede contestar con la verdad, y enmudece en seguida. Pero no será así como te calumnien; lo harán al oído de las gentes y con gestos de comprensión. Así lo hicieron los hipócritas de siempre, los «hipocritillas» retorcidos, zalameros, untuosos por fuera y cortantes como el acero por dentro. No te mirarán a los ojos; no se atreven.

Y el Señor le dijo a Caín: «¿Por qué estás enfurecido y por qué andas cabizbajo? ¿No es verdad que si obraras bien andarías erguido?» (Génesis, IV, 6 y 7). Que podamos mirar a los ojos cuando hablemos con los hombres.

Fíjate quiénes son los que calumnian:

los infecundos,  
 los impotentes,  
 los fracasados,  
 los estrechos de corazón,

los mezquinos,  
 los amargados,  
 los rabiosos.

¡No los temas! No te pueden hacer daño, porque tienen cadenas. ¿Verdad que querrías terminar las calumnias enfrentándote con ellos?

Va llegando la hora de gritar muy en alto a ciertos hombres que se llaman pomposamente «cristianos»: ¡estamos hartos de soportar vuestras calumnias! ¡Seguiremos aguantando la mentira que daña nuestra honra, pero no soportaremos más el ultraje que hacéis a nuestra Madre, la Iglesia, con vuestras vidas de calumniadores!

¡Si quieren desconocer como cristianos lo que es caridad, tendrán que habérselas como hombres con lo que es justicia!

¡Si la conciencia no les acusa ya de su maldad ante Dios, será preciso que los tribunales de los hombres les condenen!

Si algún día te los encuentras frente a frente, hombre a hombre, comprobarás cómo se acurrucan los guiñapos. No son hombres.

Y ahora, vuelve a tu camino. Continúa cabalgando a pesar de los ladridos, porque...

«Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...

Sin esto, ni Cisneros hubiera sido Cisneros, ni Teresa de Ahumada, Santa Teresa... Ni Iñigo de Loyola, San Ignacio...

¡Dios y audacia!»<sup>6</sup>.

## SANTIDAD

¿Qué es lo que sobra o falta en la vida de los cristianos de hoy para que la Iglesia recobre el poder de arrastrar a los indiferentes y a los «sin Dios»?

¿Qué falsedad encierran nuestras vidas para que no puedan presentarse como ejemplo a los paganos?

¿En qué estriba el fallo para que no convenzamos con nuestras vidas de que Cristo vive? ¿Por qué nos consideran a los cristianos de hoy inútiles para renovar el mundo, si somos los únicos que poseemos la energía vital para transformarlo?

¿Es que los hombres de Cristo no tienen ahora ningún afán de santidad? Los hombres de Cristo, ¿se han aburguesado? ¡Qué espantosa contradicción!...

Muchos cristianos miran con ojos de risa, como si fueran paganos, cuando oyen hablar de perfección.

---

<sup>6</sup> Camino, núm. 11.

¿Cómo habrá que gritar, Señor? ¿Con qué palabras habrá que explicar a los que llevan el nombre de Cristo: «Tienes obligación de santificarte»? No hay excepción en la frase imperativa de Cristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo, V, 48).

«Esta es la voluntad de Dios—seguirá clamando el Apóstol (1.<sup>a</sup> Tesalonicenses, IV, 3) para esos mismos que con tanta facilidad traen el nombre de Pablo en su boca—: vuestra santificación».

No será tan inasequible a nadie la santidad cuando a todos nos la impone el mismo Dios. No a todos pedirá una santidad con formas extraordinarias de profecías y milagros, pero sí la santidad de hacer extraordinariamente bien las cosas vulgares y corrientes de cada día. Con una fórmula breve te diré: «Hacer lo que se debe y estar en lo que se hace», y con amor, por Amor.

Un cristiano que no atienda a la santidad, que no busque esa perfección, demuestra poseer el desconocimiento más profundo de lo que es la Vida, su Religión, su Fe y su Dios.

Necesitamos ser santos para ser eficaces. De lo contrario, nuestras vidas no tendrán la fuerza suficiente para iluminar a las almas que huyeron de Dios.

Pero no nos podemos desanimar a la vista de lo que nos presentan esas «vidas de santos» para su imitación. No te asustes, que no son así todos los santos. Es una visión parcial la que ha entrado en juego en esos libros.

Abriremos el Evangelio, y las dudas se disiparán y los ánimos nos volverán a sonreír.

Tendremos que recurrir al Evangelio para ver en Cristo treinta años de trabajo y de obediencia, como la de todos los hombres de su tiempo. Jesús Niño no hacía pajaritos de barro para que soplándolos desplegaran las alas y volaran, como nos pintan estampas sacadas precisamente de los Evangelios apócrifos. Ni los Evangelios nos dicen tampoco que la Señora, su Madre, esperara que la ayudasen los angelitos para terminar las faenas de la casa. Ni que José se entretuviera con el diablo enderezando por las mañanas la sierra que aquél doblara todas las noches.

Entre otras cosas, esto queríamos decir: que aquél que a los cuatro años no conocía las disciplinas, sino que jugaba con los botones y metía el dedo en el tarro del azúcar—a escondidas de su madre, claro está—, ése, ése también puede ser santo.

Seguimos pensando que para ser santo se requieren virtudes heroicas—no es algo «tolerable para menores»; salvo graciosas excepciones, es para hombres muy maduros—. Virtudes que los santos «adquieren», que los cristianos tenemos que adquirir con el esfuerzo constante en la Oración, en la Mortificación y en el Trabajo de cada día. Porque la santidad puede alcanzarse de muchas maneras. Y la que tenemos más cerca es amar y encender con luz de

Dios el barro mismo que manejan nuestras manos. ¿Hay algo más atrayente y consolador para el pobre corazón humano?

## **RUPTURA ENTRE LA RELIGIÓN Y LA VIDA**

Te decía que demasiados hombres de Cristo apenas tienen hoy afán de santidad. Te diré que muchos cristianos no han entendido lo que es el Cristianismo. El Cristianismo no se ha apoderado de nuestras vidas, no nos ha «cogido» por entero. Hay un corte profundo entre las relaciones que mantiene un cristiano con su Dios en la iglesia y las que guarda con sus semejantes en el camino. No contamos con Cristo más que en los «apuros». Eso hace que llevemos una vida doble, sin unidad: una vida de trabajo y una vida de piedad, dispares, sin unión; cada una montada sobre principios distintos. Y eso hace que nuestra piedad sea mentira, y mentira nuestro trabajo. Son dos frentes de lucha que acaban por desalentar al más esforzado. Una religión muerta y una vida sin Dios... ¿No nos repugna este contraste?

Entienden perfectamente un Cristianismo de media hora semanal, lo que dura el precepto de oír Misa, pero no un Cristianismo influyente en la vida pública y privada de los hombres.

Entienden a los cristianos más celosos que frecuentan a diario el templo de Dios, pero apenas se figuran a esos mismos hombres ambientando con sentido católico la política, la enseñanza, la economía del país.

Entienden un Cristianismo despojado de relaciones sociales, aislado de las profesiones, limitado a «interioridades», como escuela de formación para los menores de edad y consuelo de la vejez en el momento de la muerte.

Más vergonzoso aún es encontrarse con personas que utilizan los privilegios de la vida sobrenatural para dispensarse de las obligaciones del deber humano. El mundo está ya un poco harto—con mucha, con muchísima razón—de esos hombres que ostentan pomposamente el título de hijos fieles de la Iglesia en beneficio de sus intereses personales.

¡Apoyarse en la Iglesia para subir un escalón en la vida civil! ¡Qué vergüenza! ¡Qué asco!... Como por sí mismos no tienen ni prestigio ni autoridad, manejan nombres y cosas de Dios para hacerse respetar. No ven, no quieren ver que están desprestigiando la sociedad más santa.

Los católicos han de servir a la Iglesia, pero jamás servirse de ella.

Quienes no sepan lo que es lealtad; quienes no conocen la nobleza, que no actúen en primera fila, que callen, que se oculten, que no se dejen ver por las gentes.

¿No te has encontrado nunca con personas que cambian su matiz según los diferentes acordes de las marchas que suenan en la calle?

Y ¡no! Nada de eso es el Cristianismo. Para eso no pudo bajar Cristo a la tierra. Tales *maneras* de vivir con la Iglesia las pudimos inventar muy sencillamente los hombres, y la Iglesia es *invención* divina.

A todos los que con cualquiera de esas formas tan vacías viven el Catolicismo, no me atrevo a llamarles *crístianos*, por muy bautizados que estén; les llamaré beatos. Beatos de misa de doce. Beatos y beatas que llevan su frivolidad estúpida a las relaciones íntimas con Dios.

¿Es que acaso pensabais únicamente en la beatería que se cría en las horas frías de la mañana? ¡Cuánto beato de misa de doce que se ríe del beato de misa de siete!... Ambos viven las formas de una religiosidad sin fondo. Pero los dos han cometido la misma tropelía: han roto con esfuerzo de titanes —la fuerza les vino del diablo— la unidad entre la Religión y la Vida. Unidad que vivieron perfectamente nuestros hermanos de la primera hora del Cristianismo al calor de las palabras de Jesús. Esta es la gran violación de la beatería luctuosa que ensombrece la Verdad de los cristianos de hoy, y ésta es la causa de que no podamos arrastrar a los indiferentes. Ha sido rota por almas deformadas la maroma fuerte que enlazaba lo humano con lo divino. La vida del hombre con la vida de Dios. No es otra cosa lo que pretendemos en estas líneas: animarte a ti a que unas al cielo todas las cosas de la tierra, purificadas, iluminadas por nuestras vidas mismas.

Y todavía resuena en nuestros oídos aquello que gentes piadosas en lo mejor de su juventud, al oír hablar de que hay que traducir el amor a Dios en detalles prácticos, contestaban—contestan—unánimemente: «Mientras no consiga lo que busco, no quiero saber nada de nada». Y esto lo oímos de hombres que pretenden un negocio humano; de jóvenes estudiantes que buscan el ingreso en una escuela especial y de otros mayores que intentan presentarse a oposiciones de fin de carrera; de madres en apuros económicos; de tantos..., ¡de tantos! ¡Qué visión más estrecha de las relaciones de un hijo con su Padre-Dios! ¡Qué ruptura tan formidable de la Religión y de la Vida!

Esta es la cuña que hay que meter en el mundo antes de que se desplome. ¡Religión y Vida! Hacer de nuestra vida corriente una vida cara a Dios. De nuestro trabajo, un tesoro en el cielo. De nuestro dolor, una alegría en el más allá. De nuestras oraciones, una sonrisa en los labios de Cristo.

## **¡GRITABLES QUE LOS CRISTIANOS NO SOMOS ASÍ!**

¡Qué pobre concepto se tiene—tenemos—de nuestra vocación de cristianos!

¡Qué pobre concepto se tiene de nuestros antecesores, los hombres que se hicieron santos! De aquellos hombres ¡veraces, viriles, valientes, fuertes, con inteligencia y corazón!... ¡Hombres muy hombres!

El santo de este mundo—dice RADEMACHER<sup>7</sup>—es la plena realización de nuestra verdadera naturaleza, el perfecto cumplimiento de la eterna idea que Dios tiene del hombre; es el cooperador de Dios en la obra del mundo.

Sí; serán siempre dos los que actúen en esto conjuntamente: Dios, por medio de su Gracia, y el hombre cooperando generosamente con ella, correspondiendo a ella en perfecta armonía con El. No podemos separarlos, porque Dios *no quiere* actuar solo, y el hombre..., no es que no quiera..., es que *no puede*.

El cristiano—no lo olvides—ha de ser la plena realización de nuestra verdadera naturaleza humana. Ser, ante todo, hombre. Sin esto, no hay nada que hacer. Todo cae por su base. Te repito: ser hombre. Y no quiero añadir el adjetivo «honrado», porque «hombre honrado», al cambio actual, ¿no significa algo así como «pobre hombre»?

El cristiano ha de ser de hecho, como es en potencia, el primero, el más perfecto de los hombres.

Pero... ¡calla! Los que huyeron de Dios se acercan. ¡Míralos! ¿No oyes sus voces quejumbrosas?

Y se escucha en la noche un coro de carcajadas blasfemas que se ríen de los seguidores de Cristo: «¡Convencednos con vuestras vidas de que Cristo vive!». Noches rojas de rabia y sangre. Cuerpos anhelantes de Redención que buscan a Dios y n lo encuentran.

¡Ese Dios desconocido es nuestro Cristo! Se lo repetimos a gritos; pero esta verdad encuentra el eco de siempre en esos ojos de risa: «¡Convencednos con vuestras vidas de que Cristo vive!».

Decid la verdad a los hombres alejados de la Iglesia antes de que se extinga la débil llama de su confianza en nosotros; habladles, gritadles, ¡vociferadles la Verdad! Antes de que la muerte les arrastre consigo al dolor eterno, repetidles la Verdad: eso que sus ojos, sucios por la rabia, han visto en nuestra Religión es una monstruosidad. Ni así fueron nuestros santos, ni esa religiosidad ficticia de nuestros tiempos es la que predicó Cristo hace veinte siglos. Decídselo con fuerza, gritadles...

Pero no. ¡No! No les digáis nada. No hay nada que decirles. Ha llegado el momento de actuar, y de actuar en silencio, con discreción, sin ruido. Es preciso, y con urgencia, que seamos eficaces. Por los frutos nos conocerán. Que nadie escape de la responsabilidad que pesa sobre los hombros de los bautizados en la fe de Cristo. La sed insaciable de los que fabricaron aljibes rotos que no pueden retener las aguas exige hoy mucho más que la vida de un santo. Es un pueblo nuevo de santos lo que precisa el mundo. ¿Te animas?

---

<sup>7</sup> *Obra citada*, pág. 259.



«Que tu vida no sea una vida estéril.—Sé útil.— Deja poso.—Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

»Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón»<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> *Camino*, núm. 1.

## II. ¡HOMBRES!

*Si forte virum quem conspexere, síent!*

¡Si encuentran un verdadero Varón, en-  
|mudecen!

(VIRGILIO: *Eneida*, I, 152).

### PERSONALIDAD

*Fratres, nolite pueri effici sensibus,  
sed malitia parvuli estáte:  
sensibus autem perfecti estote.*

No seáis niños en el uso de la razón,  
sed niños en la malicia;  
pero en la conducta, hombres hechos.  
(1ª *Corintios*, XIV. 20).

Jamás ha pasado por mi mente hacer este pequeño libro en un tono negativo y destructivo. Si lo lees con buenos ojos, apreciarás la ilusión de un amigo, que quiere arrimar el hombro a esa empresa sobrenatural, gigantesca, que tenemos que realizar los cristianos en el mundo. Pero no me puedes negar que los que pretenden construir han de ir buscando cimientos firmes donde poder asentar el edificio. Y hay... mucha arena movediza, mucho escombros, incapaz de soportar el peso duro de los días que vivimos y de los tiempos difíciles que se avecinan.

Si estamos en lucha con los enemigos de la Iglesia, no podemos defender su postura perversa; pero tampoco hay excusa para quienes se han acostumbrado a vivir las cosas de Dios de manera ramplona y vergonzosa. No podemos cargar la culpa entera a los hombres «malos». Somos nosotros los que tenemos que examinarnos antes de rasgarnos farisaicamente las vestiduras.

Seamos objetivos. Si abrimos un poco los ojos a la realidad, nos daremos cuenta de que el Catolicismo tiene que luchar con el lastre de desprestigio que muchos católicos arrojan sobre la Iglesia. Urge revalorizar el sentido de lo cristiano. En los primeros tiempos de la Iglesia, a los fieles se les temía; hoy se

nos compadece, y—creedme—es así, entre otras muchas causas, porque nos faltan hombres.

Vivimos en el mundo, y tenemos que saber ser hombres del mundo—no mundanos—. No ha de darnos miedo hablar de personalidad porque suene equivocadamente a orgullo, y de reciedumbre que no es tozudez, y de virilidad, y de hombría, y de valentía...; virtudes todas ellas que son necesarias para vivir en la Tierra entre los hombres.

Estas son, entre otras, virtudes de un cristiano.

¡Que sí!, no te asustes. A un hombre de Cristo se le puede elogiar o matar, pero jamás despreciarlo. Ese hombre deja huella a su paso por la Tierra; tiene que dejarla. Ha dado a su vida un sentido divino, y no hay fuerza humana que le desvíe.

El cristiano no es que pueda, sino que debe alcanzar una personalidad, la suya propia. Conservará su carácter, sus modales nada amanerados; sus aficiones, sus gustos, su sensibilidad... Conservará todo lo humano que no le aparte de Dios.

Los hombres que han logrado que se inscriba su nombre junto al nombre de otros santos son todos distintos, cada uno con su fisonomía peculiar. Distintos por ser hombres, pero con un espíritu que es el mismo en todos ellos.

Meter muchachos en una horma para que salgan todos iguales, sin sol ni calor, es inhumano y deformador.

No pretendamos copiar los gestos de los santos, sus expresiones; eso es pueril y abominable. No se nos ha dado más que un Nombre y un ejemplo": Cristo, Este es el único que nos ha puesto el Creador para su imitación y, por tanto, para nuestra santidad.

«Examine cada uno sus obras, y así podrá gloriarse en sus méritos sin compararse con otros, pues cada cual llevará su propia carga» (Gálatas, VI, 4 y 5).

Que nos conozcan a los cristianos porque vivimos un mismo espíritu; ésa será la maravilla para los leprosos que llenan la Tierra; ése, el mejor ímpetu para los anquilosados, que nos miran con desdén: «En esto conocerán que sois mis discípulos: en el amor de Dios, en la caridad para con el prójimo». Y en la alegría, en el porte regio de vuestras almas.

Y no puedo pasar por alto el error—creo que ésta es la palabra—de pretender formar, aunque sólo sea exteriormente, «tipos» de santos. Y si no se ha pretendido conscientemente, el resultado no deja de ser el mismo.

Siempre nos ha dado lástima, porque son muchas las veces que se ha repetido esta historia, que todos conocemos. A aquel muchacho, buen estudiante, alegre, juguetón y bromista, que «escogió la mejor parte», y correspondió generosamente a una vocación divina, le hemos visto pocos años después encogido, algo tímido, de ojos bajos; su sonrisa franca ha desaparecido, y la ha

reemplazado por una mueca desagradable. No es capaz de mirarnos fijamente, como antes lo hacía. Su conversación era amena y entretenida; ahora siempre tiene prisa, no quiere frecuentar nuestro trato, huye de nuestra charla. ¡Nos lo han cambiado! Es el mismo, pero... no, no; ahora es otro.

Ha debido mejorar mucho su vida interior: no lo ponemos en duda; pero ¿verdad que se han olvidado de formar en él al hombre? ¿De forma que para ser «mejor» hace falta dejar de ser «normal»?

Antes era uno de los muchachos que destacaban en el estudio, en el juego y buen humor; allí donde se le encontraba había que contar con él. Hoy le hemos visto entre los del grupo; es uno más; todos eran iguales.

El muchacho, que por tener personalidad empleaba el «yo», «tú», «él», hoy nos ha dicho, con sus hechos, que no sabe conjugar más que los verbos impersonales: «llueve», «hace frío».

Antes tenía una gran personalidad; ahora la ha aniquilado. Pero insisten, excusándose, en que este joven ahora medita y hace oración..., y nos quedamos pensando: ¿Es posible que la Gracia destruya la naturaleza? ¡No! Son los hombres los que equivocadamente la han destruido.

No se puede mutilar nada de la esencia ni de las cualidades buenas de la naturaleza humana. Despersonalizarse en aquello que de bueno tiene el hombre—que es mucho—es lo más ruinoso que puede *hacer* un cristiano. Desarrolla tu naturaleza, tu actividad humana; desarróllala hasta el infinito. Todo lo que empequeñece, lo que contrae y estrecha, lo que nos ata por el miedo, eso no es Cristianismo.

Hay que emplear otra palabra que no sea despersonalización para designar la total purificación del pecado y malas inclinaciones que el hombre, con la ayuda de Dios, ha de realizar.

Necesitas desarrollar tu personalidad; lo necesitas.

Si bien es cierto que todos son llamados al Reino de los Cielos, y todos los hombres pueden ser santos, es de inconscientes dejar a los inútiles al frente de nuestras organizaciones, por muy buenos o bonachones que sean.

Ese joven «bobo» y esa joven «tonta» tienen un puesto entre nuestras filas; no cabe duda de ello. Son enfermos; requieren cuidados de enfermo. Pero nunca deben estar ocupando un puesto de responsabilidad. ¡Y lo ocupan! Y así está nuestro prestigio, corriendo como el agua por el suelo. «Con razón debemos esperar que el cristiano logre un más perfecto desarrollo de su personalidad, puramente humana que quien vive fuera del Cristianismo»<sup>9</sup>.

Pero que nunca podamos entender que personalidad es orgullo, sino condición humana, indispensable del individuo.

---

<sup>9</sup> RADEMACHER: *Obra citada*, pág. 250.

Sin humildad no lograrás la «verdadera» personalidad; será ficticia. A lo sumo, tendrás cuento, verborrea, desparpajo. No confundas los términos.

¡No te asustes! Fíjate cómo insiste el Pontífice en la personalidad y en la capacidad.

«¿No habrá en estas desgraciadas naciones hombres dignos de este nombre, marcados con el sello de una verdadera personalidad, y capaces de hacer posible la vida interior de la sociedad; hombres que sepan contemplar a Dios, al mundo y a todos los sucesos grandes o pequeños, que en él se suceden a la luz de los "principios fundamentales de la vida o a la luz de sus fuertes convicciones?».

¿Me preguntas si tienes personalidad?

Pregúntate si dejas de ser «tú» cuando te mezclas con los demás. ¿Te puede la «muchedumbre»? Para salvar a la muchedumbre—es lo que pretendemos—, es preciso no ser de ella, aunque con ella se viva.

## RECIEDUMBRE Y VIRILIDAD

"Sé recio.—Sé viril.—Sé hombre "  
(Camino, núm. 22).

Saulo, el avasallador de los cristianos, es todo él un canto a la furia. Los discípulos de Cristo van creciendo y multiplicándose por el mundo entero con la rapidez del fuego, y terminarán—si se descuida—echando por tierra lo que Saulo se ha propuesto como ideal. No puede consentir esa «Iglesia», que para él es herejía. Se ha hecho con todos los poderes civiles para buscar la muerte de quienes buscan, a su entender, la ruina de la Sinagoga. Saulo, el desolador de las iglesias de Dios, «entrando en las casas, sacaba con violencia a hombres y mujeres y los encarcelaba» (Hechos, VIII, 3). Saulo se hace temible para los cristianos.

Dios conoce la lealtad de esa criatura suya a los principios que le informan, y lo derribará violentamente del caballo para que cambie su camino.

Saulo se rinde ante Dios. Unos días de vida en el silencio. Reposo. Oración. Son días de luz y de fuerza. Renovación interior total. Los perseguidos por su espada han resultado ser los amigos de Dios. Por el agua y el Espíritu Santo, Saulo se convierte en Pablo. Y con la energía de antes—por otro camino—marcha el Apóstol de las gentes a predicar, con la hidalguía de un caballero noble, la Verdad, que vio con sus ojos. Consternación entre los cristianos; mayor aún entre sus amigos. Desde ese momento Pablo será un hombre que no pone condiciones en el servicio de Cristo. Conocerá el hambre, los naufragios, la cárcel y las cadenas. Predicará en defensa de quienes se sirven de altar, sin ser gravoso a nadie, y conocerá el trabajo y la fatiga para poder sustentarse. Vio

en Cristo la Verdad, el Camino y la Vida, y no descansará en la propagación de su doctrina hasta que sea arrebatado por la muerte. Ni el látigo, ni la calumnia, ni el hierro, ni la deshonra le apartarán de su Dios.

Pablo era un hombre recio, y por eso supo rendirse a Dios. Luego, también por eso, pudo siempre ser fiel a las leyes de la firmeza, de la verdad y del honor.

Te traigo aquí su ejemplo porque hoy no es fácil hallar esa lealtad entre los hombres.

La vida de Pablo de Tarso emociona. Es un hombre—un santo—que ha cumplido con exactitud todos los deberes que le exige la sociedad. Y como buen ciudadano, sabe también exigir todos sus derechos.

¿Humildad el no ejercitarlos? ¡Simpleza! Que no los exijan los que no sepan cumplir con su trabajo.

Pablo no se para en esas falsas humildades. Cuando puede librarse de los azotes, no se deja atormentar sin más ni más.

«Y así que le sujetaron para azotarle, dijo Pablo al centurión que estaba presente: «¿Os es lícito azotar a un romano sin haberle juzgado?». Al oír esto el centurión se fue al tribuno y se lo comunicó, diciendo: «¿Qué ibas a hacer? Porque este hombre es romano». El tribuno se le acercó y dijo: «¿Eres tú romano?». Y él contestó: «Sí».

Añadió el tribuno: «Yo adquirí esta ciudadanía por una gran suma».

Lo dice con un poco de temor.

Y Pablo replica, superándose, con hidalguía, con arrogancia, con la nobleza del hombre que está siempre en la verdad:

«Pues yo la tengo por nacimiento» (Hechos, XXII. 25-28).

Déjame que te relate éste y otros hechos del Apóstol para que entiendas cómo debe comportarse un cristiano en los momentos difíciles.

Por falsos testimonios, Pablo y Silas han sido azotados con varas, desnudo el cuerpo, delante del pueblo, por mandato de los Pretores, sin juicio alguno. Han quedado cubiertos de llagas. Ahora están en la cárcel, sometidos a una gran vigilancia. Sus pies, encadenados. Pablo y su compañero están gozosos de sufrir por Cristo.

Pasa el tiempo. Los Pretores se han percatado de su inocencia. Entra el carcelero en la celda para soltarles en nombre de la Justicia: «Podéis marcharos en paz».

No; un hombre como Pablo, hombre de cuerpo entero, no puede tolerar tal infamia: «Después que nos han azotado públicamente, sin previo juicio, y nos han metido en la cárcel, a nosotros, ciudadanos romanos, ¿quieren ahora ocultamente devolvernos la libertad? ¡No! ¡Que vengan los Pretores a sacarnos de la cárcel!» (Hechos, XVI, 37-38).

Así es el hombre, que dirá de sí mismo: «Procuro tener en todo tiempo una conciencia irreprochable ante Dios y ante los hombres».

Admira la personalidad y la reciedumbre de Pablo, la firmeza en sus convicciones.

Para ser cristianos no tenemos por qué dejar de ser hombres. Para ser almas de vida interior no hay por qué echar en olvido la virilidad y la reciedumbre.

Lo que nos preguntamos ahora es por qué hemos dejado en muchas almas que se afemine esa maravillosa intimidad del alma con Dios. ¿Por qué hemos acaramelado nuestra vida interior?

Entendemos que es así porque parece como si muchos cristianos se hubieran resignado a prescindir en cuanto cristianos de su condición de varones, a aceptar para su trato con Dios, para su vida interior, las formas y los sentimientos que no convienen a su virilidad.

Te concedo que «ellas» tengan más inclinación que «ellos» a la vida piadosa, más facilidad para las prácticas religiosas afectivas. Pero esto no nos explica—y estoy hablando a hombres—por qué los varones, que tienen su propia psicología, se han de dejar influir por la psicología femenina en el trato con Dios. La vida interior de un varón debe contar con la razón y la voluntad, y lo cierto es que hoy adolece muchas veces de sentimentalismos.

Lo que no se acaba de entender es por qué al hablarnos un hombre de vida interior tiene que llevar en su gesto y en la modulación de su voz un timbre más de mujer y de niño que de varón. No; eso no es mansedumbre.

¿Que no son más que cuestiones formales, futilidades, simplezas? Simplezas que repelen y repugnan a un hombre recio y viril.

Y varones fueron los primeros mártires de esta gran transformación que tuvo su origen en Cristo. Y si es que no pensamos en ello es que hemos dejado de ser cristianos, para convertirnos en unos hombres blandos de espíritu, que ni saben ni pueden luchar contra corriente.

Viriles fueron nuestros caballeros del medievo. No es preciso en la Edad Media hablar de virtudes humanas.

Bernardo, Domingo, Francisco...; recios fueron nuestros santos en los siglos medios. Y lo mismo los confesores, y los Padres, y los mártires de la primitiva Cristiandad. Y otro tanto los santos de la Edad Moderna. Y los contemporáneos muy próximos a nosotros.

Pero hoy hace falta hablar de virilidad y de reciedumbre a los cristianos; porque si varones hay, el ambiente está lleno de blandenguería. Porque los católicos se nos han ablandado, se nos han encogido a fuerza de retirarse del «mundanal ruido», a fuerza de perder contacto con hombres buenos y malos y de vivir una vida individualista y cómoda.

Porque hemos llegado a confundir la caridad con la falta de carácter. Porque hoy tenemos que aguantar que a los tontos se les llame buenos. Porque tenemos demasiados «santos varones», y nos faltan varones santos. Nuestra poca reciedumbre, nuestra cobardía, nuestra esterilidad en el apostolado han hecho que hoy tengamos que pasar por alto el que denominen pobreza de espíritu a la estupidez. Porque desconocemos la santa intransigencia y la personalidad de una vida cristiana. Porque ha llegado nuestra debilidad, en el fondo y en las formas, hasta tal punto, que nuestra vida interior, que ha de ser recia y varonil, la estamos convirtiendo en una mezcla de compota, almíbar y pasta de confitería; ¡todo blando, azucarado, repugnante! ¡Coraje precisan los hombres de Dios!

Así nos figuramos a los hombres, recios y varoniles: sin miedo al dolor; hombres que saben sufrir callando, y no lo comunican para que no los compadezcan; sin miedo al sacrificio ni a la lucha; que no se arredran ante las dificultades; sin miedo al miedo; sin timideces ni complejos imaginados; incompatibles con la frivolidad; que no se escandalizan de nada de lo que ven ni oyen. Entereza es reciedumbre. Energía y decisión no son orgullo, sino virilidad.

Esos hombres recios no pueden ser transigentes en todo, y defenderán, con una energía que asustará a los débiles, el espíritu y las normas del Cristianismo que profesan.

Esos hombres recios tendrán modales varoniles, incompatibles con los mismos de un muñeco de algodón. Ahora bien; no confundas la reciedumbre con la terquedad ni con la brusquedad.

Una reciedumbre que sólo cuenta con manifestaciones esporádicas, de tarde en tarde, no es hábito y, por tanto, no es virtud.

La reciedumbre se traducirá en las cosas más insignificantes del cumplimiento del plan de vida, y hasta en el apretón de manos al saludar a los hombres.

Necesitamos los cristianos de hoy ser hombres muy recios y muy viriles para que la magnanimidad —la virtud sobrenatural de las grandes empresas.— y la longanimidad—la virtud sobrenatural de las grandes contrariedades—se desenvuelvan con la Gracia tan perfectamente como en los hombres de la primera generación del Cristianismo.

¿Se puede realizar algo realmente serio con hombres que tienen miedo al agua fría en una mañana de invierno?

En un hombre recio, la virtud infusa de la fortaleza encontrará cimientos firmes donde asentarse, y operando conjuntamente la virtud humana y la sobrenatural, harán de ese hombre un perfecto soldado de Cristo.

Que te alegres cuando las circunstancias y el ambiente te tratan con dureza. Es entonces cuando puedes pensar que Dios te trata así por ser uno de sus hijos



fuertes. ¿Que no ves esa reciedumbre a tu alrededor? ¿Es que acaso quieres ser del montón?

Si es que verdaderamente quieres ser de los del montón, y conformarte con seguir haciendo lo poco que haces, cierra este libro, y cierra, sobre todo, el libro que contiene la doctrina para la gran rebelión de los cristianos: el Evangelio. Para ti y para los tuyos no cabe sino el apostrofe del florentino: «No hablemos de Dios, sino mira y pasa».

Pero si eres, o quieres ser, de los que tienen deseos de Dios, deseos que quieres alcanzar en medio del mundo, sigue leyendo. Para ti y para los tuyos te copiaré una sentencia enérgica: «Sé recio. —Sé viril.—Sé hombre.—Y después... sé ángel»<sup>10</sup>

### AMBICIÓN DE VERDAD

**"Cuantas cosas han sido dichas con acierto nos pertenecen a nosotros, los cristianos".**

(SAN JUSTINO: *Apoc*, II, 13).

¡Te prometo! ¡Te lo juro! ¡Te doy mi palabra! ¡Créemelo! ¡No te engaño! ¿No me engañas?...; gritos de hombres en el gran mercado del mundo. Los oímos a todas horas; en los negocios y en el amor.

Existe un verdadero afán, más que afán, necesidad, de que nos tomen por veraces. Esta es la vida de relaciones entre padres e hijos, novios y novias, amigos y amigas. Y bajo esas promesas, la mentira; la mentira cruel, que destroza las vidas.

Se ha perdido todo pudor en el mundo, y se miente con rabia, con conocimiento pleno, con deseo de hacer daño, con pasión; se miente en los discursos, se miente en familia, se miente en la Prensa, se miente en la radio, se miente entre los que se llaman amigos, se miente al niño, se miente a Dios, se mienten los hombres a sí mismos. ¡Nunca se ha encontrado el hombre tan solo entre tanta gente!

«Nada de fidelidad; sólo el fraude predomina en la Tierra. Amontonan iniquidad sobre iniquidad...; recelan el uno del otro; nadie confía en nadie...; todos se engañan, todos se difaman...; no hay en ellos palabras de verdad. Tan avezadas están sus lenguas a la mentira, que ya no pueden sino mentir». Este texto (Jeremías, IX, 3 y ss.) sigue en pie para la actual generación, para esta Tierra que está ya muy vieja.

<sup>10</sup> Camino N° 22

La mentira no es de hoy. El padre de lo falso cuenta con milenios de edad. Ofuscó los corazones desde que la Tierra era niña para arrebatarse esas almas al Padre de la Verdad.

Salvar esa tierra—que ya dejó de ser niña—de la confusión que se ha cernido sobre ella es labor de los cristianos.

¿No sientes la necesidad de llevar la Verdad a todas las covachas de los pobres hombres y limpiar las barreduras y la suciedad que dejaron a su paso por el mundo de los infames?

¿Cómo es posible que te quedes tan quieto ante tanta mentira?

¿Tan fuerte es la postración que sufrimos los hijos de la Verdad que ni la ansiamos ni su posesión nos conmueve?

¿Nos acobardaremos ante la mentira que bulle a nuestro alrededor? Es el mismo Dios quien nos ha dado un fiel contraste de ese pueblo mentiroso que nos circunda. Te diré, con palabras del profeta, que nos ha hecho probador de su oro, para examinar su valor. Todos ellos están fuertemente adulterados. No hay oro ni plata en sus bocas; todo es hierro, plomo; todos son moneda falsa.

Aquellos hombres que huyeron de Dios—¿es que a ti no te preocupan?—buscan afanosamente esa Verdad que es Camino para la Vida. Y precisamente por estar avezados al engaño y a la falsedad, gustan de encontrar hombres en conformidad consigo mismo. Y siguen mirando nuestras vidas para ver qué clase de verdad es la que vivimos. Se ansia, se apetece, se estima lo que vale y escasea; por eso el mundo quiere gustar de la verdad.

No debe extrañarnos, pues, que se asusten al ver la misma falsedad del mundo en muchos de los cristianos. Ellos necesitan verdad, sinceridad, lealtad y nobleza, y no encuentran en nosotros estas virtudes humanas porque hemos mutilado las maravillosas virtudes sobrenaturales, impidiendo que tengan su correspondencia cumplida, base y desarrollo a la vez en lo humano.

Se ha dejado la verdad... para la Confesión exclusivamente. Y la sinceridad... para nuestras súplicas a Dios. Y la lealtad... para el cumplimiento de nuestras devociones. Y la nobleza... De la nobleza apenas nos suena el nombre.

«Para obrar como cristianos debemos antes obrar como hombres, lo cual es de una gran importancia, pues no cabe duda que un cristiano, si es perfecto, cumplirá necesariamente sus deberes de hombre, porque la ley evangélica contiene y perfecciona la ley natural; pero encuéntrase almas cristianas, o mejor, que se dicen cristianas, no sólo entre los simples fieles, sino entre religiosas, religiosos, sacerdotes, que rayanas hasta el escrúpulo en la observancia de las prácticas de piedad que ellas mismas han escogido, hacen caso omiso de ciertos preceptos de la ley natural. Tales almas pondrán empeño en no faltar a sus ejercicios de devoción, lo cual es digno de loa; pero no se cohibirán ni renunciarán a desacreditar al prójimo en su reputación, ni a dejarse llevar de la mentira, ni a dejar de cumplir la palabra dada, ni a tergiversar el

pensamiento de otro; no se preocuparán de respetar las leyes de la propiedad literaria o artística, importándoles poco diferir, a veces con detrimento de la justicia, el pago de deudas o la observancia exacta de las cláusulas de un contrato»<sup>11</sup>.

Este mismo pensamiento viene a expresar aquellas palabras de BOSSUET<sup>12</sup>: «Hay quien se inquieta si no ha rezado el rosario y demás oraciones, o se le ha pasado alguna avemaría en alguna decena. Me guardaré de reprender a tal persona: alabo esa religiosa exactitud en los ejercicios de piedad; pero ¿quién podrá tolerar que cada día pase por alto, sin la menor dificultad, la observancia de cuatro o cinco preceptos, que sin el menor escrúpulo eche por tierra los deberes más santos del Cristianismo?».

Te lo decía y te lo repito; no podemos los cristianos llevar una vida doble, distinta ante Dios y ante los hombres. Es una postura única la que debemos adoptar ante la Religión y la Vida; éstas están tan íntimamente unidas como el alma y el cuerpo; toda otra posición es falsa y despreciable. Y por eso son falsas y despreciables muchas vidas de hoy.

Piedra fundamental en el desarrollo histórico del hombre: ser veraz. En el hombre «es verdad» aquella conformidad entre lo que debe ser y lo que se es. De aquí que el cristiano cuanto menos hombre sea, se encontrará más lejos de lo verdadero. Cuanto más de humano tenga, se encontrará más cerca de Cristo, que es la misma Verdad.

¿Seguiremos despreciando esas virtudes humanas que erróneamente algunos llaman virtudes exteriores? Tan interiores son, tan íntimas que son constitutivas de la misma naturaleza de nuestro ser.

Nuestras obras, para que sean verdaderas, han de realizarse en conformidad con nuestra naturaleza humana; todo lo que se aparte de esta línea de conducta es falso. Y cuando esa falsedad se ejecuta a sabiendas, con engaño por parte de quien la falsea, da a luz a la mentira.

«¡Padre, santifícales en la verdad!» (Juan, XVII, 17).

¡Haznos humanamente veraces para que nos sigan los hombres y se acerquen a Ti! ¡Hay mu

cho de verdad en el mundo, pero aún puede más la mentira! ¡Si fuéramos hombres consecuentes con nuestra naturaleza, seríamos todo verdad! ¡Haznos hombres, Señor, para que nos podamos santificar!

Esa verdad liberadora y vital hará que vayamos por todos los caminos de la tierra—caminos que van lejos—con la frente alta, cara sonriente, animoso el espíritu, y corazón deseoso de llevar a Cristo las almas encadenadas por el padre de la mentira.

<sup>11</sup> DOM COLUMBA MARMION: *Jesucristo, vida del alma*. Barcelona, 3.ª ed. Editorial Litúrgica Española, 1941, pág. 229.

<sup>12</sup> Citado por MARMION: *Obra y lugar cit.*, nota 2.

A vosotros lo decimos, paganos, hombres de poca fe: «¡La verdad os hará libres!». Buscadla antes de que la noche oscurezca vuestros ojos. Somos los cristianos los que poseemos vuestra paz. Fuera de Cristo no la encontraréis.

Y tú, no temas a esos pobrecitos que buscan la verdad; ámalos. El cristiano, consciente de que posee, por la fe, lo que los demás buscan por las obras, deja expedito el camino a los que pretenden hallarla. Es más, fomentará la actividad sincera del hombre de ciencia pagano, la del obrero descreído, la del político sin fe y la del investigador ateo, que desarrollan un esfuerzo gigantesco por derrocar lo que es cimiento inconvencible. ¡Que busquen! ¡Que trabajen! Nada podemos temer. Estamos en la Verdad. Esta es una y ésta es El.

Estamos en la verdad y debemos vivirla, para que el elogio de Natanael en los labios de Cristo pueda repetirse de todos los cristianos: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño» (Juan, I, 47).

## EL HOMBRE Y EL CRISTIANO

**"Lo sobrenatural no debe excluir lo humano.  
Así como lo sobrenatural se eleva sobre lo natural,  
así el cristiano debe elevarse sobre el hombre.  
Para lo cual debe sanarse, también, al hombre;  
y el cristiano perfecto debe presentarse  
también perfecto en cuanto a hombre: cultura,  
capacidad profesional, educación social y gentileza".  
(SELLMAIR: *El sacerdote en el mundo*)<sup>13</sup>.**

Una personalidad recia, verdaderamente viril, se alcanza con el desarrollo de las virtudes humanas que hemos recibido en germen, anejas a nuestra naturaleza,-en el nacimiento. Inteligencia y voluntad son dos facultades que caracterizan y distinguen al hombre de la bestia. Y con esas facultades, que son principios de acción, potencias de operación, el hombre debe desarrollar la lealtad, la honradez, la virilidad, la laboriosidad, la fraternidad, la generosidad, la valentía, la alegría, el optimismo, la sinceridad, la sociabilidad..., y fundamentalmente las cuatro virtudes humanas que sirven de soporte a las cardinales: recta razón, equidad, reciedumbre y sobriedad.

El hombre debe tender naturalmente a ser perfecto en su concreta realidad de hombre. Se es tanto más hombre cuanto más arraigadas están las virtudes

---

<sup>13</sup> Madrid. Fax, 1942; prólogo a la edición española.

humanas en nuestra naturaleza, y arraigan por los actos reiterados y los esfuerzos personales.

En teoría, no hace ninguna falta la ayuda sobrenatural para llegar a ser hombre perfecto. Son suficientes los recursos de la Naturaleza. Pero de hecho, el hombre que pretende alcanzar ese ideal exclusivamente por las fuerzas naturales, parará en bestia.

«Mientras ese hombre permanezca en estado de pecado mortal, las virtudes morales adquiridas están en una situación muy poco estable (*in statu dispositionis facili mobilis*), y no en el estado de virtud sólida y verdadera (*difficile mobilis*). En tanto que el hombre se encuentra en estado de pecado mortal, su voluntad se halla alejada habitualmente de Dios; en lugar de amarle sobre todas las cosas se ama a sí más que a Dios. De donde se sigue una gran debilidad para cumplir el bien moral, aun de orden natural»<sup>14</sup>.

«Por el pecado mortal está la voluntad alejada directamente del último fin sobrenatural, e indirectamente del último fin natural, puesto que una ley natural nos obliga a obedecer a Dios. Así que todo pecado contra el último fin sobrenatural es, indirectamente una falta contra la ley natural»<sup>15</sup>.

«Las verdaderas virtudes adquiridas del hombre en pecado mortal no tienen solidez, porque *no tienen conexión*, no están suficientemente apoyadas por las virtudes morales próximas, que con frecuencia faltan»<sup>16</sup>.

«Para que las virtudes adquiridas se encuentren en el estado de virtud sólida (*in statu virtutis*), preciso es que estén conexas o formando unidad, y para esto es necesario que el hombre no esté ya en estado de pecado mortal, sino que su voluntad esté rectificadas con relación al último fin. Es preciso que ame más a Dios que a sí mismo; al menos, con un amor de estima real y eficaz, si no con un amor de sentimiento. Y esto es imposible fuera del estado de gracia y de caridad»<sup>17</sup>.

Paralelamente a como el nacimiento *nos hace hombres* dándonos una *naturaleza*, e injerto en ella el germen de unas virtudes humanas, el Bautismo *nos hace cristianos*, dándonos la *Gracia*, y con ella, en embrión, las virtudes infusas teologales y morales<sup>18</sup> y los dones del Espíritu Santo que son imprescindibles para lograr el fin sobrenatural a que está destinado el hombre.

El Bautismo ha operado en nuestra alma un cambio radical. Habíamos nacido siendo—por el Pecado Original—objetos de la ira divina; ahora somos hijos de Dios. En un momento hemos dado el salto de ser unos pobres animales

<sup>14</sup> GARRIGOU-LAGRANGE: *Las tres edades de la vida interior*. Buenos Aires, Desclee, 1944, tomo I, pág. 66.

<sup>15</sup> GARRIGOU-LAGRANGE: *Obra citada*, tomo II, pág. 96, nota I.

<sup>16</sup> Cfr. SANTO TOMÁS: I, II, q. 65, a. I.

<sup>17</sup> GARRIGOU-LAGRANGE: *Obra citada*, tomo I, pág. 67.

<sup>18</sup> Es tesis cierta que con la gracia del Bautismo recibimos infusas las virtudes de la fe, esperanza y caridad (Concilio Tridentino, sesión VI, cap. VII), y es doctrina confirmada por el Catecismo del Concilio Tridentino (*De Baptismo*, núm. 42) que las virtudes morales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza se nos comunican igualmente.

racionales a ser—por la Gracia—superiores a lo que son los ángeles por su naturaleza. Dios nos ha hecho de su misma raza.

Siendo hijos de Dios—por la Gracia—, necesitamos obrar como hijos de tan gran Rey. Y para actuar hemos recibido con la gracia las fuerzas necesarias—*virtudes infusas*—, directamente puestas por nuestro Padre, Dios, en el alma. Se llaman *sobrenaturales* porque están por encima de las exigencias de la naturaleza. De ellas, unas se llaman *teologales*, porque miran a Dios directamente; El es su objeto inmediato. (Creer en Dios y en todo cuanto Dios nos ha revelado; desear la posesión del mismo Dios; amarle más que a nuestra misma vida; ahí tienes la Fe, la Esperanza y la Caridad). Otras se llaman *morales*, y su objeto inmediato lo constituyen los medios sobrenaturales que son necesarios para alcanzar nuestro fin sobrenatural. (Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza forman el soporte de un cúmulo de virtudes que tenemos que practicar para que el tesoro que tenemos en Dios no se pierda por el pecado mortal, ni se empañe por el venial).

Por la gracia de Dios somos hijos de Dios. Por las virtudes infusas podemos obrar como tales. Pero todo esto no es suficiente. Aun con todo lo que hemos recibido de Dios no hemos dejado de ser hombres, y hombres que llevan en sus espaldas el zarpazo del Pecado Original. La razón sigue sujeta al error. No llega a conocer, porque es limitada, todo cuanto le convendría saber <sup>19</sup>. A veces el hombre se comporta dignamente porque vence con su razón a los apetitos y a los sentidos; otras se comporta como un imbécil porque se deja arrastrar por ellos. Se hace preciso que el Espíritu Santo no nos deje solos en medio de la lucha que el hombre padece para alcanzar la unión con Cristo en la santidad. El Espíritu de Dios no ha descuidado este punto capital. El Espíritu nos provee de sus inspiraciones para que podamos con facilidad encaminarnos a nuestra perfección. Las *disposiciones* que hacen del hombre un sujeto dócil y moldeable a la divina inspiración, reciben el nombre de *Dones del Espíritu Santo*. Aquí tienes, en resumen, todo el organismo sobrenatural que Dios ha infundido en tu alma con el agua de nuestra tierra cuando te bautizaron.

Desde ese momento del Bautismo, verdaderamente lo único importante, lo que cuenta en el cristiano, lo que va a decidir tu «para siempre», es, sin duda, ese «estado de gracia» que Dios te ha dado. Por muy hombre que seas—no lo olvides—, si murieras en pecado mortal, te irías al infierno... Eso sí ¡con todo tu cortejo de virtudes humanas!

Contamos, por tanto, con la gracia de los Sacramentos para nuestra vida de cristianos. Sí, sí; ése es el camino; nunca lo hemos perdido de vista. Fe, Esperanza y Caridad, sí. Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, sí. Oración y sacrificio, sí. Comunión de los santos, infancia espiritual, sí. ¿Quién es el malvado que lo niega? ¿Quién lo disimula o lo olvida? ¿Quién se puede

<sup>19</sup> Cfr. SANTO TOMÁS: I, II, q. 68, a. 2, ad 3.

escandalizar porque no hable ahora de la Señora en estas líneas rápidas? ¿Quién se atrevió a decir que no entendía—en su primera versión—este libro orgulloso porque no hablaba entonces de un santo que se santificó con el rezo del Rosario y de otro con los Ejercicios Espirituales, y de otro, y de otro? ¿Acaso se pretendió allí hacer un escaparate de nuestras joyas?

Lo que quería decirte es que esas virtudes sobrenaturales, que originariamente nos vienen de Dios y que son de esencia divina, tienen que desarrollarse en nosotros, en el hombre, en ti y en mí, sobre la naturaleza que hemos recibido al nacer. El organismo sobrenatural debe injertarse en un fuerte organismo de virtudes humanas.

Si quiero que tengas plenamente desarrolladas tus virtudes humanas es porque Cristo—nuestro Ejemplo—así las tuvo.

Cristo *era* humanamente perfecto. (*Perfectas homo*) (Símbolo Atanasiano).

Cristo *actuaba* con la máxima perfección material. (*Bene omnia fecit*) (Marcos, VII, 37).

Cristo poseía todas las virtudes humanas.

En el hombre, la necesidad de las virtudes adquiere una relevancia especial. Cristo, que contaba con una naturaleza humana perfecta, exenta del pecado, no encontraba ningún obstáculo en la práctica de las virtudes. El hombre sí que lo encuentra. El desenvolvimiento de las virtudes morales (humildad, mansedumbre, religión, paciencia, obediencia, castidad, penitencia..., junto a las cardinales) tropieza con obstáculos serios en la naturaleza humana.

«Hay en nosotros inclinaciones depravadas, resultantes del atavismo, del temperamento, de los malos hábitos que contraemos y que son otros tantos obstáculos para el perfecto cumplimiento de la voluntad divina. ¿Quién va a quitar esos obstáculos? ¿Acaso esas virtudes morales infusas que Dios deposita en nosotros con la gracia? No; éstas, de por sí, no tienen ese privilegio. Sin duda que son admirables principios de operación, pero es una ley psicológica que toda destrucción de los hábitos viciosos y la corrección de las malas inclinaciones no pueden realizarse sino por hábitos contrarios, y éstos mismos no resultan sino de la repetición de actos; de ahí las virtudes adquiridas»

Las virtudes humanas—*adquiridas* se llaman porque son fruto exclusivo de la reiteración de actos humanos y esfuerzos personales<sup>20</sup>—son las paredes, los cajeros de un canal grandioso, muros impermeables de contención que evitan el desmoronamiento y el empuje del terreno. Sobre el suelo, por la solera de ese canal, correrán vertiginosas las aguas divinas de la Gracia, sin obstáculos de carne y barro que impidan su paso.

---

<sup>20</sup> Cuando hablamos de fruto *exclusivo* no prescindimos de la acción divina que precede a toda actividad creatural, según la doctrina de Santo Tomás sobre la premoción física, que consideramos como base de su sistema.

Las virtudes morales infusas formarán el revestimiento sobrenatural de esos muros de cemento construidos por la fuerza humana para que la Caridad discurra fácilmente y con provecho para el alma.

Cuando faltan los muros de contención, porque el hombre no se ha preocupado de canalizar el agua, la Gracia no encuentra más que barreras en el alma, y es preciso que un milagro salve las dificultades del terreno. Y no, amigo mío: Dios no tiene por qué hacer milagros para bien de un alma cuando ésta no hace nada por su Dios.

¿Qué puede lograr la virtud infusa de la fortaleza en un alma que desconoce por completo la reciedumbre humana? Al faltar el soporte de la fortaleza, esta virtud se desmorona por la ley de la gravedad entre las grietas del alma cobarde.

¿Cómo puede desarrollarse la magnanimidad, que es virtud sobrenatural, en un hombre humanamente pusilánime, que rehuye una empresa grande por miedo al esfuerzo que supone llevarla a cabo?

¿Qué espíritu de mortificación cristiana alcanzará un hombre aburguesado?

¿Cómo se puede desenvolver convenientemente la generosidad en un alma egoísta, que limita al norte y al sur con su *yo* estrecho y mezquino?

Es cierto que en caso necesario <sup>21</sup> la Caridad—virtud teologal—puede con su impulso hacer nacer, por decirlo así, las virtudes morales adquiridas; el hombre, empujado por el amor, ejecuta poco apoco los actos cuya repetición producirá aquellas virtudes. «Si amamos verdaderamente a Dios, guardaremos sus mandamientos» (Juan, XIV, 15). Pero esto puede suceder en caso necesario y a quienes están muy adelantados en la vida divina. Para nosotros—para ti y para mí—, el dicho del pueblo: «Ayúdate, y Dios te ayudará».

«Es inconcebible—dice SELLMAIR <sup>22</sup>—que las virtudes sobrenaturales sean vivas si no se cuidan las naturales: la dignidad objetiva del cristiano—él habla del sacerdote—exige la dignidad subjetiva». Y PÁNIKER <sup>23</sup>: «El hombre, cuanto más hombre, mejor encaja la irrupción de lo sobrenatural, sin estridencias ni mutilaciones de ninguna clase».

En resumen: la necesidad de las virtudes humanas morales es patente. Facilitan—facilidad extrínseca—el ejercicio de las virtudes sobrenaturales, con influencia directa sobre las virtudes infusas morales e indirecta sobre la Caridad teologal, al estar ésta necesitada del apoyo de las morales para su completo desarrollo.

Te he hablado de la necesidad de *ser hombre para ser cristiano*. Quiero terminar este punto hablándote de esta otra verdad. Todas esas virtudes

<sup>21</sup> DOM COLUMBA MARMION: *Obra citada*, pág. 258.

<sup>22</sup> SELLMAIR: *Obra y lugar citados*.

<sup>23</sup> *El sentido cristiano de la vida*, en "Arbor", núm. 11, pág. 262.



humanas que tú tienes, bajo la influencia poderosa del Amor, llegarán a ser el principio de actos merecedores de la vida eterna.

Sabes que tienes que amar a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento (Marcos, XII, 30). Ninguna acción humana queda excluida del dominio de la caridad y del mérito. «Todo cuanto hagáis, de palabra y de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Cristo» (Colosenses, III, 17). «Ya comáis, ya bebáis, hagáis cualquier cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios» (1.<sup>a</sup> Corintios, X, 31).

El trabajo y el descanso, el sueño y la diversión, el dolor y la alegría..., las acciones más ramplonas y vulgares de tu vida..., ¡hazlas por la gloria de Dios! Nada queda excluido de la vida santa de un cristiano. Si tú quieres, ese esfuerzo, esa renuncia, esa lágrima recibirán el influjo poderoso de la gracia de Dios.

Si así realizas todas tus obras—en estado de gracia y con rectitud de intención—, todas tus virtudes humanas, todo cuanto hagas como hombre, entrará en el maravilloso campo de la vida de los hijos de Dios.

La gracia no crea la actividad humana; sobre-naturaliza la que existe; hace que formalmente sean santas, sobrenaturales, las obras humanas ejecutadas con rectitud de intención.

Cuando una obra está *terminada* naturalmente, con la gracia está *lograda* sobrenaturalmente. Aquí encuentra su fundamento la santificación de la vida ordinaria.

¿No ves la sencillez y la grandiosidad de la vida corriente de un cristiano?

Para ello no entiendas que se nos pide únicamente la colaboración con Dios de una forma más o menos velada. Es de exigencia la cooperación de la Naturaleza con la Gracia, las virtudes humanas con las sobrenaturales, el cuerpo con el alma, la vida con la religión; en una palabra: la colaboración del *hombre* con el *cristiano*. De esa fusión —Cristo y tú— surge el santo.

Si la Gracia encuentra en el hombre facultades naturales muy desarrolladas—inteligencia, voluntad, corazón, sensibilidad, imaginación...—, las vivifica de tal forma, que hace de ese cristiano un santo más «provechoso» para Dios y para el mundo que si no las encontrara. Tienes patente el ejemplo de San Pablo.

Son grandes los misterios de la Gracia y desconocemos el «provecho» de las almas en la corredención de la Humanidad, pero sí te puedo decir que los cristianos que necesita hoy el mundo han de ser fuertes personalidades, conscientes—humildad es la verdad—de que tienen que ponerse al servicio de Dios con todas sus energías vitales, con todos los talentos recibidos del Señor.

El que entierre su talento humano en la arena, merecerá el desprecio de Dios.

«No os admiréis, amados hijos—palabras del Papa Pío XII<sup>24</sup>—, si al hablar de valor queremos subrayar precisamente la palabra «personal».

<sup>24</sup> Pío XII: *Discurso a la Juventud Católica italiana*, el 8 de diciembre de 1947.

»... ese valor debe mostrarse si vosotros, en cualquier lugar, en un momento determinado, por circunstancias especiales, venís a hallaros en minoría, pocos, acaso solos, frente a adversarios más numerosos y audaces...

»Estos son los hombres de que tiene necesidad la Iglesia y la sociedad».

Pero todavía hay hombres, siempre los habrá, que se rasguen las vestiduras cuando escribimos: Es el «yo» y no el «nosotros» el que primordialmente ha de actuar. Si nos refugiamos siempre en el plural, puede parecer que es porque nos faltan individualidades.

## HOMBRES DE DIOS

*Moses... in omni domo mea fidelissimi est.*  
"Moisés es en toda mi casa —dice el Señor—el hombre de confianza".  
(Números, XII, 7).

En estas páginas quiero hacer ver a esos hombres que miran con ojos de risa, con ojos de desprecio o de compasión a nuestros cristianos, la grandeza humana que en sí encierra ser «hombre de Cristo». Y a ti, hombre de fe, te muestro algunos problemas de la Cristiandad actual para que arrojes lejos de ti esa rutina que te aprisiona, y te animes a vivir por Cristo, con Cristo y en Cristo, una vida vigorosa y consciente que contrarreste, al menos, la inercia de la canalla indiferente. Siempre me dio miedo y pena ver cómo se entendía la figura de nuestros santos.

Los habíamos situado entre los personajes legendarios, a una gran distancia de nosotros, muy metidos en la historia de hace siglos; les habíamos puesto o muy bajo, muy bajo, viviendo en las cuevas, aislados del ruido de las grandes urbes, o muy arriba, muy arriba, por encima de las nubes; siempre muy lejos, muy lejos de nosotros.

La verdad es otra muy distinta, ya que viven cerca, muy cerca de ti y de mí; tan cerca, tan próximos, que a la hora en que tú sales leyendo estas páginas hay santos que están leyendo este mismo libro contigo. Así tan cerca están de nosotros. Lo que ocurre es que la santidad no tiene por qué manifestarse siempre al exterior.

No son superhombres, sino cristianos corrientes que frecuentan tu laboratorio, uno de los que asisten a tu cátedra, uno de los que se sientan contigo en el despacho, o te atiende detrás de una ventanilla; uno de los que te ceden el asiento en el autobús, un... compañero tuyo en el duro trabajo de cada día.

Así son en su porte externo esos hombres de Cristo, de los que tantas veces hemos hablado. Ningún distintivo los diferenciará de la masa de los

trabajadores. Pero interiormente son hombres llenos de Fe, Esperanza y Amor; con mucha Fe, mucha Esperanza y mucho Amor.

Estos hombres de Cristo no son impecables. Todo santo, todo cristiano, toda criatura de Dios, por ser hombre, tendrá siempre defectos. Los santos, para llegar a la perfecta unión con Dios en esta vida, cuentan con que la naturaleza humana es como es. Y saben a ciencia cierta que únicamente conseguirán la «perfección» después de la muerte, de esa muerte que no es más que el paso de lo imperfecto a lo perfecto, de la lucha a la paz, de lo humano a lo divino.

Me gusta que estudiéis los defectos de los santos y lo que hicieron para desecharlos. Te animarás al verlos hombres, muy hombres.

Cristo no conoció el pecado. La Madre que tenemos en el cielo, tampoco. Todos los demás han conocido los defectos humanos.

Son perjudiciales y pueden llegar a deformar las conciencias de algunos cristianos las biografías de santos que nos presentan a sus protagonistas como impecables o poco menos, dando la sensación de que la santidad es patrimonio" de algunos pocos privilegiados; es un error que debe evitarse porque destroza la verdad del Evangelio. «Sed perfectos...», nos lo dice a todos.

Todos los hombres pueden lograr la perfección; no hay ocupación humana—con ello descarto las «exclusivamente animales»—en la que no se pueda uno santificar. Ni el teatro, ni el cine, ni el arte, ni la prensa, ni la abogacía—¡y eso que a los abogados nos dejan un camino tan estrecho para salvarnos!—pueden quedar excluidos de los caminos hacia la santidad.

Tenemos ejemplos de artistas y cineastas que han logrado la perfección abandonando el mundo. Confía en Dios y espera..., y verás a otros hombres que, sin abandonar esa misma ocupación, de la tierra darán el salto al cielo. Y la Iglesia—madre buena para los cristianos—nos pondrá sus vidas como ejemplo para las nuestras.

Me da pena cuando leo: «Las catástrofes, las guerras, las crisis económicas, no impiden a los *santos santificarse*, escribir a los poetas, pintar a los artistas, estudiar a los sabios». Porque me da pena no quiero ponerte aquí la referencia completa de donde lo leí.

¡Que los poetas tienen que escribir y los santos santificarse!

¿Pero es que existe acaso la profesión de «santo»? La Iglesia verdaderamente reconoce ciertos estados que se llaman estados -de perfección; pero ahora hablamos del caso corriente de los hombres.

No hay hombres que se dediquen a ser santos mientras que los demás mortales estudian, labran la tierra, construyen y escriben... ¡No! Son los poetas, los artistas, los labradores, los sabios y los doctos, las madres y las muchachas de servicio los que se santifican en, con y por la poesía, el arte, el campo, los libros, la familia y fregando suelos y platos.

Las biografías de los hombres ilustres destacan sobre todo las gestas heroicas que realizaron durante unos días—escasos—de su vida.

Yo quisiera conocer no esos hechos sueltos, sino el gesto corriente de los días que les precedieron, para poder apreciar si «aquella hora» era una hora aislada de su vida, en cuyo caso no hay mucho que admirar, o era la resultante del tono heroico de las horas sin brillo de su vida entera.

Quisiera conocer no los minutos emocionantes del soldado que estaba de guardia cuando la tierra arrojó fuego por el cráter del Vesubio, sino su vigor en las guardias de los días anteriores.

Nos recogemos en el silencio para conocernos. Descansar un poco. ¡Se vive tan de prisa! Y así, activar el conocimiento de uno mismo. No con el temor de encontrarnos imperfectos, que lo damos por supuesto, sino para hallar en nosotros los dones y talentos puestos por Dios.

Un examen exclusivamente negativo—visión de las faltas—nos llevaría de la mano a una ridícula humildad superficial, estéril y pesimista y, como consecuencia, a un aniquilamiento de nuestra vida humana y sobrenatural, a un retraimiento total, a una apatía indigna de un hombre, que, al hacerse cristiano, escoge un camino de lucha, de hidalguía y de caballerosidad. Se requiere también un conocimiento positivo de las inclinaciones santas que todo hombre posee, pues no todo en él es pecado.

Conocer muy particularmente estas cualidades, estos valores divinos que Dios ha puesto en nuestra inteligencia, en nuestra boca, en nuestro corazón, en nuestras obras, en nuestro temperamento y carácter. Dios, que nunca hace nada inútil, depositó en nosotros el germen de virtudes que a nosotros corresponde desarrollar. Así, unos serán audaces por carácter; otros, alegres; otros, generosos, trabajadores. Todos deben esforzarse por conseguir aquello que les falta.

Los ojos muy abiertos. Conocimiento propio. Y el que tiene cinco talentos tendrá que entregar otros cinco. Y el que tenga uno no puede enterrarlo en la arena por miedo a su Señor.

Si miramos años atrás, vemos una vida pobre, muy pobre; nada hemos hecho hasta aquí, pero nos fiaremos de la palabra de Dios. Y el milagro se operará.

La vida de los años pasados queda borrada con la confesión. Nuestra mortificación purificará las sucias sombras. Ahora, mira adelante. Mira lo que nos queda por recorrer... Caminos nuevos que tenemos que explorar... Nadie ha pasado por ahí; pasaron los primeros cristianos, pero los siglos han cubierto de hierba sus huellas.

Constancia en los propósitos, constancia en tu trabajo de hoy..., donde estés..., en lo que .haces. Enamórate de tu carrera, de tu profesión.

No envidies a nadie, ni dentro del Cristianismo ni fuera de él. Piensa que es a Dios a quien has de rendir cuentas de tus denarios. Envidia..., ¿de qué?, ¿de quién? Tienes todos los medios para hacerte santo, para hacer una gran labor

entre los pueblos. Persevera en tu trabajo de hoy, persevera en tus obras. Mírale a El, te repito, y te enamorarás.

Y cuando estés muy lleno de Dios te será muy fácil vivir sobrenaturalmente las virtudes humanas de tu personalidad. Vivirlas con sencillez, día a día, con naturalidad sobrenatural. Y si tienes que hacerte violencia, háztela; no te importe. No creas que es paradoja si te digo que entonces—cuando tengas que luchar contra las tendencias bajas de tu naturaleza humana—es cuando eres verdaderamente hombre. Entonces tus virtudes naturales, vividas a lo divino, formarán el reverso de cuanto hoy nos asquea a los que queremos ser nada menos que hombres de Dios:

Contra mentira, verdad.  
Contra vileza, nobleza.  
Contra hipocresía, sinceridad.  
Contra beatería, piedad.  
Contra debilidad, reciedumbre.  
Contra amaneramiento, hombría.  
Contra encogimiento, audacia.  
Contra impotencia, virilidad.  
Contra cobardía, valentía.  
Contra traición, lealtad.  
Contra tristeza, alegría.  
Contra pesimismo, optimismo.  
Contra mediocridad, personalidad.  
Contra ociosidad, trabajo.  
Contra desorientación, criterio.  
Contra tacañería, generosidad.  
Contra charlatanería, silencio.  
Contra exhibicionismo, discreción.  
Contra aburguesamiento, SANTIDAD.

Y el grito de nuestro Padre-Dios se dejará oír en el último día: »Me acuerdo de tu fidelidad al tiempo de tu adolescencia; de tu amor hacia Mí. De tu seguirme a través del desierto, tierra donde no se siembra» (Jeremías, II, 2). Paladea de antemano la bendita esperanza de que todo eso es posible. ¡Cómo duele oír a muchas almas sin Amor que esto es demasiado, que no podremos perseverar... ¡Sí, sí!..., y se lo repetiremos cuando seamos viejos... Es fácil, es fácil... Basta con enamorarse de Dios.

### III. ¡A GOLPE DE LÁTIGO!

#### INTRANSIGENCIA

"Un hombre, un... caballero transigente  
volvería a condenar a muerte a Jesús".

(*Camino*, núm. 393).

Es evidente que los cristianos debemos ser comprensivos con los defectos de los demás; con el temperamento y carácter de las gentes, de amigos y enemigos; con la injuria personal, la que merma nuestro yo, la que rompe nuestra fama y nuestro honor, la que corta ilusiones de la vida propia; esa infamia moldea, quita aristas al orgullo; en una palabra, nos purifica, nos santifica. En todo eso sí queremos ceder, perdonar, ser condescendientes. Pero eso no es transigir.

¿Transigencia en la doctrina con ofensa de la misma verdad? Eso nunca.

¿Transigencia con una conducta que puede dañar a la Iglesia Santa? ¡Jamás!

¿Transigir en lo que concierne a los intereses de Dios? Tenemos la comprensión y el perdón para los enfermos, pero no para la canallada.

¿Tolerancia?... ¡Claudicación! ¿Transigencia con el error?... ¡Fornicación de la verdad!

Si el nombre de una madre se respeta allá donde se encuentra su hijo, ¿será cristiano, y por cristiano hombre, quien no salte cuando sin respeto se habla de su madre la Iglesia, o de su Padre Dios?

Al cristiano no se le estimula—no hace ninguna falta—a que haga ostentación de su vida interna de piedad; pero sí se le pide, cuando llega el momento, que defienda con los dientes su Religión.

¿Transigencia? Transigencia no es humildad: muchas veces es cobardía y otras muchas ignorancia. Por amar la verdad tenemos que saber defenderla contra toda deformación.

El que no ama la verdad es porque desconoce su formidable potencia vivificadora. El que la ama, porque la vive, no transige con que se caricaturicen sus fundamentos sólidos, cuyo conocimiento le da esa fuerza, ese dinamismo propio del hombre que se encamina a la santidad, que no se arredra ante las dificultades del ambiente. En cambio, el que se deja arrastrar por él muestra

tener una personalidad endeble: es masa, y por eso condesciende con todo aquello que no merma su orgullo o su interés personal.

### **¡NO NOS DEJAREMOS MATAR!**

Los hombres transigentes, los de soluciones acomodaticias, los siempre condescendientes, los que no tienen fuertemente arraigada su fe, dejarían que se crucificase de nuevo a Cristo. Y otra vez se repetiría aquella escena cruenta, las maldiciones de la muchedumbre para el siempre Santo, la injuria de los bárbaros, las palabras soeces de la plebe; pretenderían clavarle al madero con más ahínco que entonces, con clavos más punzantes para hacer añicos su cuerpo; una inmensa guardia vigilaría el sepulcro, despiertos todos por la rabia, que siempre puede más que el sueño.

Pero a esos intransigentes, a esos tramposos, los decimos que antes de que nadie osara poner la mano en Jesús para prenderle, nosotros, los fieles de Cristo, arrasáramos el mundo. Haríamos de la tierra un pajar, y en él, ¡fuego, para que se quemasen las vidas de los indiferentes!

¡No podemos dejarnos matar, cristianos! Lucharemos por llevar la verdad a todos los rincones de la tierra. Nuestra defensa será con espada afilada. Si en tu Patria hay mano cobarde que acerca su tea encendida a la Iglesia del Poderoso—a tu Iglesia, Señor—, no temas empuñar el arma. ¡No podemos dejarnos matar! Que nos teman los veraces. Que nadie se ría de un cristiano.

En cierta ocasión se le acercaron a Jesús algunos fariseos diciéndole: «Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte». El les dijo: «Id y decid a esa raposa: Yo expulso demonios y hago curaciones hoy y las haré mañana, y al tercer día consumaré mi obra» (Lucas, XIII, 31-32).

Cristo no se dejará matar hasta que llegue su hora, y Pablo no se dejará azotar sin más ni más (Hechos, XXII).

El celo de tu casa come nuestras entrañas; queremos ser, Señor, los hombres más sinceramente apasionados por la verdad que haya conocido la Historia. Te lo queremos pedir con la humildad que faltó al pebre Pedro en la última cena.

Admiramos la sangre corredentora de nuestros mártires, ella nos confirmó en la Fe, la admiramos porque ella nos trajo la Vida...; pero, ¡Señor!, nos parece galardón, el del martirio, demasiado precioso para nuestra pobreza actual. Si nos lo enviaras, besaríamos tu mano. Tú nos darías la fortaleza para sufrir la acometividad de las fieras y poder dar el salto ligero de estas tinieblas a la Luz que no se extingue.

Pero los cristianos de hoy no tenemos vocación de mártires, sino de guerreros.

No es que por el mero hecho de estar en la verdad tengamos que morder al que no la conoce; pero sí, por el mero hecho de haber sido agraciados con ella, tenemos que defenderla con los dientes contra quien la ofenda.

Si los enemigos declarados de Dios creen que se van a encontrar en el Cristianismo espíritus pusilánimes y escurridizos que levantarán sus manos para que les apunten mejor al corazón, se equivocan.

Si los hombres de ese mar bermejo y amorado por la envidia y el rencor buscan sangre que apague su mentira y su odio, que sepan que los cristianos de esta generación están dispuestos a morir matando.

## EL LIBRO I DE LOS MACABEOS

El cristiano que por ser fiel a Cristo vive la humildad y la mansedumbre, que vive el amor al enemigo, que no admite rencor ni venganza en su conciencia, que es el más comprensivo de los hombres, debe vestirse con la armadura del guerrero cuando se ataca a la Iglesia de su Dios.

Debes contestar al enemigo en el mismo campo y con las mismas armas con que atacan a la Iglesia. Si lo hacen en el terreno intelectual, con tu prestigio profesional.

Pero si es a sangre y fuego como atacan a tu Madre, a sangre y fuego tienes que defenderla. De lo contrario, no me hables de tu humildad y de tu mansedumbre... Tus falsas virtudes no hacen más que ocultar una vergonzosa cobardía.

Te traigo aquí, lector amigo, el ejemplo de unos hombres—los Macabeos—para que sepas cómo tienes que comportarte cuando el infierno se levanta contra los hijos de Dios.

«Publicó por todo su reino el rey Antíoco un decreto para que todos formasen un solo pueblo abandonando cada uno su ley. Todas las naciones se avinieron a la disposición del rey Antíoco, y muchos de Israel se sometieron a su servidumbre y sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado. Envió el rey mensajeros a Jerusalén y a todas las ciudades de Judá con órdenes escritas de que siguieran aquellas leyes de pueblos extranjeros, que se suprimieran los holocaustos, los sacrificios y las libaciones en el templo de Dios y que no se celebrase el sábado, ni los días solemnes; y ordenó que se profanase el Santuario y el pueblo santo de Israel. Y mandó levantar altares, templos e ídolos, e inmolar puercos y carnes inmundas; y dejar incircuncisos a sus hijos y manchar las almas de los israelitas con todo género de impureza y abominación, de suerte que diese al olvido la ley y cambiasen todos los mandamientos de Dios. Que todo el que se negara a cumplir el decreto del rey Antíoco fuera condenado a muerte» (I Mac, 43-52).



La soberbia, la ambición de poderío hacen de tal rey un pobre diablo en manos del infierno, un pigmeo rebelado contra la ley divina.

Por orden del tirano, el Templo de Jerusalén queda consagrado a Júpiter, y en las más pequeñas aldeas del país se levantan ídolos que pretenden borrar el nombre de Yavé.

También han llegado a Modín los enviados del rey Antíoco para exigir el cumplimiento del regio decreto. En el pueblo hay un hombre principal: Matatías, y a él se dirigirán con premura para que su obediencia sirva de ejemplo ante sus hijos, hermanos y amigos. La astucia de la recompensa es tentadora:

«Tú y tu casa os contaréis entre los amigos del rey, y seréis enriquecidos con oro y plata y otras mercedes».

Se hace urgente la contestación del hombre que orienta al pueblo con su conducta. Es preciso que haya un hombre que dé criterio ante la disyuntiva: la deserción a la ley de Dios, o la muerte.

Tal vez se entienda hoy también en tales casos sólo cabe adoptar una de esas dos posiciones. ¡No! La injusticia no se limpia con un encogimiento de hombros, sino imponiendo la justicia. Hay—para estos casos tan claros—una valiente posición: la que adoptó Matatías.

«Aunque todas las naciones obedezcan al rey Antíoco y se aparten del servicio a la ley de sus padres, y se sometan a vuestros mandatos, yo y mis hijos y mis hermanos serviremos a la ley de nuestros padres. Que Dios está con nosotros; no abandonaremos la ley y los mandamientos de Dios. No prestaremos atención a las órdenes del rey Antíoco ni haremos sacrificios que quebranten los mandamientos de nuestra ley para caminar por otro camino» (I Mac, II, 19-22).

No todos entre el pueblo son fuertes y valerosos. Los hay pusilánimes, muy dados a estar a bien con su Dios cuando las obligaciones que impone a sus servidores resultan fáciles de cumplir, pero poco preparados a servirle cuando el servicio puede teñirse de sangre. Y así que Matatías terminó su pregón de combate, «se adelantó un judío a la vista de todos para sacrificar a los ídolos en el altar que había en Modín, según el decreto del rey. Al verlo Matatías, se indignó, sus entrañas se estremecieron y, encendido en justa ira, corrió hacia él y le degolló sobre el altar. Al mismo tiempo mató al enviado del rey que obligaba a hacer los sacrificios, y derribó el altar. Así mostró su celo por la ley, como había hecho Fines con Zambri, hijo de Salom» (I Mac, II, 23-26).

La rebelión de los que no tienen más que un Dios se ha iniciado. El pueblo elegido por Yavé, a pesar de todos sus desvaríos a lo largo de la Historia, ha sabido mantenerse siempre en el monoteísmo, resistiendo todas las influencias politeístas de los pueblos vecinos. Ese ha sido el objeto de la elección, e Israel

será fiel a su promesa. La voz potente de Matatías se deja escuchar en todos los rincones de aquella tierra de profetas y de reyes y se estremecen por el grito las entrañas sin vida de los ídolos: «Todo el que sienta el celo de la ley y sostenga la alianza, que me siga» (I Mac, II, 27). Y abandonando cuanto tenía en la ciudad, se refugiaron en los montes con sus mujeres, sus hijos y sus ganados. Algunos bajaron al desierto para esconderse.

Las fuerzas del rey Antíoco inician su dura persecución. Conocen las costumbres de los rebeldes, y atacarán precisamente en sábado—el día que la ley inmoviliza a sus observadores por el descanso obligatorio—. Los refugiados en los escondrijos del desierto, por no profanar el reposo sabático, no lanzarán una piedra, ni siquiera obstaculizarán la entrada de sus enemigos en sus cuevas. «Acometidos en día de sábado, murieron ellos, sus mujeres, sus hijos y sus ganados, hasta mil hombres» (I Mac., II, 38).

El viejo Sacerdote y sus amigos, al enterarse del suceso, se dolieron grandemente por la actitud tomada: «Si todos hiciéramos como han hecho nuestros hermanos, no luchando contra los gentiles por nuestras vidas y nuestras leyes, pronto nos exterminarán de la tierra». Aquel mismo día tomaron esta resolución: «Cualquier hombre que en día de sábado venga a pelear con nosotros será combatido. Y ninguno nos dejaremos matar como nuestros hermanos en sus escondrijos» (I Mac, II, 40-41).

La escritura va dejando caer entre líneas la alabanza a la rebelión de los fieles de Yavé: «Matatías y los suyos fueron derribando altares a su paso» (I Mac, II, 45).

Pronto morirá el valeroso anciano, mientras les exhorta a continuar la lucha comenzada. «Dad a los gentiles su merecido y observad los preceptos de la ley» (I Mac, II, 68).

Le sucederá Judas Macabeo, el valiente que «en sus luchas se hizo semejante al león y fue como cachorro que ruge en busca de su presa» (I Mac, III, 4).

Los primeros tiempos del mando los dedicará a la organización. Era preciso adiestrar a sus hombres para el combate, prescindiendo de cuanto supondría estorbo en un campo de batalla. Por lo cual «a los que estaban construyendo sus casas, verificando sus bodas o plantando viñas, y a los tímidos, les dijo que volvieran cada uno a su propia casa, conforme ordenaba la ley» (I Mac, III, 56). Y a sus guerreros: «Preparaos y portaos como valientes, y estad dispuestos al amanecer para luchar contra los gentiles que se han reunido contra nosotros y quieren destruirnos a nosotros y a nuestro Templo. Mejor nos es morir en el combate que ver la ruina de nuestro Templo y de nuestro pueblo. Pero hágase lo que sea la voluntad del cielo» (I Mac, III, 58-60).

«Aquel día Israel alcanzó una gran victoria» (I Mac, IV, 25).

Judas se hará con la espada de Apolonio.

Judas destrozará al ejército de Serón.

Judas dará muerte a 3.000 hombres de las fuerzas de Gorgias.

Judas obligará a Lisias a interrumpir la campaña.

Judas colgará la cabeza de Nicanor en las puertas de Jerusalén.

Judas será el hombre que salvará del oprobio al pueblo de Israel.

Y cuando llegue la hora de su muerte, morirá como un valiente.

El rey Demetrio envía un fuerte ejército frente a Jerusalén. Veinte mil hombres de infantería y dos mil caballos, al mando de Báquides, se dirigen a Berea. Judas les aguarda en Elasa. No tiene más que tres mil hombres. Muchos se asustan al comprobar el enorme número de los atacantes; temen y huyen: Judas Macabeo se queda con ochocientos, y entre éstos hay quienes le persuaden a la retirada. El valeroso jefe propone el ataque: «Dios me libre de huir de ellos. Si nuestra hora está próxima, muramos con valor por nuestros hermanos y no manchemos nuestra honra» (I Mac, X, 16).

Judas murió en el combate.

Jonatán y Simón tomaron a su hermano Judas y le enterraron en la sepultura de sus padres, en la ciudad de Modín.

«Todo el pueblo de Israel le lloró con gran duelo y durante muchos días se guardó luto. Todos decían: «Cómo cayó el valiente; era la salvación del pueblo de Israel».

«Por lo demás, no pueden escribirse las guerras de Judas ni la magnitud de sus hazañas: su número es demasiado grande para ello» (I Mac, IX, 19-22).

## UN GIGANTE ENTRE GUIÑAPOS

Hace años—muchos siglos—un hombre se entregó al trabajo oscuro y silencioso. Seis lustros vivió así, guardando en su corazón los mensajes de paz y de cielo que traía a los mortales. Al fin se internó en el desierto, donde las fieras le defendían de los hombres. Cuarenta días oró, mirando a lo Alto; luego dirigió sus pasos hacia allá, hacia su casa, y viendo lo que en ella acontecía, se asustó. La casa de Dios era casa de tráfico. El Templo, una lonja.

Allí están los sepulcros blanqueados. Allí los que ponen cargas pesadas sobre los hombros de los demás sin ayudarles con su mano. Allí los que rezan a voces. Allí los que dejan caer monedas en el gozofiacio para que el tintineo les haga pasar por generosos. Allí los cumplidores de la letra de la ley. Allí los «observadores» del sábado...

Hace dieciocho años que estuvo en el mismo templo. El, siendo niño, ya les enseñaba. Y están presentes los mismos, más viejos, más caprichosos, más indiferentes.

Es un día, un día corriente de feria: gritos de vendedores, risas de niños, mugidos de bestias, mucha grasa en el suelo sucio. Gentes que entran, ruido de

puertas..., pueblo y sacerdotes; alabanzas a Yavé y pordioseros que hablan con la boca llena. Alguno de los principales recuerda escenas pasadas, precisamente del Niño que les dio a conocer las Escrituras.

Todo transcurre como de ordinario; mas de pronto..., ¿qué pasa?... Silencio..., el más profundo silencio. Pero inmediatamente vuelve a estallar el griterío, más fuerte ahora, mucho más fuerte: es un verdadero tumulto. Dinero y baratijas ruedan por el suelo. Chasquidos de látigo. ¡Consternación entre aquellos mercaderes ricachones!

El Hombre con mensajes de paz y de cielo enarbola un látigo de cuerdas. Sus ojos están llenos de indignación. ¡Es la figura de un gigante entre guiñapos!... Y preguntamos...

¿No es Este el hijo del carpintero? Pero ¿no es el mismo que bendijo a los pacíficos?

¿No es el amigo de los niños, el que da la tierra en posesión a los mansos? ¿Dónde está el pastor bueno?, ¿el indulgente?, ¿el misericordioso?

La mirada penetrante de la ira divina hecha carne: ésa es la cara de nuestro Cristo joven al entrar en la casa de Dios; casa por entonces rebosante de hipocresía. Esos son los primeros pasos de la vida pública de Jesús.

Esas manos que serán salud para quien las toque, son ahora fuego para quien se acerque a ellas.

En la casa de Dios no pueden entrar ni los perros, ni los hechiceros, ni los deshonestos, ni los homicidas, ni los idólatras; nadie que ame y practique la mentira (Apocalipsis, XXII, 15).

«Zelus domus tuae comedit me» (Salmo LXVIII, 10; Juan, II, 17).

Qué contraste de color, negro y cárdeno, el de la vida de Dios entre los hombres. Silencios de pasión y golpes de látigo.

El que será llevado como oveja al matadero, el Cordero de Dios que no despegará sus labios desde el huerto, en la noche triste, hasta Jerusalén; el que callará ante los insultos, las bofetadas y las blasfemias... porque lo exige el Amor, es el mismo que ahora empuña unas cuerdas para «echar a todos del templo»..., porque le consume el celo de su Casa.

¡Látigo! Que caiga, Señor, toda la mentira de nuestras vidas a golpe de látigo. ¡Cuánta carroña quedaría al descubierto!

Sé que más de un pusilánime puede «escandalizarse» con estas páginas; pero continuaré escribiéndote a gritos.

«¿Sabes, Jesús, que los fariseos al oírte se han escandalizado?». Y Jesús les respondió: «Dejadlos; son guías ciegos...» (Mateo, XV, 12-14).

Si Cristo entrara hoy en nuestros templos, ¿emprendería a latigazos con la hipocresía? Es punto que puede servir de examen particular para todos nosotros.

Más que ira, motivaríamos lástima a los ojos del Señor. Hoy no encontraría bueyes ni mesas de mercaderes. ¿Has pensado alguna vez lo que encontraría Cristo en ti cuando estás orando en su Casa?

Que la casa de Dios no sea para ti lugar oscuro al que vayas a ocultar tu miedo, tus indiferencias, tus cansancios o tus cobardías. Que no la profanes con fariseísmos. Que no te escondas allí porque eres incapaz de resistir cara a cara, con santo orgullo y temple violento de cristiano, la luz del sol.

Que sea la Casa de Dios para ti refugio en el tiempo del dolor; métete en ella—cerca del Señor—cuando la vida te haya herido, cuando sientas el peso de tu debilidad, cuando necesites fuerzas que sostengan tu flaqueza, y que te permitan—humilde y resueltamente—volver a empezar.

Pero que la Casa de Dios sea para ti sobre todo el horno ardiente donde vuelvas a poner al rojo vivo las decisiones firmes nacidas del Amor.

¡El Señor nos llama, cristianos!

¡El mundo nos necesita!

¡Somos capaces! ¡Cristo y sus hombres van delante de nosotros!

¡Adelante, con violencia, los hombres de Dios!

## IV. TU PUEDES SER UNO DE ESOS HOMBRES

*Et derelinquam mihi in Israel septem millia virorum,  
quorum genua non sunt incurvata ante Baal.  
Me he reservado en Israel siete mil varones  
que no han doblado la rodilla ante Baal.  
(1 Reyes, XIX, 18).*

### ¡ESTOS TIEMPOS!

Si entramos en esta aventura de la vida, habremos de encontrarnos con circunstancias y sucesos que encierran peligros y dificultades. ¡Claro que sí! Pero ¿no es humano desafiar a la bestia y al hombre viejo que pretende cortarnos el paso?

¿Por eso vas a desilusionarte?

Hemos llegado a la tierra a la hora grave del descalabro. ¡Cuántos ayes y lamentaciones inútiles se oyen en nuestro tiempo!

La juventud es el tiempo mejor de la santidad y la hora de comenzar a vivir un ideal. Eso sirve para toda la juventud de la Historia.

Pero a la juventud de hoy nos ha tocado en suerte—¡en suerte!, que somos providencialistas— vivir la época quizá más interesante de la historia de la Humanidad.

Vivir hoy. Vive hoy el cristiano su tiempo con ansiedad. Y se alegra de vivirlo. Tan sólo le asusta lo vulgar, que no es lo de cada día, «que cada día tiene su afán». Sólo un miedo conoce su alma: esa vulgaridad cobarde que es el pecado.

Detesta lo vulgar y las cosas a medio acabar. Huye del pesimista, que a todo encuentra reparos, y no le asusta lanzarse al mundo para vivir en cristiano en medio de los hombres.

Quiere vivir hoy porque es mucho lo que encuentra por hacer. Ve en el dolor el dolor de los hombres que no se aman. Que inventan nuevos martirios para los nuevos hombres. Ve que la Iglesia es perseguida, que sus hijos se fatigan, y quiere defenderlos sin pensar en el martirio. El es joven y no quiere dejarse matar; y si en la lucha algún día ha de morir, piensa morir matando. Le resulta demasiado cómodo ser héroe en un momento. Quiere sentir en lo más íntimo la heroicidad de saber vivir todos los días para El.

El que se queje de nuestro siglo, no es joven.

El que se resiente añorando tiempos pasados, es viejo.

La juventud de hoy tiene que vivir en pie.

El cristiano, por amar la juventud, siempre audaz, y generosa, agradece el vivir la lucha de nuestros tiempos. No envidia tiempos pasados ni una paz horizontal futura. Pone todo su amor en el presente, que requiere esfuerzo continuado.

Nos dicen las gentes que es entusiasmo juvenil lo que tenemos; que dejamos correr el deseo como si ya de por sí fuera tocando realidades; que es una esperanza grande lo que nos anima; que son valores—¡qué duda cabe!, añaden con énfasis desconfiado—que ponen en juego la audacia y la valentía; pero que los años nos harán despertar del sueño en que vivimos; que todas las generaciones han asomado su cabeza rubia al ventanuco del mundo para darle gritos con su experiencia, terminando por cerrar la ventana con cabellos grises y meneando la cabeza en son de despecho y hasta de burla.

¡Señor! No sé lo que han pretendido hacer los jóvenes de otros siglos. No despreciamos nunca a los que ya son viejos, porque, cuando menos, éstos han visto pasar el tiempo y se han quedado con algo de su sabiduría; pero sólo sé que Tú nos miras desde lo alto de un madero ¡solo!, ¡entre la tierra y el cielo!, y que los hombres escuchamos un lamento que no podemos dejar en el olvido: *ut eatis...*, que vayáis..., y al principio parece un consejo irrealizable de moribundo, y después un mandato de Dios para todos los hombres que se alistaron en sus filas por el bautismo: *ut eatis*, que vayáis...

Y ésta es la gran verdad: que ni a ti ni a mí nos deben importar los fríos ni las guerras, ni el elogio ni la burla, ni la risa ni el desprecio. La noche del mundo está pasando.

El día se acerca. «La gravedad de la hora—repetimos con palabras del Pontífice que rige la Iglesia de Dios<sup>25</sup>—no puede turbar ni afectar más que a los tibios y a los vacilantes. Para las almas ardientes y generosas, acostumbradas a vivir en Cristo y con Cristo, esta misma gravedad es, por el contrario, un poderoso estímulo para dominarla y para vencerla».

Esta época de guerras mundiales, de trastornos internos, de llantos y de sangre, es nuestro tiempo. ¿Por qué temerlo?

Esta época de transición hacia una nueva edad de fuego y que lleva dolores de madre es nuestro tiempo. ¿Por qué no amarlo?

Esta época de presunción, de correr sin descansar, de amor sin saber amar, es nuestro tiempo. ¿Por qué dejar de vivirlo?

Vuelve tus ojos al Cristo. Dile que te los abra. Así entenderás y te entusiasmarás con las aventuras de las que hablaremos más adelante:

La aventura de una vida generosa.

La aventura del trabajo.

La aventura del dolor.

La aventura del fracaso.

---

<sup>25</sup> Pío XII: *Discurso al patriciado y a la nobleza romana*, 14 de enero de 1948.

La aventura de la muerte.

## UN IDEAL: CRISTO

¡Cristo! Hemos hablado hasta ahora de pequeños valores humanos. Ahí tienes EL VALOR para tu vida humana. Ahí tienes la protesta consciente más vigorosa contra el tiempo presente.

¡Cristo! Este es EL NOMBRE que se nos ha dado sobre todo nombre; El es la luz.

Si nos diéramos cuenta de lo que decimos al ponerlo en nuestras bocas sucias, notaríamos el frescor, la exuberancia, el estremecimiento más grandioso que puede sacudir a un alma.

¡Cristo! Ahí termina la búsqueda de los inquietos por una vida mejor y más llena.

¡Cristo! Ahí tienes el Absoluto que explica todas nuestras ambiciones.

Somos, ¡jóvenes cristianos!, de una raza de dioses, y solamente Dios puede colmar nuestras ansias.

No te sonrías con ese aire de viejo burlón... ¡Fuera de Cristo no tendrás paz! ¡No! ¡Jamás! ¡Fuera de Cristo, todos tus ideales te llevarán al fracaso!

¡Fuera de Cristo no hay eternidad, que es lo que buscamos!

¡Fuera de Cristo reventarán nuestras vidas de asco y de rabia!

Vuelve tus ojos al Cristo joven, perfecto Dios y perfecto Hombre, y entrarás en la vida pisando fuerte.

No seas tan viejo que pienses en tono quejumbroso que nada puedes hacer en la vida.

Puedes—teniendo a Cristo contigo—sentir el orgullo de un conquistador de cien mundos.

El mundo es nuestro porque es de Cristo.

«El que es santo, santifíquese más» (Apocalipsis, XXII, 11). ¿Quieres más preceptos positivos para llevar una vida cristianamente ambiciosa?

«Conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor»<sup>26</sup>. Es la Madre Teresa quien nos lo dice.

«Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega a mucho»<sup>27</sup>. Es otra vez Teresa, que insiste sobre lo mismo.

<sup>26</sup> SANTA TERESA: *Vida*, cap. XIII, 2.

<sup>27</sup> *Vida*, lugar citado.



¡Que sí! Que el Señor es amigo de almas animosas, de comienzos briosos, de sacudidas fuertes. Una sola cosa quiere Dios en nuestra ambición: que pongamos toda nuestra confianza en El. Eso basta.

Prométele ser un hombre desvergonzadamente apasionado de Cristo.

## HORIZONTES PARA TU ILUSIÓN

*In me omnis spes vitae.*  
En Mí está toda la esperanza de la vida.  
(Eclesiástico, XXIV, 25).

Eras un hombre de vida apacible y tranquila. Introverso en tus afanes, vivías ajeno a la preocupación de los otros hombres. Tus ansias, tus ilusiones se movían en un mundo pequeño y ridículo, pero que era grandioso para ti por lo mucho que abarcaban los tentáculos de tu imaginación. En cuanto abandonabas a los hombres, recomenzabas la conversación contigo mismo. Un monólogo constante, una fantástica novela en la que el orgullo, la vanidad, las pasiones... te habían proclamado, entre los aplausos de las sombras, el personaje central de la tierra. Eras la figura, el protagonista, el hombre. La lectura de biografías célebres añadía a tus proezas «interiores» el último éxito, la última aventura de los biografiados. El mundo no contaba «todavía» contigo, pero llegaría el momento en que te pediría necesariamente colaboración. Tú te harías rogar, y al final, con gesto cansino, te encontrarías obligado a aceptar aquel honroso cargo, el título nobiliario, la dirección de las masas obreras, un puesto entre los grandes hombres. El camino era sencillo, demasiado sencillo. La imaginación no entendía absolutamente nada de responsabilidad, nada de trabajo duro, nada de obstáculos, nada de cruz.

Eras un hombre de vida apacible y tranquila. Eras demasiado joven.

Y llegó la primavera de tu vida con ruidos de guerra y gritos de hambre. Y te despertaste al sentir zarandeado tu brazo por el brazo de otro hombre. Cerraste los ojos fuertemente para después abrirlos y despertar de aquel sueño que padecías, y te encontraste con otros ojos que pedían pan, y un muchacho de cara sarnosa y cretina alargaba su mano abierta... no sabes para qué; nada entendías. Hiciste un gesto de desprecio y de asco, y al pretender escapar de aquellas sombras—así llamabas tú a la realidad—, un coro de carcajadas paralizó tus huesos. De tu alma salió un grito de huida y de coraje. Las voces se callaron por un momento para tornarse más salvajes, más hirientes. A empellones te abriste paso entre aquella podredumbre que tenía vida. ¿Qué te importaba a ti el hambre de otros semejantes? ¿Por qué no habían empleado el tiempo en soñar como tú, en lugar de corretear por las calles? ¿Por qué te gritaban a ti, si nunca los habías conocido?

Y en cuanto te libraste de aquellas fieras—así los llamabas—, pretendiste volver a tus sueños de siempre, a tu mundo apacible y tranquilo.

Pero ahora las sombras, las mismas sombras de años atrás, las que aplaudían tus éxitos, las que se rendían a tus pies, las que te levantaban por encima de las cabezas de los hombres, los mismos fantasmas que antes con singular belleza te servían, ahora se arrastraban pesarosos y huían de tu presencia. Hacías esfuerzos por apresarlos y se escapaban de tus manos. Los coros de voces hablaban de muerte y de guerra. Sentiste frío y cansancio. Ni las sombras respondían a tus ilusiones. Quisiste volver a soñar lo que soñaste de niño, pero no lo recordabas ya, no podías recordarlo.

Y aquel hombre que zarandó tu brazo volvió para abrirte los ojos.

—¿Qué haces? ¡Despierta! ¿Qué haces tú en la vida? Esos hombres piden tu ayuda. ¿Por qué se la niegas? Son hombres que no conocen ni salud, ni Patria, ni Dios. Viven en la miseria. Ningún ideal mueve a esas almas. ¿No quieres ser tú quien les dé un poco de aliento y de vida para que no sigan arrastrando su podredumbre espiritual?

Y sí, te despertaste; en un comienzo, con miedo todavía; después, con un brío enorme.

¡Sí! Tú estabas en la tierra para algo más que para soñar acurrucado en tu caparazón. Había que hacer algo que no fuera egoísmo. Tú, cuando abriste los ojos para ver la luz de este mundo, ya eras cristiano, «por la Gracia de Dios». Eras, ni más ni menos, «hombre de Cristo que está ofrecido a su santo servicio». Recordabas las palabras que de niño aprendiste en el Catecismo con un sonsonete que ahora te hacía sonreír. Nunca como ahora habías comprendido todo su significado. Y te repetías—creías que sólo interiormente, pero las palabras se dibujaban en tus labios—: «¡Hombre de Cristo! ¡Hombre de Cristo! ¿Yo, hombre de Cristo?...». Y clavaste tus ojos en los ojos de tu amigo. «¡Hombre de Cristo!», repetiste una vez más, sin darte cuenta de la resolución que estaba naciendo en tu corazón, empujada por la Gracia. Y diste tu mano para estrechar la del amigo: «Cuenta conmigo. Quiero hacer algo por ellos».

«¿Contar yo contigo? ¡Yo!... ¡El!», completó aquel hombre.

Te encontré en la calle poco después de aquella decisión. No necesité preguntarte nada. Estabas lleno de entusiasmo—mucho de humano y algo de Dios—. Eras una barca empujada por la fuerza del viento. No sabías escatimar ningún sacrificio, ni querías comprender a los que vivían introvertidos como tú viviste hacia años. ¿Por qué no habían de seguir todos tu camino? ¡Qué pronto hallaría solución el mundo! Todo te parecía pequeño. Todo te parecía poco. ¡Qué bien te portaste en aquel tiempo! Caminabas al paso de una marcha triunfal. El proselitismo se había hecho carne de tu carne, y una alegría inmensa se adueñó de tu vida, una alegría contagiosa que se pegaba a las almas de los que

convivían contigo y que les arrastraba hacia Dios. Hasta entonces habías entendido de amores, de unos pocos amores. Ahora ibas comprendiendo algo del Amor.

### DESALIENTO EN LA CARNE

*Nondum enim usque ad sanguinem restitistis,  
adversus peccatum repugnantes.*

En la lucha contra el pecado no habéis resistido todavía hasta la sangre.

(*Hebreos*, XII, 4).

Pero después de algún tiempo nos hemos vuelto a encontrar... No eres el que eras. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde está aquel empuje, el amor de tus primeros días, aquel entusiasmo, la vibración de tus comienzos?

Me has hablado con el silencio y con tu mirada en la lejanía.

Por fin te decidiste a hablar, y entre balbuceos se te escapaban estos pobres argumentos:

—Me he dado cuenta de que fue una chiquillada. Por mucho que haga uno, el mundo seguirá su rumbo. Y además...—bajaste la cabeza, avergonzado.

—Sigue. Dime ese único argumento que te queda por decir.

Y me has gritado, enfurecido: —Es que... no puedo.

Y en contraposición a tus pobres razonamientos, «a tus razonadas sinrazones», no he sabido contestar de otra forma:

—¡Cobarde!

Se te han llenado los ojos de sangre cuando me has mirado, pero no me da ningún miedo el repetírtelo silabeando:

—¡Co-bar-de!

—¿Que no puedes? ¡No quieres! ¡Con hombres como tú, el Cristianismo se hubiera arruinado antes de entrar en las catacumbas!

¿Que los demás se conforman con poco? ¡Precisamente por eso!

—¡Te has acobardado ante el espantajo del desaliento!

Y te has levantado, más que para despedirte, para huir. Pero ha quedado el tiempo suficiente para que me escucharas:

—Hay deberes que no se pueden eludir por muy desalentado que uno se encuentre.

Estas páginas se han escrito, sobre todo, para que sean leídas por algún hombre, por un muchacho, uno de esos a los que San Juan les ha escrito: «A vosotros os escribo, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra del Señor permanece en vosotros, y vencisteis al maligno». Y puedes figurarte que cuento con que eres—somos—de barro, y que no me asustan tus caídas.

Ya se sabe cómo venció San Juan. Apóstol joven y casto, fue el único que resistió a la hora del escándalo, el único que pudo vencer el miedo. El único que—junto a la Virgen—estuvo al pie de la cruz. Y es que la valentía brota de la castidad.

Sí, ya está bien soportar que se nos diga de la juventud que es la edad de oro de la bestialidad. Es éste un buen momento para que la juventud cristiana demuestre prácticamente al mundo que es mentira, que un muchacho, un varón, un hombre, no pueda guardar continencia antes de llegar al matrimonio. Mienten los médicos que exponen lo contrario. Pese a los sembradores de impureza y a la baba viscosa y sucia que dejan como estela sus palabras y sus hechos, en manos de los cristianos jóvenes está el demostrar que todo hombre normal puede vivir la continencia perfecta. «Hace falta una cruzada de virilidad y de pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia.

—Y esa cruzada es obra vuestra»<sup>28</sup>.

¡Varones!, la cabeza erguida, alma generosa y cuerpo limpio. ¡Virilidad! ¿Temperamentos eróticos? Hablo de hombres normales, fisiológicamente bien constituidos, y que, por tener todo lo que los hombres tienen, trabajan, luchan, se esfuerzan por vencer toda tentación por fuerte que sea.

Tentaciones, luchas, sonrisas, desprecios, peligros y muerte: eso es la vida.

¿Pero a un soldado le puede asustar el ruido de la guerra? La guerra siempre se da con ruido de armas.

Que jamás te salga el lamento: «No puedo». Tenemos la gracia suficiente para salir airosos de cualquier prueba, por fuerte que sea; pero jamás te metas voluntariamente en ella. Sería tentar al Señor. Para nosotros, que por jóvenes amamos el peligro de lo nuevo y lo distinto, el consejo de un hombre de Dios: «No tengas la cobardía de ser «valiente». ¡Huye!».

Escucha al Apóstol: «En la lucha contra el pecado no habéis resistido todavía hasta la sangre» (Hebreos, XII, 4). ¿Te asusta? ¿Habías pensado, tal vez, que el apartarse de la ocasión solamente quedaba en juego de niños?

Y cuando la carne se rebele y el infierno no te diga nada, y cálculos miserables te estremezcan y te agiten, trata duro a tu cuerpo hasta que sangre... «Que no pueda exclamar mi enemigo: "le vencí". Que mis enemigos se alegrarían si yo cayese» (Salmo XIII, 5).

No hay estados intermedios: o bestia o ángel.

¡Virilidad! ¡Masculinidad! ¿Santos sin tentaciones? ¡Qué pocos! Con la ayuda de su Padre Dios, no olvidan los medios humanos, y a veces hacen lo sobrehumano para lograr una victoria sobrenatural. «Conviene que pases por agua y fuego antes que llegues al descanso», nos recuerda el Salmo. Los libros

<sup>28</sup> Camino Nro. 121

nos hablan tan poco de cómo lucharon los santos... ¡Y vaya si lucharon! ¡Qué voluntad la suya!

Repito que hablo de hombres normales; las excepciones las dejamos en manos de los médicos para que las estudien como casos clínicos.

Los afeminados y los invertidos, los hombres de ojos turbios y tez plomiza, que no lean estas páginas. Esos no pueden entender qué es masculinidad.

¿Ellos más hombres? Pero si les falta la voluntad, que es potencia humana...  
¿Ellos más hombres porque son más bestias?

¡Cuánta raza degenerada! La enfermedad por contagio ya no es suficiente freno. ¡Están tan comidos por la pasión!

¡Qué religiones tan fáciles de observar han inventado los hombres, que todo lo permiten! La nuestra, que es de Dios, es exigente. ¿No cabe pensar con dolor en que los nuestros sienten pena porque «el sexto» es pecado?

Pero también nosotros tenemos que aprender. Nuestros jóvenes enfocan mal el problema. ¿No existe más mandamiento que el sexto en la Ley de Dios? Pues muchas veces no se habla de otra cosa con los jóvenes. Se escribe con la preocupación de que quede claro este punto. Y es tal el agobio con el tema que se le plantea, que irremediamente van hacia él.

Hemos leído: «El que piensa dar todo su amor a una obra grande *debe condenarse* a la castidad», y no es eso. La castidad no es condena, sino liberación. Así la valentía es una consecuencia inmediata de la castidad. La castidad no es para los impotentes—nadie nace continente—, sino para los poderosos que sintiendo lo que a otros les lleva al deleite, lo sacricitan todo por la amistad de Dios, ese Dios que tiene el secreto de satisfacer todas las ansias, anhelos y ambiciones del pobre corazón humano.

A pesar de que sabes cómo puedes curarte, sigues hablando con frecuencia de tu problema de pureza. Déjame que te diga que tu problema no es de *pureza*, sino de *pereza*.

Continúa con esa vida de vago inútil que llevas. Déjate—como siempre—vencer a la hora de levantarte. Acuéstate a la hora que más te «convenga». No te traces ningún plan de vida. Procura no aprovechar el tiempo. Dedicarte al descanso todo lo que puedas. Deja a los ojos que vean y a tu imaginación que corra y vuele, y verás—¡pobre perezoso!—qué grandes son las puertas del infierno.

El problema de tu pureza es de sustitución.

En tanto que los hombres no tengan otra pasión más fuerte que la de la carne, continuarán embarrándose en el lodo, caída tras caída, y llegarán —por ese camino—a no poder ver la luz del cielo; tan opacos quedarán sus ojos para la vida del espíritu.

¡El problema de la carne es de sustitución! No pretendáis frenar la carne con el miedo al infierno o a la muerte, que nada dicen cuando llega la tentación. No

pretendáis curar esa «inclinación» exclusivamente a latigazos. Esa voluntad dice mucho, pero es poco.

Hablaremos después del remedio contra este desaliento.

«Nunca te desesperes. Muerto y corrompido estaba Lázaro: "jam foetet quatruiduanus est enim" —hiede, porque hace cuatro días que está enterrado— dice Marta a Jesús.

»Si oyes la inspiración de Dios y la sigues—"Lazare, veni foras!"—¡Lázaro, sal fuera!—, volverás a la Vida»'.

## DESALIENTO EN EL ALMA

Y aquel hombre joven, con el espantajo  
del desaliento dentro del alma,  
acabó por confesarme: "Es que me aburren las cosas de Dios".

No es la carne—me dices—lo que me acobarda. Es el desaliento en mi vida interior; es una flojera que paraliza todos mis impulsos: me canso. Y has terminado por gritar que te aburres con las cosas de Dios.

El mismo pecado mortal que convierte el alma en un asqueroso cadáver de la Gracia, es menos peligroso que el desaliento que acaba por quitar la alegría del recomenzar constante en nuestros pasos de la vida interior. El pecado, para los hijos de Dios, para las almas que habitualmente viven en gracia, es un paso en falso, una caída que hace levantarse con presteza para continuar el camino de la santidad. En cambio, el desaliento es un enemigo formidable que paraliza toda vibración.

Es característico de los espíritus viejos, de esos hombres «experimentados», que en nada ven el remedio ni para su vida ni para la del mundo. Temperamentos dulzones y flojos que necesitan una mano férrea que les empuje en la ascensión de la vida.

La comenzaron con brío, tal vez; pero una caída, y otra, y otra... apagó la luz que les guiaba. No tienen en su vida más que experiencias negativas, impotencia, esterilidad, pequeños fracasos, tentaciones, descorazonamientos. En todo ven imposibles.

Les falta visión cristiana de la vida: la fe y el sacrificio; y así, todo trabajo heroico se les hace imposible de realizar.

El desaliento entra en la vida interior cuando las almas, llevadas en un principio por el desconsuelo del sentimentalismo, sienten apagarse la llama de la devoción sensible. Son falsas apreciaciones, errores funestos de la inteligencia lo que les impide la marcha interior. La suavidad de que se rodeaba la presencia de Dios en sus comienzos —pequeños regalos que da Dios a quien quiere y porque quiere, y que nada indican en el progreso de un alma—debe

tornarse en una «presencia» de voluntad, que pide esfuerzos y trucos humanos para tenerle a Cristo en los ojos. Y esto no saben hacerlo, por error en su formación.

Detesta tú estas devocioncillas sensibleras por la falsedad que encierran. De lo contrario, te expones a ir muy lentamente en esa vida cristiana, viril, que debes llevar a ritmo acelerado. Mira que en la vida interior no caben estancamientos: o se avanza o se retrocede. El amor no admite equilibrios.

¡No puedes cansarte! El desaliento de tu alma se debe a que llevas a tu vida interior la misma frivolidad que te consume en las obras humanas. No te muevas en la superficie; penetra, ahonda en tu alma por la oración y el sacrificio, y olvida los sentimentalismos.

Toda la noche habían estado fatigándose los compañeros de Pedro tratando de "pescar en las aguas de Genezaret, y nada habían conseguido. Pero en cuanto llegan a tierra, antes que les venza el cansancio y el desánimo, comienzan a lavar y a remendar aquellas redes vacías, como preparación de la pesca de la noche siguiente. Así son los hombres de la Esperanza.

Reman con esfuerzo contra corriente, bendiciendo a Dios cuando el cielo les favorece, y sin desalentarse cuando se encabritan las olas del mar.

¡Qué pena da ver esas almas generosas con sed y nostalgia de las alturas, pero descorazonadas y abatidas por el desaliento!

En esas inteligencias falta un valor divino que para lo humano es totalmente preciso: la vida de fe, de una fe sacrificada.

Si nos falta fe, ¿en qué podemos confiar?

Vive la virtud de la firmeza que es savia y vitalidad de todos tus actos, y curarás la anemia de tu espíritu. Arranca de la tierra de tu alma—con la confianza en la bondad divina—ese espantajo, ese fantasma que te asusta y te detiene, esa carcoma insidiosa que mina todo tu vigor, ese desaliento pesimista que te hace llevar una vida de animal burgués.

Con insistencia susurra *áius* oídos: ¿No ves que no puedes?, ¿que esto no es para ti? ¿No oyes hablar de santidad y de heroísmo, de ambición y de guerras?

Sé viril en tu reacción. Mira a Cristo y escucha a Juan y a Santiago: «Possumus!» y por primera vez sentirás en tu hombría reverdecer otra virtud luminosa: la juventud.

## ¿DESERCIÓN?

**Festina ad me venire cito, Demás enim me reliquit.  
Date prisa por llegar pronto, porque  
Demas me ha abandonado.  
(2.a Timoteo, IV, 8 y 9).**

Contempla el dolor del «último apóstol de Cristo» al verse traicionado por uno de los suyos a quien consideraba incondicional.

Demás ha sido su compañero en los viajes. Pablo está ya viejo. Su lealtad a Dios le ha llevado ahora a verse envuelto en un nuevo proceso. De-mas se asusta. ¿Otra vez a la prisión? No la desconoce. Después de una lucha interior—ineludible—, busca el reposo de su casa, el descanso entre los de su familia; Demás traiciona a Pablo y huye a Tesalónica. Los amigos del viejo loco, que también sirven a Cristo, Crescente y Tito, han tenido que partir para Galacia y Dalmacia, respectivamente. San Pablo se ha quedado casi solo, y en la II Carta a Timoteo (IV, 8 y sigs.) expresa su angustia: «Date prisa y ven pronto, porque Demás me ha abandonado por el amor de este mundo y se ha ido a Tesalónica... Sólo Lucas está conmigo».

El Apóstol siente ya los últimos fríos de la vida: «Cuando vengas, tráeme la capa que me dejé en casa de Carpo. Tráeme también los pergaminos».

¡Qué contraste! Lealtad y traición. Fidelidad de Pablo y deserción de uno de sus hijos según el espíritu.

¡Deserción! ¡Traición! Demás, Judas, Pilatos..., el joven que se marchó triste de la presencia del Señor. Uno que traiciona por amor al descanso; Judas, por desesperación; Pilatos, por transigente, y el joven..., por dinero: ¡Esos son los traidores a Dios! ¡Qué falta de lealtad en todos ellos!

Cuando te veo dudar en el camino valiente que escogiste, me dan ganas de abofetearte para que despiertes antes de que la traición entre en tu alma. ¿No te das cuenta, amigo mío, que tienes que seguir gritando: «¡Serviam!, te serviré, te seré fiel hasta la muerte!» No ves que tienes que seguir siendo fiel «aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida, a la Iglesia de Dios»? <sup>29</sup>.

Ahora que las cosas se han puesto difíciles para ti porque es la cárcel, la carne, el desaliento o el orgullo lo que te aprisiona, ¿ahora vas a dejar de ser leal a Dios? Cuando te has encontrado con las primeras dificultades..., ¿ahora es cuando vas a dejar de arrimar tu hombro a la Cruz de Aquel que te llamó? ¿No escuchas la voz de Cristo, el gemido de Dios que te dice al oído: «¡Amigo! ¿A qué has venido?» (Mateo, XXVI, 50).

---

<sup>29</sup> Camino num. 519



Tú vibrabas, yo te vi, cuando hace unos pocos años la bandera de tu Patria se pudría, con la sangre, ya negra, de cien crímenes. ¡Cómo vibrabas entonces! La honra de tu madre no podía quedar vilipendiada, y saltaste al parapeto, dejando cariños y vida en la trinchera, para limpiarla.

Hoy, todo aquello lo ves tan lejos y tan pobre...

Tu alma pedía algo, tu corazón no se satisfacía con barreduras de mundos viejos..., y en la senda te encontraste con una mujer. El encuentro volcó el corazón en imaginaciones de hogar. «¡Qué días tan felices!», estás pensando ahora..., al recordar.

También aquel amor niño quedó tronchado cuando, no sabes por qué, el tiempo te separó de ella.

¡Más, más ilusiones pedías! Y entraste en la Universidad con ambición de grandezas. Pasan unos años, pocos, y con ellos los deseos.

«Trabajaré con fatiga, pese al viento», te decías; pero el mismo aire del mar te cortó los ideales.

Leíste libros sobre hombres célebres, y la vanidad empujó la marcha de aquellos meses. Pero cerraste el libro con la muerte de aquellos personajes. Tus ojos inquietos se perdieron en los árboles con la reflexión.

Tampoco era aquélla la vida que se había forjado en tu mente. El pan de tus hijos, la felicidad de tu familia pobre y humilde, el trabajo profesional..., todo se ha ido rompiendo como barro seco en tus manos duras. Y ahora estás quieto, demasiado quieto, con tranquilidad de tumba. «Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia, y que no puedes sufrir la iniquidad..., y que todo lo has padecido sin desmayar... Pero contra ti tengo el que has perdido el empuje de tu primer fervor» (Apocalipsis, II, 2-4).

Yo te diré el porqué de estos fracasos, y encontrarás una razón para vivir y una aventura para cada día. Porque los días no son todos igualmente descoloridos y monótonos. Te diré el porqué de esos desalientos en tu carne, en tu alma y en tu juventud.

Tu ambición fue pequeña aun cuando querías ir lejos. Te quedaste corto en tus deseos. Fue débil tu emoción para que el tiempo no la borrara.

Si quieres hacer algo y ser alguien en la vida, tienes que proponer a tu juventud un querer mucho más alto, una esperanza indestructible, un ansia de infinito, una locura casi irrealizable.

Te desilusionaste porque la misma satisfacción del goce que deseabas era ya de por sí mezquina, incapaz de llenar tu vida joven.

Es pequeña la tierra para ti. Quisiste ser feliz, y el fracaso que sentiste al buscar lo grande y lo hermoso te hizo bucear por mares apretados, limitando tus deseos. «Eso será mejor», te dijiste. No tuviste la suficiente valentía para apreciar tu derrota.

Te diré el porqué de tus fracasos. Te quedaste sobre los montes mirando a las montañas, a la tierra vacía e inmóvil. Y hay que mirar mucho más arriba; necesitas perspectivas insondables, por encima de las nubes, por encima de los soles... Tienes que fijar los ojos en Cristo.

Y contemplarlo, y estudiarlo seriamente, y dejarte absorber, y dejarte arrastrar, y volverte loco con ese gran ideal. Así tu juventud será algo, será mucho, será todo.

Y entonces volverás a tu amor niño, mirando a aquella mujer, y la amarás.

Y entonces volverá a recobrar su sentido el parapeto.

Y entonces las vidas de los hombres no sólo te hablarán de muerte.

Y el pan de tus hijos llegará a sus bocas.

Y el cansancio en el trabajo te sonreirá cuando llegue la noche.

Y entonces el dolor de los tuyos se trocará en gozo, y entonces la profesión, el trabajo, será un camino para llegar lejos.

Y entonces aborrecerás de verdad la carne y te ilusionarán grandemente todas las cosas de Dios.

Entonces... nada se te romperá entre tus manos duras.

Entonces... habrás vencido, habrás hallado la salida victoriosa a esa inseguridad íntima, a esa duda lacerante que ahora te tortura el corazón.

## SINCERIDAD Y FIRMEZA

*Esto fidelis usque ad mortem, el dabo tibi coronam vitae.  
Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida.  
(Apocalipsis, II, 10).*

¡Habla! Da a conocer pronto esa situación peligrosa en que te encuentras. Rompe rápido esa cadena del silencio tortuoso que te aprisiona. Desahoga tu corazón con quien conoce tu alma. Dile los proyectos de tu traición. Sé sincero, aunque en esos momentos de intenso dolor el hablar te cueste sangre. Te aseguro, como sacerdote de Dios, que no conozco ni siquiera un hombre que haya perdido el camino cuando ha tenido la valentía y la lealtad de abrir a la luz los rincones ocultos de su alma. Y como sacerdote de Dios te aseguro también que conozco almas que perdieron el tesoro más grande que se puede recibir en la tierra por deslealtad y cobardía.

¿A qué has venido, amigo mío? ¿A santificarte o a hacer teatro?

No, todavía no es tarde. Después puede que lo sea. No tengas vergüenza... Hay mucho que desempolvar, sí, pero... ¿y la alegría y la paz que trae consigo la sinceridad? ¿Qué dirán? Que has sido valiente, y ganarás en estima y aprecio, y no te faltarán desde entonces la ayuda, el cariño y el esfuerzo, junto con la oración y el sacrificio de ese otro hombre que quiere morir por ti antes de que vuelvas la cara a Dios.

«Mira: los apóstoles, con todas sus miserias patentes e innegables, eran sinceros, sencillos..., transparentes.

»Tú también tienes miserias patentes e innegables. Ojalá no te falte sencillez»<sup>30</sup>.

Y ahora, después de esta confesión, tu alma ha quedado libre del peso muerto que arrastraba. La sinceridad te ha costado una fuerte humillación, pero ha sido una humillación voluntaria que te servirá de expiación por tus miserias. Has quedado libre. De nuevo Dios en tu alma de hijo pródigo.

Es preciso que ahora demuestres tu lealtad con «**r** obras buenas; de lo contrario, no creo en ese arrepentimiento. Déjame que repita una vez más «obras son amores y no buenas razones».

¡Cuántas veces has comenzado y recomenzado la ascensión por esas carreteras de tu alma que te llevan a Dios!...

Te he encontrado desanimado en muchas ocasiones. Me has dicho que no puedes, y me lo cuentas con lágrimas en los ojos. Que la carne te impide mirar sobrenaturalmente a lo que acontece a tu alrededor. Que el temperamento sanguíneo te hace mirar con optimismo la vida, para, poco después, quedar destrozado y afligido con pesimismo de muerte.

La exaltación y la depresión se suceden en pocas horas. Te entusiasmas y te irritas con frecuencia. Vibras por unos momentos para volver a la apatía de siempre. Que conoces la Eucaristía y el pecado, la oración y el desprecio a Dios, el espíritu y la carne. Que no puedes, que no puedes llevar a cabo los propósitos que en día de luz te fijas para las horas de sombra...

Y me has mirado con rabia, y por fin te atreviste a decírmelo: «Déjame; sigue tu camino, no me tortures. Al menos, cuando no pienso en Dios tengo alguna paz».

No puedo dejarte, porque estás llamado a realizar grandes cosas, y estás suicidando tu alma. No puedo abandonarte. Seguiremos los dos el mismo camino. No te desesperes jamás. Mira a Pedro negando al Señor por temor a una mujeruca. Pero Pedro lloró su pecado, y por eso en él encontraremos la roca fuerte de la Iglesia.

Mira a Tomás, que no creará en la Resurrección de Cristo hasta tanto no toque sus manos llagadas y pueda comprobar las hendiduras de los clavos en sus pies. Pero una explosión de fe le curará como a Pedro le curaron las lágrimas.

Mira a esos pecadores que llevan tres años junto a Jesús: Creen que es el Hijo de Dios. Han visto prodigios maravillosos que salen con naturalidad de las manos de su Maestro, le han oído hablar—¡cuántas veces!—de humildad y de fraternidad. Y sin embargo quedarán avergonzados por las palabras del Señor cuando conociendo la conversación que llevan en el camino les pregunta: «¿De qué veniais hablando?».

---

<sup>30</sup> Camino núm. 932

Y es que, asóbrate, iban discutiendo a voz en grito sobre cuál de ellos habría de ser el primero en el Reino de los Cielos.

Pero míralos ahora a la salida del cenáculo en la mañana de Pentecostés. ¡Han quedado transformados!

Si te dejaras en mano del Espíritu, pero de verdad, como Pablo, tu odio se convertiría en amor, y tu inconstancia, en roca firme de la Iglesia, y tu pereza, en un entusiasmo infinito, y tus pasiones sucias, en energías vibrantes.

No te asustes de los defectos que tienes. Escucha el grito del Apóstol: «Con alegría me gloriaré de mis imperfecciones, para que haga morada en mí el poder de Cristo» (2.<sup>a</sup> Corintios, XII, 9). ¡Lucha! ¡Brega con constancia! ¡Persevera, pese al dolor!

Te diré con un filósofo pagano: «A los hombres que me interesan algo les deseo sufrimiento, desamparo, enfermedad, mal trato, envilecimiento; quisiera que no ignoraran el profundo autodesprecio, el martirio de la desconfianza en sí mismo, la miseria del vencido. No tengo ninguna compasión de ellos, porque les deseo *lo único que puede demostrar si uno tiene valor o no: el ser constante*»<sup>31</sup>.

Sin firmeza no lograrás ni ser santo, ni ser hombre.

¿No es cierto que de ese gran defecto que tú tienes—frivolidad—quieres hacer una gran virtud? Tienes que fortalecer tu voluntad. Y esto lo conseguirás con el esfuerzo diario. No te engañes. No te enraizarás en la fortaleza leyendo libros sobre la formación del carácter. Necesitas—tienes experiencia—, necesitas un plan de vida y sujetarte a él sin volver la cabeza. No seas flojo.

No es tibieza lo que tienes.

Para ser tibio sería preciso que hubieras tenido verdadera vida interior en época precedente. La tibieza es descenso de las alturas al abismo. Y lo que te ocurre a ti es que todavía no te has levantado. De aquí esa apatía y ese dar tumbos a un lado y a otro.

*Surge!* Levántate y sigue de cerca el paso de Dios.

No te quedes entre dos aguas en la tierra de nadie, indeciso, sin atreverte a ser hombre. Serías despreciable si te comportaras así.

No me insistas en que no puedes. ¿Crees acaso que nuestro Dios admite gente regalada y comodona para su servicio?

Los dos hemos aprendido en el Campamento de la Milicia la misma consigna para todos los alféreces: «El Oficial que recibiere la orden de mantener su posición, a toda costa lo hará». Tampoco caben vacilaciones en los hombres de Dios.

---

<sup>31</sup> NIETZSCHE, en *Voluntad de poder*, citado por SELL-MAIR: *El sacerdote en el mundo*, 1.<sup>a</sup> ed. española, pág. 113.

«Constancia, que nada desconcierte. —Te hace falta. Pídela al Señor y haz lo que puedas por obtenerla: porque es un gran medio para que no te separes del fecundo camino que has emprendido» \*.

Esa lucha contigo mismo no finalizará hasta que tus huesos se estremezcan con el frío de la losa.

¿Pero es que acaso no merece la pena vivir esa lucha por Cristo? Haciendo lo que haces y estando en lo que estás, lograrás llenar tu vida.

Comienza y recomienza cada día, sin desalientos ni timideces, con firmeza.

Mira que no sería difícil encontrar un millón de hombres que en las circunstancias actuales marchen a Roma para defender a Pedro...; pero que continúa siendo difícil encontrar un amigo de Dios que «marche» a poner en práctica el propósito concreto del «hodie, nunc», del hoy y ahora.

¿Quieres ser constante? ¿Ser firme? Aumenta la ambición de Dios. El te hará, nos hará a todos incommovibles muros de bronce.

Escucha el grito de Santa Teresa <sup>32</sup>:

«Importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar (a beber del agua de la vida), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo».

---

<sup>32</sup> *Camino de perfección* cap. XXI

## V. ¡MAR ADENTRO!

*Duc in altum!*  
 ¡Guía mar adentro!  
 (LUCAS, V, 4).

### GENEROSIDAD

|Mi dinero, mis tierras, mis posesiones!

Cómo corren los «míos» y los «tuyos» en el gran mercado de los poderosos.

¡Mi escudilla, mis harapos, mi miseria!

Cómo vuelan los «míos» y los «tuyos» en el inmenso círculo de los menesterosos.

¡Mis libros, mis amores, mi familia!

Cómo cantan los «míos» y los «tuyos» en el grandioso campo de los trabajadores.

Y en los castillos de los avaros...

Y en las empresas de los ambiciosos. Los posesivos son el pan de cada día.

Ya no podremos decir que debemos amarnos como hermanos: a lo sumo, como amigos. ¡Si los hermanos se odian por luchas de egoísmo!

Y el rico desprecia dando, y el pobre se humilla extendiendo la mano.

Y dan con el gesto de quien arroja mendrugos a los perros malditos.

Y en sus labios se dibuja la compasión, y es mentira. De sus manos cae el dinero... y chorrea

sangre. Hablan de resignación al enfermo, y en su corazón lo desprecian.

Se buscan las ventajas y el brillo, y se ofrece lo que menos cuesta.

Cálculos y enmiendas antes de exclamar «es tuyo».

Todos pretenden ser amigos, pero ¡qué pocos quieren serlo!

La tacañería nos envuelve a todos con sus despojos. Todo lo que tocamos se ensucia con el «mío» y el «tuyo».

También en lo sobrenatural hemos metido el veneno.

De la misma forma que se da a los hombres, con codicia, se ofrece el corazón a Dios.

Para los mezquinos, Dios no es más que el poderoso a quien se acude a arrebatarle unas gracias, un poco de salud, otro poco de dinero, algo de lástima para nuestros dolores... Y así nuestros Sagrarios se llenan de lloros y de penas, de súplicas y lamentaciones. Dios ha dejado de ser el Dios-Amigo.

Parece que nos hemos propuesto, entre todos, tenerle serio a nuestro Dios.

Cuando sufrimos vamos a patalear al templo. Las alegrías las gozamos en hosco silencio, vueltas las espaldas al Señor. ¡Y El, que es amigo de las sonrisas!...

El egoísmo de nuestros tiempos hace que la gente no entienda por generosidad más que limosna.

«Libros. —Extendí la mano, como un pobrecito de Cristo, y pedí libros. ¡Libros!, que son alimento para la inteligencia católica, apostólica y romana de muchos jóvenes universitarios.

»—Extendí la mano, como un pobrecito de Cristo ¡y me llevé cada chasco!

»—¿Por qué no entienden, Jesús, la honda caridad cristiana de esa limosna, más eficaz que dar pan de buen trigo?»

Hoy los cristianos, también los hombres en general, viven con la esperanza de recibir, no sienten la alegría de dar. Por eso no saben lo que es amar. No entienden que para amar hay que darse.

Con muchos cristianos se sigue la misma táctica que con los niños pequeños: hay que prometerles un regalo para que tomen la medicina. Para que den limosna hay que darles teatros, rifas y fiestas. Para que acudan al centro de apostolado—y esto los más generosos—hay que montarles un billar.

¡Que se nos tenga que engañar para cumplir como cristianos!

El que venga al Cristianismo a buscar algo con miras egoístas se debe marchar; no encontrará más que una cruz tosca, hecha para criminales, en la que un Dios le presenta unas manos llagadas, pero abiertas y suplicantes.

En esas manos, los cristianos podemos dejar dinero, libros, inteligencia, trabajo e ilusiones. El rostro de Dios crucificado continúa suplicante. Es que pide el corazón.

«Ofrecéis a vuestros dioses—dice PAPINI <sup>33</sup>—lo que menos os cuesta: genuflexiones, silabeos, perfumes y cantos; pero raramente sabéis ofrecer vuestra alma y vuestra vida. Vuestro corazón no pertenece a lo eterno, sino que está sujeto al vientre, al sexo, a la codicia ladrona y homicida».

Generoso llamamos al que se desprende de unas pobres monedas.

¡Qué mezquinos somos los hombres con nuestro Dios!

El mundo compadece a los cristianos que se deciden del todo a ponerse al servicio del Señor. Y los compadece porque está incapacitado—tal es su egoísmo—para comprender el motivo de esas «decisiones».

Y contra esa «compasión» infame tenemos que alzar el grito, porque no podemos consentir que los egoístas sigan entendiendo que son los desengaños los que hacen ir a los hombres por el camino de Dios.

Eso sí quiero decirte: que no son los destrozados por el destino los que buscan cobijo en la pobreza voluntaria; que no son los despreciados por el mundo los que vigorosamente tienden su mano a Dios; que no son los

---

<sup>33</sup> *Cartas del Papa Celestino VI a tos hombres*. Madrid. Aguilar, 1947, pág. 244.

despersonalizados los que se encadenan a una obediencia pronta, delicada y amorosa; que no son los castrados ni los que aborrecen el matrimonio los que sujetan su carne para vivir del espíritu. «Que no son los timoratos y angustiados los que eligen esa vida como refugio de salvación»<sup>34</sup>. Son precisamente los varones más fuertes—los más generosos—, los más valerosos y menos egoístas, los que queman sus vidas en servicio constante por un ideal, por el más noble de todos los ideales.

Esto lo escribo especialmente para esos padres que miran con horror el entregamiento de sus hijos y buscan y rebuscan mil medios homicidas para que no regalen su vida y su juventud.

«¡Qué inmenso daño han causado muchas veces los padres bien intencionados que, bajo pretexto de poner a prueba la vocación de sus hijos, les detienen muchos años antes de consentirles llevar a efecto su santa decisión! ¿Es acaso el mundo, presentado en este plan de «prueba» (incentivos seductores de placeres humanos, tentaciones peligrosas...), piedra de toque para conocer la vocación?».

«Si fuera cosa de oír los consejos de los padres, de la carne y de la sangre en tales asuntos, muy pocos serían los que abrazasen la perfección de la vida cristiana».

Y del mismo San Francisco de Sales: «En lo que os equivocáis es en llamar voluntad de Dios a los inconvenientes que se interponen para que no realicéis esta inspiración».

Vosotros, padres, que cuidéis mucho de no romper la idea santa de los hombres que piensan entregarse plenamente a Dios. ¿No veis que los necesita? ¿Cómo puede explicarse que haya padres cristianos que tengan «miedo» para estimular a esos jóvenes a acercarse a Dios, y no vean, por el contrario, el juego diabólico que están realizando cuando buscan razones para cortar las alas de un hombre que quiere ofrecerse enteramente al único Señor de la tierra?

Es muy doloroso encontrarse con almas deseosas de darlo todo de una vez para siempre, y a las que tan sólo detiene, antes de lanzarse, el «prudente» consejo de una mano férrea que las «quiere con pasión». No os da miedo que vuestros hijos se entreguen a una mujer, y os asustáis al enteraros que quieren entregarse a Dios. ¡Y os llamáis cristianos!

—«¡Son mis hijos, son mis hijos!».

Estoy escuchando vuestros gritos. Y la contestación es ésta:

—«¡No son tuyos, son de Dios!».

A veces la cizaña llega a más: «Mira hijo, te hablarán de entregamiento y de generosidad; pero tú no les hagas caso».

¡Infames, estáis cortando las manos a Dios!

---

<sup>34</sup> Pío XII: *Discurso al Congreso Internacional de religiosos*, 8 de diciembre de 1950.



Vosotros, padres, no entorpezcáis la mejor ofrenda que podéis presentar a Dios: los hijos. Esos hijos únicos tampoco quedan excluidos de la palabra de Cristo: «El que quiera seguirme...» que deje casa, muertos, familia y dinero.

Vosotros, padres generosos, que sabéis ofrendar esos hijos pedazos de vuestro corazón, recibiréis el ciento por uno y el derecho a la gloria de toda la labor santa que ellos en el mundo realicen.

Pero... eso en cuanto a los padres. Y ahora quedan ante nosotros casos más inexplicables, más dolorosos aún. ¿Cómo es posible que aquel que un día se dio del todo tema que otros se entreguen hoy? Piensa, tal vez, que su desprendimiento resultará demasiado gravoso para los demás. Y así, no anima, no hace más que esperar, retrasar la buena voluntad de los que le piden consejo. No ha debido vivir con alegría su generosidad y se encuentra sin ilusión para animar a otros.

¡Qué pena dan esos hombres!

No quieren oír hablar de santidad. Les remueve las entrañas. Ellos pensaron, hace años, en lo mismo, pero se cansaron pronto en la lucha.

No quieren oír hablar de hombres que están muy enamorados de Dios, porque ellos también cometieron esa locura y abrieron su corazón a todas las peticiones de su Cristo; pero hoy el corazón lo tienen resquebrajado, con grietas, por donde entran las aguas sucias de todos los aleros.

No quieren oír hablar de entregamiento porque su egoísmo, que ya es viejo, y la falta de espíritu de sacrificio les arrastra a una búsqueda febril de comodidades y compensaciones que llenen los huecos de su alma.

No quieren oír hablar de generosidad porque es mucho lo que Le niegan.

San Juan de la Cruz<sup>35</sup> se encara con quienes obran así y exclama: «Como ellos no entran por la puerta estrecha de la vida, tampoco dejan entrar a los otros; a los cuales amenaza Nuestro Salvador por San Lucas diciendo: «¡Ay de vosotros, que tomasteis la llave de la ciencia y no entráis vosotros, ni dejáis entrar a los demás!». Porque éstos, a la verdad, están puestos como por tranca y tropiezo de la puerta del cielo, impidiendo que entren los que le piden consejo, sabiendo que les tienen mandado, no sólo que les dejen y ayuden a entrar, sino que aun los compelan a entrar, diciendo por San Lucas: «Porfía, hazlos entrar para que se llene mi casa de convidados».

Después de este grito de San Juan de la Cruz, no nos queda en el corazón más que un sentimiento de lástima hacia quienes, estando ellos oficialmente entregados a Dios, sin embargo, dificultan, retrasan o entorpecen el entregamiento pleno de otras almas. ¿Qué han hecho esos hombres para no recibir el ciento por uno? ¿Cómo es posible que no sean felices en su vida de servicio a la gloria del Señor y, por tanto, ansien que otros vivan también felicidad semejante?

---

<sup>35</sup> *Llama de amor viva*. Comentario a la Canción tercera, 19.

Créemelo: necesitamos levantar en el mundo un gran fuego en el que arrojemos el egoísmo de estos tiempos «limosneros». Y en esas llamas que alcanzarán al cielo nos arrojaremos todos los cristianos—todos—para purificarnos y recomenzar seriamente nuestra vida.

## MÁS GENEROSIDAD

**"La prudencia es, indudablemente,  
una virtud, pero no es virtud ni es cristiana  
si el cristiano hace de ella una cómoda  
mampara para su tibieza y su aspereza.  
Los cristianos cautelosos son, indudablemente,  
cautelosos, pero no cristianos".  
(SCIACCA: *La Iglesia y la civilización moderna*)<sup>36</sup>.**

En mala hora aprendimos el aforismo «in medio virtus». ¡Y lo aprendimos mal! Nos quedamos con el lema sin querer entender lo que significaba; nos daba miedo ahondar en él.

Nunca han querido estimularnos los teólogos a una vida mediocre con ese «justo medio» en que se halla la virtud. Esta es la verdadera interpretación. El justo medio es una cumbre entre dos posturas falsas. Así la fortaleza se encuentra entre el miedo y la temeridad.

Es la comodidad la que nos ha dado esa segunda interpretación del justo medio: una postura burguesa entre dos aguas, con la que nosotros fabricamos un comodín que nos resuelve todos los caprichos.

Entre todas las virtudes nos hemos quedado con una y la hemos llamado falsamente prudencia; una virtud cómoda que nos alienta en todas las ocasiones a quedarnos a mitad de camino.

' Circunstancias hay en la vida que exigen del hombre una postura claramente definida; no se permiten los titubeos, se es o no se es: sin términos medios. Y el católico, el cristiano de ahora, ha de tomar una posición clara y consciente en la lucha que se avecina, que promete ser gigantesca, porque, o emprendemos la aventura de hacer algo serio en esta vida, de acuerdo con nuestro ideal, para lo cual habremos de poner por obra y en tensión todas las facultades humanas de que gozamos, o tendremos que dejar de llamarnos cristianos. En las luchas del espíritu no se permiten los bandos neutrales, ni los no beligerantes, ni hay posibilidad de librarse por huida. Todos actuarán en una u otra posición. En la «tierra de nadie» solamente quedan los cadáveres.

Pero hablan los «virtuosos» de ahora: «Sed prudentes, muy prudentes». «No derrochéis la vida». «Daros, pero con medida». «Los excesos, de cualquier

---

<sup>36</sup> M. F. SCIACCA: *La Iglesia y la civilización moderna*. Barcelona, Miracle, 1949, pág. 79.

orden que sean, pueden perjudicar vuestra juventud». «Prudencia, prudencia». No queremos oírles. No les escuchéis. Las virtudes teologales no tienen términos medios. No hagáis caso de esos consejos cobardes que no vienen de los teólogos sino de los tramposos. ¿Es que podemos creer *demasiado* a Dios? ¿Podemos confiar *excesivamente* en el Padre? ¿Podemos en esta tierra amar con *exceso* a Cristo? No os dejéis engañar.

Creemos lo Increíble; confiaremos en lo Imposible; pondremos nuestra razón en la misma Locura de la Cruz.

De estos prudentes dijo el Espíritu, por boca de Zacarías (XIII, 6): «Y le dirán... ¿qué heridas son éstas que llevas en las manos? Y El responderá: Estas llagas que ensangrientan mis manos me las hicieron en la casa de aquellos que me amaban».

Abre tus ojos y te enamorarás del Dios que llegó a la Locura de la Cruz. Mira: ¡La Cruz! ¡La Cruz! Abre ahora tus oídos y escucha a los teólogos de la Verdad: era suficiente una sola gota de sangre de ese Enamorado, «la más ligera humillación de Cristo, un solo deseo que hubiera brotado de su corazón», para la redención completa de los mortales.

Y abrimos mucho los ojos para contemplarle. Y salivazos..., y el látigo..., y una corona de espinas... «No hay dolor como su dolor». Y las bestias humanas se disputan su carne, su carne, que parece estiércol. Y un clavo, y otro, y el cuerpo se contrae. Y su Humanidad resquebrajada y rota se queja ante su Padre, y un ladrón blasfema en sus oídos, y un griterío de risas, y de burlas, y de maldiciones...

¡Bastaba una sola gota, un solo deseo! Y se agolpan en nuestros ojos, rojos por el resplandor de la jauría que vocifera, escenas pasadas de las noches tristes de Jesús en las casas de los hombres.

El Señor habla en el Discurso Eucarístico pidiéndole por primera vez fe al pueblo, y desde entonces muchos de los discípulos le abandonaron. «¿Queréis marcharos también vosotros?», pregunta a los íntimos, a los Doce; allí está Judas, y no habla.

Judas hablará en la noche triste, en la noche de la desbandada de los que hasta entonces se han dicho «suyos». En el Huerto de los Olivos, hasta los escogidos se duermen. Cargados de sueño tienen los ojos. Y Cristo suda gotas de sangre. Está despierto el traidor. No hay fuego en los corazones de los Apóstoles. El único fuego en esa negrura... es el de las antorchas del odio que llevan los que se acercan para prender a Jesús.

Judas, «uno de los Doce», le besa... y todos huyeron. Antes pidió fe, y se le fueron muchos; ahora, al pedir el sacrificio, ya no cuenta con nadie. El joven de la sábana en la noche oscura—su último amigo—también se escapará. Nadie, nadie le rodea. Está solo en medio de la furia.

Y el clamor va haciéndose cada vez mayor: «Y comenzaron a acusarle». (Pilatos no halla delito alguno en este Hombre). «Pero ellos insistían más y más...». «Y todo el pueblo, a una voz exclamó: Quitale la vida y suéltanos a Barrabás». (Habla de nuevos Pilatos para soltarle). «Pero ellos se pusieron a gritar: «¡Crucifícale!». (Y con esfuerzo se hace oír: «¿Qué mal ha hecho?»). «Mas ellos insistían con grandes alaridos, pidiendo que le crucificasen». «Y aumentaba la gritería...» (Lucas, XXIII, 1-23).

«¿Por qué está roja tu túnica y tus vestidos, como los que pisan el vino en el lagar?» (Isaías, LXIII, 2).

«No ha habido nadie, ni un solo varón, que viniera a ayudarme» (Isaías, LXIII, 3 y 5). No se asusta de pensar que sus discípulos le podemos decir: «Te has excedido, Señor; ¡una gota de tu sangre nos bastaba!».

¡Jesús! Quisiera ser gigante para impedir que se te acerquen.

Quisiera ser la Luna para acompañarte en el camino.

Quisiera ser juguete para que Tú jugaras conmigo.

Que yo no descanse.

Que no me detenga.

Que no me enfríe.

No sé qué locuras hacer contigo.

Y junto a la Cruz hemos hecho el propósito concreto de no ser humanamente prudentes. Si es grave el problema que nos afecta a los hombres de esta época, no creo que una generación de jóvenes tímidos le dé la solución precisa. Al menos no se la daría en lo que queda de siglo. Habría que esperar al siguiente. ¡Y no queremos esperar!

¿Quieres tú hacer algo por contagiar la Santa Locura a los otros, que hoy se burlan de ese nuestro Dios, desconocido?

Entre los locos se encuentra Pedro, el que negó conocer al Nazareno; y Santiago y Juan, los dormilones del Huerto; y Tomás, el que bien pudo ser el padre de los empiristas. Entre los locos se hallan los que discutieron en el camino sobre quién de ellos ocuparía el primer puesto en el Reino de los Cielos... Entre las locas se encuentra ahora Magdalena, la que fue mujer de la vida.

¿No ves lo que puede la gracia de Dios? No te asustes. Perseveraremos en nuestra locura, pediremos perdón por nuestra vida inútil, y el Señor nos dará fuerzas nuevas.

¡Adelante! Los santos de Dios deben luchar infatigablemente. «¡Y de prisa! ¡Muy de prisa! ¡Sin calma! ¡Al paso de Dios!».

**¡LOCURAS!**

Por sentirse siempre joven, el cristiano ha de fomentar, entre otras virtudes, la audacia, la generosidad y la alegría.

La audacia no está reñida con la prudencia santa, ni la alegría con la objetividad, ni la generosidad con la cordura pero sí se contraponen a la cobardía, al pesimismo y al egoísmo.

Audacia es valentía. Audacia es no escatimar ninguno de los medios lícitos al alcance del hombre para abrirse paso en todos los terrenos, en la esfera social que a cada cual le corresponde.

«Los hijos de este siglo son más avisados en el trato con los suyos que los hijos de la luz» (Lucas, XVI, 8).

Este reproche que nos hace el Evangelista lo hemos dejado perder entre las líneas del Evangelio, como tantas otras cosas. Ese libro, tan divino y tan humano, resulta inagotable para el que lo lee con sencillez, haciendo oración sobre él. Muchos cristianos—muchos—lo conocen solamente a través de «puntos de meditación». De aquí que tan sólo descubran lo que otros ya han descubierto. No han querido detenerse en leerlo por sí mismos, directamente, sin intermediarios.

El mundo entero está en manos de los audaces. Ser audaz supone conseguir hoy lo que pedirá la generación de mañana. Ser audaz es adelantarse medio siglo.

Los que se llaman prudentes no viven más, si acaso, que la sencillez de las palomas. Por ser audaces no olvidaremos la sagacidad de las serpientes.

Virtud cardinal es la prudencia, pero también lo es la fortaleza.

El cristiano, con el empuje de un profeta, no calla, «no se deja vencer por las tentaciones de esa vileza, que tan a menudo se agazapa bajo el honesto nombre de prudencia»<sup>37</sup>

El hombre que sea cristiano, con audacia y con locura, no deja de sentir en su interior los gritos del mundo y los de otros cristianos, poco audaces, poco locos: «¿A dónde quieres ir, imprudente?». «¿Acaso te sientes profeta, orgulloso?».

No hace caso. Con audacia y con locura cristiana se siente cofundador, con Cristo, de un orden nuevo, y deja sus ropas a los pies de su padre, como Francisco; y, como Ignacio, cambia sus armas y se lanza con la intrepidez de aquellos pescadores, llenos del Espíritu Santo, dando luz, calor y fuego a una Sociedad que se encuentra fría y en sombras.

Contra la osadía de los sin Dios, que es desfachatez, la audacia de sus hijos, que es locura de amor.

---

<sup>37</sup> GIOVANNI PAPINI : *Obra y lugar citados*.

¿Cuándo se convencerán los católicos de que no se trata de esperar a que el mundo se acerque a Cristo, sino que hay que ir al mundo?

¿Peligros? Muchos. Cada día tiene su cruz, pero cada día tiene también su gracia. El cobarde, que se quede en casa, que no actúe, que se dedique a coleccionar las reseñas de lo que viven sus hermanos.

Temeridad, falsa prudencia, miedo y simpleza para los innobles. Para los fuertes, para los audaces, el clamor cálido del Salmo (XXVI, 1 y 3): «El Señor es mi luz y mi salud. ¿A quién temeré? Aunque me vea cercado de enemigos, no flaqueará mi corazón».

A las grandes locuras de Cristo—hecho Niño para jugar con los grandes y con los entecos de esta tierra; hecho Hostia para alimento de los leprosos; hecho «pecado» para que en El se limpien los hijos del escándalo—podemos corresponder con locuras pequeñas, con piropos encendidos, con regalos menudos, que le hagan fiestas, y le alegren, y le hagan sonreír.

En el Evangelio encontramos a una mujer que no hace gran cosa: ¡Dar un grito!, pero ahí quedará *para siempre*, junto a los otros clamores de Cristo. Y otra, que alarga su mano enferma para limpiarse en la orla del vestido de Jesús, y *para siempre* también quedará ese gesto, con flujos de sangre. Y otras, que presentan a sus hijos para que los bendiga, y la Bendición de los niños permanecerá *eternamente*. Y un curiosón de pequeña estatura, que tampoco hace gran cosa: subirse a un árbol. Quería solamente ver a Jesús, y sus ojos se iluminarán *para siempre*, aun cuando el tiempo termine. Y un pobrecito, que ofrece la limpia pesebrera de su sucio establo; pero Dios buscaba precisamente ese sitio, y la humanidad entera agradecerá *para siempre* la riqueza de ese pobrecito. Y otro, que presta un borrico, y la eternidad cantará *para siempre* el trono de Jesús por las calles de Jerusalén. Y un muchacho, que deja cinco panes, y el Evangelio contará por todas las encrucijadas del mundo la multiplicación de esa nada, que sirvió de alimento para cinco mil y más de los que sentían el hambre. Y un militar, que da su bebida cuando a Cristo la vida se le escapaba, y esa *posea*—agua y vinagre, ¡qué miseria!—la besará Jesús, y la misericordia del guerrero nos enseñará *para siempre* a todos los pacíficos a refrescar la boca, sedienta y pastosa, del Crucificado. Y un ladrón..., con una protesta de fe, se gana el Cielo en el último instante de su vida.

¿Ves cómo alegraron a Jesús las almas recias de su tiempo? Contempla a la Providencia servirse de pequeñas locuras, de borricos y pesebres, de pan, peces y vinagre, de enfermos y de ladrones, de barro y de podredumbre para hacer cosas grandes, ¡muy grandes!, que quedarán *para siempre* en el Reino de los Cielos.

Locuras pequeñas, sí; para todos, para todos; nadie queda exento de ellas.

Pero ¿y esas locuras grandes? ¿No son para ti, que sigues siendo el mismo de siempre, inquieto y rebelde?

Escúchame, atiende. Se celebra un banquete en casa de Simón, «el leproso». En el convite encontramos a una mujer loca. Contempla esa locura. Un vaso de alabastro con perfume de nardo precioso, de gran valor, se ha roto de una vez *para siempre*, y con él se ungen la cabeza y los pies del Señor. «Y la casa se llena del olor del perfume».

Los discípulos que se encontraban con Jesús—no solamente Judas—, los todavía demasiado prudentes, los todavía poco locos, no entienden este derroche de generosidad.

—¿A qué viene este desperdicio de mujer extravagante?

—Mejor hubiera sido entregar a los pobres su subido precio.

«Y bramaban contra ella, irritados interiormente».

—Boberías de mujeres, simplezas de sentimentaloides.

—¡Darlo todo! ¡Quedarse sin nada! Majaderías de tiempos modernos.

—«Ut quid perditio haec?» (¿Para qué tanto desperdicio?).

Y esto en boca de gentes buenas, de apóstoles, dice el Evangelista Mateo (XXVI, 8).

Y se levanta Cristo—el que ha sido ungido por el perfume, sin respetos humanos ni falsas humildades—y retumba su grito: «¡Dejadla en paz! Lo que ha hecho conmigo es una obra buena. ¿Por qué la molestáis? A los pobres los tendréis siempre a mano, y a mí, no. Dondequiera que se predique esta buena nueva, que lo será en el mundo entero, se contará la locura de esa mujer».

Atiende. Mide en tu corazón el eco de esa suprema aprobación, de esas palabras, en las que Dios elogia a la criatura que—en un arranque de amor sin cálculo—le dio de una vez e irrevocablemente todo lo que tenía.

## ¡MÁS LOCURAS... PARA LOS AUDACES!

"... tener una santa osadía, que Dios  
ayuda a los fuertes".

(SANTA TERESA: *Camino de perfección*, XVI, 12).

Jesús ha terminado de hablar a las turbas. El pueblo se queda en tierra firme. Pero el Señor, a los suyos, a los íntimos, a los locos, a los enamorados, a los hombres de la esperanza, no los deja entre la muchedumbre.

Y en el mar se escucha la voz enérgica de Cristo: *Duc in altum!* (¡Mar adentro!).

No quiero que te conformes con lo que dan los demás; te pido más, mucho más. Puedes remar hacia adentro, a alta mar, donde las aguas están más limpias, y allí echarás tus redes para pescar en mares profundos, en aguas frías.

El imperativo de Cristo continúa urgiéndonos:

Yo te quiero más cerca de Mí.

Necesito hombres locos y enérgicos, dominadores de su cuerpo, que piensen, amen y vivan conmigo.

Necesito un puñado de pescadores, que permanezcan claros en medio de la gran confusión que invade el mundo.

Necesito jóvenes entusiastas, que sean tenaces, mientras las naciones se desploman.

Necesito profetas audaces que hablen claramente a los reyes de mis pueblos.

Necesito mujeres fuertes, que renuncien a ser madres.

Necesito madres valientes, que me ofrezcan a sus hijos para que yo haga lo que quiera con ellos.

Necesito que dirijas tu barca lejos de la orilla.

Necesito de los hombres para que contemplen la Redención de los leprosos.

Tú, que eres ya mi amigo, no sé si has escuchado la voz de Cristo a los suyos, a los cristianos, a los que tienen afán de pesca. Puedes quedarte en tierra firme con la masa; no te olvides de hacer fructificar tu denario; no lo entierres en la arena por miedo a tu Señor.

Pero que jamás te quedes en la orilla: o en tierra firme o en alta mar. Decide tus pasos. Mira a Cristo y no vaciles.

En la orilla, con el agua hasta el tobillo, tan sólo se quedan los calculadores, los que se conforman con sonreír a la derecha y a la izquierda, los contentadizos con todo, los que se encogen de hombros y vuelven la espalda cuando la Iglesia o la Patria llaman a la guerra.

No te olvides que esos de la orilla recibirán las burlas de los hombres de tierra firme, y el mismo mar los salpicará con su desprecio.

Si eres de los de «mar adentro», clava con firmeza tu timón, y que sea tu consigna antes morir que volver la cara atrás. Si te das a Dios, date como los santos se dieron. Que no haya nada ni nadie que merezca tu atención para frenar tu marcha; eres de Dios. Si te das, date para la eternidad. Ni el oleaje ni la resaca conmoverán tus cimientos. Dios se apoya en ti; arrima tú también el hombro, y navega contra corriente.

Si juegas a lo santo, juégate la vida entera. Si lo das todo, no te quedes con tu juventud, que es lo más agradable a los ojos de tu Padre. Barcas y redes sucias y rotas, te las acepta Dios si se las das con alegría.

Si en los caminos del mar te encuentras con algún cadáver, que te habla de desaliento y de abandono... tú sigue bogando, con los ojos en el cielo, y deja a los muertos que entierren a sus muertos.

Si las noches en el mar te hacen sentir el frío, besa las aguas de ese mar, y te abrigará el calor de los que murieron en el camino.



Si la soledad de las tardes te hace sentir el miedo, alza tus brazos al cielo, y el viento será tu amigo.

Si la niebla espesa de los días marineros aquieta tus primeros alientos, lanza un grito a las olas, y verás surgir a las barcas que van contigo.

Habrás aprendido con el tiempo a leer en las estrellas, y verás dibujarse en tus entrañas, con espadas de luces: «Echad vuestras redes para pescar...», y surgirá la excusa que brotó de la boca de Pedro: «Señor: Toda la noche he tratado de pescar, y no he conseguido ni un pececito siquiera». Pero antes de que a Dios le pongas «peros», habrás terminado con el Apóstol: «Confiado en tu palabra echaré la red». Y la echarás y se obrará el milagro. Y darás la voz a los tuyos para que te ayuden a sacar las redes. Y el Señor, que está en tu barca, sonreirá, pero dejará que sean tus brazos los que realicen el esfuerzo. La risa se convertirá en llanto porque las redes se rompen, y mirarás a tu Cristo, y Dios te echará una mano. Y la palabra ¡milagro! corre ahora como caballo sobre el mar; corre de barca en barca..., y con las olas, suave, lenta, se deja escuchar en la orilla: ¡Milagro!, para desprecio nuevo de los que no se atrevieron a más.

*Duc in altum!* Lánzate a las aguas con la audacia de los enamorados de Dios. ¿Qué es lo que tememos, hombres de poca fe?

«Iba yo pidiendo de puerta en puerta por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes.

»Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé guardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo.

»La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra, diciéndome: «¿Puedes darme alguna cosa?».

»¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di.

Pero qué sorpresa la mía cuando, al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dárte todo!»<sup>38</sup>

## AVENTURAS DIVINAS

*... et vocabunt nomen eius Emmanuel, quod est interpretatum Nobiscum Deus.*  
 "... y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros".

(MATEO, I, 23).

¡Aventuras! Tu juventud las pide a diario; las necesitas.

<sup>38</sup> TAGORE: *Ofrenda Úrica*. 11

Tu humor y tu alegría—todavía demasiado humanos—están siempre a merced de las noticias que te van llegando. Si para mañana prevés aventuras alegres, hoy sueñas con ellas y estás contento. Si el panorama de días posteriores se te presenta oscuro, pones en seguida mala cara. El mundo siempre quiere soñar porque la realidad de la vida es demasiado dura.

Yo quisiera, en cambio, que te ilusionaras con las aventuras de cada día; las aventuras reales, sin sueños, sin fantasías; las aventuras por las que necesariamente hay que pasar; aquéllas en las que ineludiblemente nos mete la vida, sin consultar nuestro parecer.

Las aventuras de las que quiero hablarte son «la aventura del trabajo», «la aventura del dolor», y «la aventura de la muerte».

Pero no quisiera dejarte solo en ellas, porque solo no puedes marchar por la vida. Las aventuras se mudarían en derrotas. Te estoy queriendo mostrar a un amigo que no te abandonará; su vida te servirá de aliento. Conoce como tú, mejor que tú, la fatiga, el dolor y la muerte. Es un hombre que se halla metido desde hace años, desde hace siglos, en la tragedia de la Humanidad. Se llama a Sí mismo el Hijo del Hombre.

Es el Verbo hecho carne, como la nuestra; no es un Dios con más o menos apariencias de humano; no es un Dios con formas visibles a lo humano. No es una teofanía. Ese Cristo nuestro tiene un alma, y un cuerpo, y unos sentimientos como los tuyos y los míos. Cristo tomó su cuerpo «de una mujer» (Gálatas, IV, 4). Cristo es de nuestra raza.

¡Si te dieras cuenta de lo que es Cristo para los hombres!... Sí; es el amigo, y un amigo que no abandona nunca.

Muchos libros nos hablan de Cristo-Dios; dejame que te hable de Cristo-Hombre; porque hoy más que nunca es preciso hacer ver a los que ya tienen fe que nuestro Dios, que nuestro Cristo es perfecto hombre.

Igualmente desfiguramos su Persona si le quitamos «algo» a su naturaleza divina como si le robamos «algo» de su naturaleza humana.

Todo lo que tiene Jesucristo de «divino» lo realiza precisamente a través, por medio de «lo humano».

Déjame escribirte muchas veces ese Nombre: Jesucristo, Jesucristo, Jesucristo.

El falto de fe admirará su naturaleza de hombre, su gesto, su poder, su don de gentes, su amor a los hombres..., pero siempre quedará infinitamente corto en la apreciación de lo que sus obras significan.

Para nosotros, en quienes la fe es vida de nuestra alma, las obras humanas de Jesucristo nos dicen tanto... ¿No te hacen vibrar a ti?

En cuanto Hombre, Jesucristo *¡era como nosotros!*

Conoció, vivió y amó su trabajo, su dolor y su muerte.

Conoció y vivió la pobreza de un pesebre, y así la pobreza se hizo santa.  
¡Bienaventurados los pobres!

Conoció y vivió el cansancio y la fatiga. Y así el cansancio y la fatiga se hicieron divinos. ¡Bendito trabajo el de los hombres! ¡No lo desprecies, que te hace santo!

Un día, agotado del camino, se sentó en el brocal de un pozo.

Otro se durmió en la barca de sus pescadores; no para probar la fe de aquellos hombres, que se asustaban cuando las olas cubrían la barca, sino porque sencillamente estaba agotado de predicar y caminar por esos mundos. ¡Bendita fatiga!

Conoció y vivió el hambre y la sed. Y cuando echó mano al fruto de la higuera, las higueras no tenían más que hojas. Y cuando clamó en la Cruz «Tengo sed», le dimos bebida de esclavos.

Conoció y vivió hasta su raíz más profunda el amor a los hombres.

«Lloró a la muerte de su amigo Lázaro como nosotros lloramos a quienes amamos; hasta el punto de que los judíos, testigos de este espectáculo, se decían: «Ved cómo le amaba» (Juan, XI, 36). Cristo derramaba lágrimas, no únicamente porque convenía, sino porque tenía conmovido el corazón; lloraba a su amigo, y sus lágrimas brotaban del fondo de su alma»<sup>39</sup> Conoció y vivió la traición de los que se decían «suyos».

Conoció y vivió Belén y el Gólgota, el monte de la Transfiguración y el Huerto de los Olivos.

Y sus manos curaban las lacras y la lepra de nuestras manos.

Y su voz calmaba la tempestad de nuestros lagos.

Y su gesto daba vida a nuestros muertos.

Conoció y vivió el desierto y la plaza pública, el templo y las casas de los pescadores.

Y cuando habla, nos habla de pesca y de viñas, de jornaleros y de hortelanos, de jueces y de reyes.

Escucha sus parábolas. Hoy nos habla de juegos de niños, de fiestas y de bodas, de poderosos y de pordioseros, de obreros sin trabajo y de ricos que sueñan en sus grandiosos graneros.

Hoy nos ha hablado de mujeres que buscan su dinero perdido, y de la alegría de madres que olvidan su dolor al mirar al recién nacido.

Atiende cómo habla: con una voz particular característica de los campesinos montañeses de aquella Galilea.<sup>40</sup> ¿No recuerdas el pasaje en que Pedro es reconocido como discípulo del Maestro por su voz? «Tu misma habla te

---

<sup>39</sup> DOM COLUMBA MARMION: *Obra citada*, pág. 38.

<sup>40</sup> EUGENIO ZOLLI, ex gran Rabino de la Sinagoga de Roma: *Mi encuentro con Cristo*, Madrid. Ediciones Rialp, páginas 178 y sigs., y 217 y sigs.

descubre». Jesucristo hablaba el dialecto de su tierra, el habla sirocaldea de su tiempo y de su patria.

¡Cómo me gusta, Jesús, oírte hablar de esa forma tan humana! Hasta nuestro lenguaje divinizaste.

Conoció y vivió el dolor, y el dolor quedó divinizado.

Pero aún hay más. Cristo conoció todas nuestras virtudes humanas. Todo lo humano en El era virtud. En todo lo humano es nuestro modelo.

¿Qué hubiera ocurrido si Dios no se hubiera hecho hombre? No hubiéramos sabido qué hacer con nuestra naturaleza. Tendríamos miedo a trabajar con ella. Nunca hubiéramos sabido cómo comportarnos en la aventura del dolor, de la fatiga y de la muerte.

¡Dimensión *tremendamente humana* de nuestro Evangelio!

Cristo *profundamente humano* es el modelo de nuestra vida.

No podemos tener miedo a ser *excesivamente* humanos. Alma, cuerpo y sentimientos humanos.

Danos, Señor, la gracia de *aprender* todo lo humano de tu vida entre los hombres.

Danos, Señor, la gracia de sobrenaturalizar todas esas virtudes humanas que pusiste, al darnos la vida, en nuestras almas. Queremos volver a unir lo que uniste y se ha roto en nuestras manos: el quehacer humano con la conciencia divina, lo más bajo con el mismo cielo, las cosas terrenas con las divinas, la Religión con la Vida.

La misma gracia que nos viene a través de los Sacramentos ha querido nuestro Dios que lleve el signo imborrable de lo humano; y así la gracia inicial en el cristiano entrará con el agua en la tierra.

Y para conseguir el perdón de nuestros pecados tendremos que confesarlos a sus hombres.

Y no se quedará el Dios eterno en nuestros Sagrarios si no hay *materia* que fructifique en nuestro mundo.

Humillación para Cristo y exaltación de las cosas de la tierra.

El Sacramento no se puede dar sin la materia.

El hombre perfecto—lo humano—no se puede dar sin Dios.

Conjunción admirable que hace saltar de emoción.

¿Qué más quieres que te diga?

Que ese Cristo, al ver llegada la hora de partir de este mundo, para no dejar solos a los suyos inventó—¡prodigio de amor!—el Sacramento del Amor.

¡No pudiste hacer otra cosa, Señor, siendo como eras Omnipotente! Inventaste lo que se le puede ocurrir a todo enamorado de este mundo: evitar la despedida, vencer a la separación.

Cualquier hombre que entienda de amores se puede explicar perfectamente la Eucaristía. La Eucaristía no es más que la realización de ese «quisiera comer» que dice la madre a su chiquillo.

¿Qué más quieres tú, amigo, que te diga de las aventuras de Dios, el Amigo de tus aventuras? Cristo es:

Un Dios hecho Pan, para que cuando comas y bebas no te olvides de El. Un Dios hecho Siervo, para que cuando sientas la fatiga del trabajo puedas decir con El: «He venido a servir» (Mateo, XX, 28). Te serviré con mi esfuerzo.

Un Dios hecho Niño, para que cuando te diviertas no te olvides de jugar con El.

Un Dios sangrante en una Cruz, para que cuando sufras le tengas muy presente.

Trabajo, Descanso, Alimento y Dolor: Ahí tienes tu vida de hombre, y ahí tienes tú también a Cristo.

Cómo admira verte, Señor Jesús, con un corazón como el nuestro. Nosotros seguiremos amándote a Ti como amamos a los hombres, con el único corazón que tenemos. Y te diremos en la intimidad, en nuestra oración, junto a la Eucaristía, las mismas expresiones de los enamorados de la tierra: «¡Te quiero, Jesús, te quiero!».

## LA AVENTURA DEL TRABAJO

*Tulit ergo Dominus Deus hominem, et  
posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur.  
"Tomó al hombre el Señor su Dios y le  
puso en un paraíso de delicias, para que trabajara".  
(Génesis, II, 15).*

Con Cristo en la aventura del trabajo; con Cristo en la aventura del dolor; con Cristo en la aventura de la muerte. Sin rarezas—todo debe ser normal en él—, el cristiano encuentra a Dios en la calle y en el trabajo de cada día.

En la labor lenta del microscopio, ante la mesa de operaciones, cuando investiga las intimidades últimas de la materia, en una búsqueda febril y agotadora; cuando ahonda en los misterios de la vida y ante la muerte presente los resplandores desvaídos del «más allá»; cuando se mueve en el trajinar absorbente de la técnica, el cristiano palpa la presencia de su Cristo.

Cuando investiga pacientemente los archivos y desempolva viejos papeles que darán luz a la historia de los hombres; cuando se lanza a caminar ardorosamente por los arcanos de la Metafísica; cuando estudia al hombre en toda la hondura de ese concepto y vislumbra las últimas causas del actuar humano; cuando la angustia de la existencia pretende amenazarle, él sabe sentir la presencia de su Cristo.

Y en los gritos del arte siente a Dios; en las más finas llamadas de su alma de artista siente a Cristo, y comprende las angustias de los poetas y su mundo, muchas veces tormentoso, porque detrás de sus inquietudes, en su espíritu eternamente alargado por alcanzar más luz, descubre el ansia de un más alto ideal, de una luz que es la Luz; a su lado, la presencia de Cristo.

Y cuando es uno más de esos hombres escondidos en el anonimato, uno más de esos artesanos y obreros, que son piezas esenciales, por humildes; cuando maneja el martillo o la azada, cuando tiene las manos sucias y el cuerpo cansado por el trabajo físico; cuando en la mina se da cuenta de que el aire irrespirable destroza su naturaleza, el cristiano siente a Cristo.

En todas las actividades humanas, en la vida vulgar y corriente de todos los días, en el comer y en el beber, en la risa y en el llanto, el cristiano vivirá siempre la presencia de Dios.

¡Si Cristo estuviera en tu lugar!... ¿Cómo haría esas cosas menudas y vulgares que tú estás ahora haciendo?

Escúchame. Vivimos un siglo en el que todo es correr: la gente no tiene tiempo para nada. Eso nos ocurre a ti y a mí. Al hombre no le queda más que elegir una solución en esta disyuntiva: o quedar vencido por el trabajo o santificarlo; no hay términos medios. Lo mismo ocurre con el dolor: a unos los destroza, a otros los hace santos. Y es... el mismo dolor, el mismo trabajo. Todos tenemos las mismas ocupaciones y el mismo descanso siempre corto.

Tenemos todos a nuestro alcance el medio más sencillo de santificarnos. Santificación en la vida ordinaria, en el detalle corriente. Si esperas hacer un día cosas grandes para santificarte, no lo lograrás jamás. Te lo digo con el Evangelio en la mano, contemplando cómo se encienden los ojos de Dios al ver la generosidad de aquella pobrecita viuda que echa en el cepillo del templo únicamente lo que tiene, todo cuanto posee: dos pequeñas monedas. Esto es lo que hace exclamar al Señor: «Yo os aseguro que esta pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie».

¡En los detalles, en los detalles, ahí está tu santificación! Todas las ideas grandes que tienes, si te apartan de la santificación de las cosas ordinarias, son diabólicas.

Piensas en un futuro grandioso. Con tu imaginación te creas una santidad prodigiosa, que se llevará a cabo «el día de mañana», cuando formules una decisión enérgica que te haga decir: ahora comienzo.

No olvides que esas conversiones paulinas instantáneas, no son nada frecuentes. Hay que contar con el tiempo para todo. Y en ese tiempo..., cosas pequeñas. ¿No ves que a eso se reducen todas las cosas grandes: a un cúmulo inmenso de cosas menudas?

¿Cómo te lo diría? Tan Dios es nuestro Cristo cuando—discretamente—trabaja con José en la carpintería, como cuando muere en la Cruz. No importa

para nada la labor que tengas entre manos; lo único que importa es saber cómo la realizas.

Es aquí, en la tierra—¿cuántas veces te lo vengo repitiendo?—, donde Cristo nació entre pajuelas; las mismas pajas que el aldeano venta hoy al aire.

Es aquí, en este mundo, donde **trabajó** ocultamente durante treinta años con el humilde barro con que trabajamos todos los hombres de ahora. Muchos le han imitado a Jesús en la predicación, en el apostolado, recorriendo pueblos y aldeas, hablando a las muchedumbres, muriendo en una cruz. ¿Quieres que tú y yo tratemos de imitarle en su vida oculta, tan fecunda? Ni tú ni yo hacemos milagros, ni tenemos ocasión de mover a las masas. Pero tú y yo sí que podemos ser, como Cristo, el «hijo del carpintero». Y preparar las herramientas, y limpiar de virutas el suelo, y agotarnos en el trabajo de cada día con la fidelidad más estricta a los deberes de nuestro estado y condición.

Huir del trabajo es huir de la misma santidad, es alejarse de Cristo. «Homo nascitur ad *laborem* et avis ad volandum» (Job, V, 7). Entusiámate con ese medio que el Señor pone al alcance de tu mano para que te acerques a El.

El trabajo nos santifica. Ahora bien; santifica el trabajo o el estudio bien realizado. Precisa que trabajes bien. ¡Qué ridículo resulta que vayamos a ofrecer a Dios una ocupación descolorida, sin gracia, sin alegría, sin esfuerzo!

Un trabajo que presentado a los hombres les hace reír..., ¿eso quieres presentar a Dios? No, nunca; eso nunca.

El amor de Dios que debemos poner en nuestra labor pide a gritos que esa actividad sea humanamente perfecta; de lo contrario, es una burla; un insulto que dirigimos al cielo.

¿Y no es verdad que hay muchas, muchísimas personas en nuestro campo que se ocupan más del amor de Dios en el trabajo que del trabajo hecho con amor de Dios?

¡Aprende primero a hacer con perfección tus trabajos, que luego entenderás lo que es hacerlos en la presencia de Cristo!

Mete gracia e ilusiones humanas en tu tarea, que después es muy fácil rectificar la intención.

Este es otro de los desastres—no encuentro otra palabra más adecuada—de la labor de muchos católicos de ahora. Las cosas que miran directamente al servicio de Dios no se hacen humanamente bien, porque nos faltan hombres que destruyan a latigazos esas ridiculeces que con frecuencia ocupan el lugar de aquéllas.

Necesitamos arquitectos que hagan casas dignas de Dios y se nieguen a construir templos que parezcan garajes y piscinas.

Necesitamos editores cristianos que pongan sus tipos de imprenta al servicio de revistas piadosas que no desprestigien la nobleza de la piedad cristiana.

Necesitamos pintores amigos de la veracidad, que se nieguen a imitar en la escayola las vetas del mármol. No mentir en el trabajo, y ¡nunca en las cosas de Dios!, que amigo es Dios de la pobreza, pero no de la mentira.

Necesitamos escultores que se nieguen a modelar estatuas de serie para consuelo de beatas y devotos.

Necesitamos músicos que se nieguen a componer canciones religiosas de las que pueda avergonzarse un hombre al cantarlas.

Necesitamos artistas de cine que se nieguen a ridiculizar a nuestras grandes figuras del cristianismo en películas insulsas y niñoideas.

«No veo tus obras llenas de Mí», dice el Espíritu Santo por boca de Juan en el Apocalipsis (III, 2).

Para que las obras estén llenas de Dios, *no basta* con que sean obras buenas, sino que han de estar *bien hechas*, con cabeza, con diligencia, con prontitud.

El quiere que todo lo humano que le ofrezcamos sea sin defecto. Que nuestro trabajo y nuestro descanso lo puedan contemplar los ángeles y sea aceptable a Dios.

«Quienquiera de la casa de Israel o de los extranjeros que presente su ofrenda, en cumplimiento de su voto o como ofrenda voluntaria, si lo que ofrece a Yavé es holocausto, para que sea aceptable, la víctima ha de ser sin defecto, de entre los bueyes, las ovejas o las cabras. No ofreceréis nada defectuoso, pues no sería aceptable... Eso no lo haréis nunca en vuestra tierra» (Levítico, XXII, 17 y siguientes).

Para dar a entender que la religión cristiana era obra del mismo Dios, Cristo eligió doce apóstoles, bastante ignorantes. Pero para mostrarnos que es totalmente necesario que los encargados de enseñar tengan la ciencia suficiente, les envió al mismo Espíritu Santo.

¿Quieres más argumentos para convencerte de cómo has de hacer las cosas humanas? «Bene omnia fecit», Cristo todo lo hizo bien (Marcos, VII, 37).

No te conformes con dar frutos. Esos frutos tienen que ser buenos; de lo contrario, únicamente servirán para el fuego, para un gran fuego.

La aventura del trabajo requiere que lo besemos y nos abracemos a él con pasión. ¿Que otros no lo hacen y te desaniman? Tú lo haces por Dios y no puedes dejarte influir por la miseria que te rodea.

«No seáis flojos en el cumplimiento de vuestro deber» (Romanos, XII, 11).

¡Cómo entendía Pablo de trabajos para Dios y trabajos fatigosos!...

Y la razón que pone para ello es la razón que tú pedías: «Acordándoos que al Señor es a quien servís».

A ese Dios hay que presentarle los trabajos perfectos con perfección humana. Y eso exige fatiga y cansancio, no lo dudes.

¿Pero qué crees que han hecho los santos? «No quiero que ignoréis la tribulación que padecemos en el Asia, los males de que nos vimos abrumados,



tan excesivos y tan superiores a nuestras fuerzas, que *nos hacían pesada la misma vida*» (2.<sup>a</sup> Corintios, II, 8). Léesele a ese comodón que quiere compaginar la vida ladrona de burgués que lleva con un cristianismo de altura.

El mundo de hoy necesita, no precisamente de apóstoles que dediquen sus ratos perdidos al trabajo, a las ocupaciones humanas, sino sobre todo de hombres trabajadores, jóvenes, viejos, mujeres y madres de todas las clases sociales, desde las más bajas hasta las más encumbradas que *en su trabajo, con su trabajo y por ese mismo trabajo* realicen un apostolado eficaz y cristiano.

Ahora sí que no me puedes negar qué es para ti la santidad. Ahora no te consiento que digas que en tanto dure esa ocupación absorbente, ese problema económico, esa enfermedad, la preparación de unas oposiciones o la atención a tus hijos, «no quieres saber nada de nada».

Ese clamor tiene visos de blasfemia y, cuando menos, es anticristiano. Te santificarás precisamente a través de esa ocupación absorbente.

¿Quién se ríe de un hombre así? Es un cristiano. Con la misma entereza con que vive las virtudes —las fuerzas— humanas, vive las sobrenaturales.

Conforme con SELLMAIR, creo que el santo de este tiempo no ha de ser otra cosa que ejemplar realización cristiana del hombre. ¿Es exageración decir que nuestro siglo volverá a creer otra vez en un santo cuando éste se le muestre como hombre en todo su sentido?

Ofrece tu trabajo cada día.

Si es mayor tu amor, cada hora.

Si quieres vivir vida contemplativa en el mundo, ofrécele al Señor todos los instantes de la vida. «Haz lo que debes hacer y está en lo que haces». Llegará la noche y estarás agotado. Y entonces recuerda que los perezosos jamás entenderán de santidad.

Trabaja hasta que tu labor fuerte y constante haga chirriar tu alma. Así tu conducta única ante Dios y ante los hombres tendrá la misma fuerza que el grito de fuego de los Profetas.

## LA AVENTURA DEL DOLOR

Nuestro Dios, único Dios, el Dios uno y trino de los católicos, permanece oculto<sup>41</sup>. Pero si lo buscas de continuo, le encontrarás.

Cuando escribes, cuando piensas, cuando hablas..., estás cerca de tu Dios.

¿Y cuando sufres? Cuando sufres es Dios quien - está cerca de ti.

¡Mira a ese hombre! Hoy está fatigado. ¡Qué humano y qué divino es el cansancio por el trabajo! Está agotado, siente el dolor en su alma.

<sup>41</sup> RAIMUNDO PÁNIKER: *De Deo abscondito*, "Arbor", Madrid, número 25, enero de 1948.

Hoy, su sinceridad, que es norma de su vida, ha encontrado obstáculos en las trapisondas de los hombres a quienes creía amigos.

Hoy ha gustado por primera vez un acercamiento a Dios que desconocía: el fracaso.

Los hombres se han burlado de él.

Sus ojos no veían más que sonrisas...; pero más allá de las sonrisas estaban la maledicencia, la calumnia... ¡Dolor!, dolor sin llanto. ¡Angustia!, angustia sin lágrimas. Si pudiera llorar... Y allá muy cerca, en la calle, las gentes siguen su marcha normal; nada, nadie se detiene.

—Si yo sufro, ¿por qué se ríen los hombres?

Se encuentra solo.

—¿Dónde están mis amigos?...

Y el eco no deja oír más que la última palabra, «amigos», con un deje de tristeza, de traición...

Entonces, el recuerdo de los que en otro lugar, en muchos lugares de la tierra sufren como él. ¡Qué unidos se hallan todos! ¡Cómo une el dolor!... Silencio, y tras el silencio, el recuerdo de esas horas tristes... De nuevo el fracaso..., otra vez las sonrisas..., una carcajada... ¡Cómo me duele el alma!

Una queja: «¿Así tratas a los tuyos, Señor?».

Y la enfermedad, y la desaparición de los seres más queridos, y la contrariedad y la contradicción, todo se agolpa con garfios de hierro sobre la pobre carne de ese hombre.

Y suena y resuena en su cabeza lo que los santos dijeron de ese bendito dolor.

¡Tienes que aprender a sufrir para hacerte maduro!

¡Sin esa congoja no conocerás jamás la fecundidad!

¡Antes que en la acometida, la fortaleza consiste en sufrir!

¡Cuando quieras hacer algo con seriedad, no desprecies la Cruz!

¡Bienaventuradas malaventuras de la tierra! Pobreza, lágrimas, odios, injusticias, deshonra..., todo lo podrás en Aquel que te conforta.

En esos momentos el consejo suena a burla. La sentencia: martillazos que van clavándole el acero en el pecho.

Cuando esto leas, habrá miles de hombres profiriendo gritos salvajes contra Dios. En cárceles y hospitales. En la guerra y en la paz.

No queremos comprender el dolor, que es la sal de nuestra vida.

Aún más quejas. Ahora es JEREMÍAS, el Profeta valeroso, él que había escuchado de Dios estas palabras: «Tú, ciñe tus lomos, yérguete y diles todo cuanto yo te mandare. No te quiebres ante ellos» (Jeremías, I, 17). El mismo que había recibido la promesa de Yavé: «Desde hoy te hago como ciudad fortificada, como columna de hierro, como muro de bronce, para la tierra entera, para los reyes de Judá y sus grandes, para los sacerdotes y para todo su pueblo. Ellos te combatirán, pero no te podrán. Porque yo estaré contigo para

protegerte. ¡Palabra de Yavé!» (Jeremías, I, 18). El Profeta que recibió la misión divina de vaticinar la ruina de Judá. El amigo de sus hermanos es el mismo que ha encontrado en ellos insultos, traición, atentados, latigazos.

Y de Jeremías escuchamos la más amarga queja que ha podido salir de labios de un hombre de Dios:

«Tú me sedujiste..., tú eras el más fuerte y fui vencido.

»Soy de todos los hombres la irrisión, la burla del mundo entero...

»Oigo muchas maldiciones y por todas partes me amenazan: «¡Delatadle!».

Aun los que eran mis amigos me espían para ver si doy un paso en falso...

«¡Maldito el día en que nací! ¡Maldito el día en que me parió mi madre! ¡Maldito el hombre que alegremente anunció a mi padre: «¡Tienes un hijo!...».

»¿Por qué no me mató en el seno de mi madre, y ella hubiera sido mi sepulcro y yo preñez eterna de sus entrañas?».

»¿Salí del vientre de mi madre para no ver más que trabajo y dolor, y terminar mis días en la ruina?».

Tal vez me tengas que decir que esas palabras han sido tuyas en alguna ocasión de tu vida. Conoces muy de cerca el sufrimiento y el desamparo...; estás familiarizado con el dolor.

Así trata Dios a sus hombres cuando quiere hacerlos fuertes.

Cuando sufras..., ¡tus ojos a Cristo!..., para terminar tu lamento como Jeremías termina el suyo:

«Y aunque me dije: «No pensaré más en ello, no volveré a hablar más en su nombre», es dentro de mí un fuego abrasador, que siento dentro de mis huesos, que no se puede olvidar ni soportar... Yavé es para mí como un fuerte guerrero; por eso mis enemigos caerán vencidos... ¡Cantad a Yavé, alabadle!, porque El libra al alma del pobre de la mano de los malvados» (Jeremías, X, 7-18).

Así termina el dolor en los santos: en cánticos y en alabanzas.

Cristianos moderados, sin cruz, nada tienen de cristianos.

Esa cruz, ese dolor humano ha sido divinizado por Cristo. El dolor rejuvenece o envejece el alma, pero siempre deja huella. Agota o santifica.

Todos los hombres sufren. Esos que sonríen..., también; precisamente sonríen porque se te adelantaron en el sufrimiento, y están más unidos a Cristo que tú.

Ama, y sufrirás mucho. Te deseo—¡y qué bien te quiero!—sufrimiento y dolor.

Amor y dolor son dos estrellas que te irán señalando el camino. A tu izquierda quedarán todos los amores pequeños y sucios; a tu derecha, la desesperación.

Oración y Cruz te trazan un camino nuevo. Cimientos firmes en los que asentar tu vida.

«Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser *tú*»<sup>42</sup>.

## LA AVENTURA DE LA MUERTE

**En la ciudad de los muertos lo que  
más me sorprendió fue aquel grito  
esculpido sobre una sencilla losa de piedra:  
*Vita mutatur, non tollitur!*  
¡La vida se cambia, no se pierde!  
Después me enteré de que aquel sepulcro  
guardaba los huesos de un hombre  
cuyo proceso de beatificación había sido iniciado.**

Es una Gran Aventura la de la Muerte. Una aventura humana que no se juega más que una sola vez por vida de hombre. Pero la recibimos con la seguridad de que no es un hecho aislado, esporádico, que ninguna relación tiene con los otros acontecimientos vitales. La muerte—buena o mala—es la resultante de las fuerzas que han operado durante la vida. Se muere como se ha vivido.

Humano es sentir la separación de un ser amado. ¿Quién no la conoce? En pocos momentos es tan hombre el hombre como cuando, después de violentarse, deja que las lágrimas duerman para siempre en los ojos fríos de su hijo muerto, de su madre querida, de su hermano santo.

Momentos supremos de dolor y de silencio. Un beso lo dice todo. Los ojos, rojos, miran al cielo. Y la vida se escapa. Los ojos, rojos, miran al muerto. Momentos cumbres de dolor y de silencio.

Pero este dolor, estas lágrimas no nos dan miedo. La muerte no puede darnos ningún miedo. Somos los amigos de la muerte, los amigos de la aventura más sorprendente de la vida.

Así como nosotros tenemos una alegría escondida para el mundo, Dios se ha reservado para nosotros una gran sorpresa.

¡Pobrecita muerte, hay que revalorizarla! Nos la han desprestigiado, al igual que la bendita corrección fraterna. Son principios fuertes del Evangelio a los que hemos puesto a la altura de toda la carroña hedionda de la tierra.

Me explico perfectamente que la muerte asuste al pagano que odia a Dios. El Poderoso Señor de cielos y tierra, que es la misma Bondad para sus hijos,

---

<sup>42</sup> *Camino*, núm. 178.

levantará su mano justiciera para descargar el azote sobre los deicidas. ¡Hay Infierno, hay Eternidad!

Cuando Dios bendice, bendice muchas veces con la Cruz, porque es sacerdote; ahora bien, cuando Dios castiga, castiga eternamente con el fuego, porque es Juez.

Pero ésa es la muerte del deicida, del fraticida, del que pensó en la tierra como en una tierra para siempre.

Para nosotros, los hijos del Rey, la muerte es la Gran Puerta del Cielo.

No me gusta decir de la muerte que es comienzo de la vida. La vida comienza aquí en la tierra, con el Bautismo, y ya no tiene fin. Este es el principio cierto: *Vita mutatur, non tollitur*. La vida se cambia, no se pierde.

Me explico el desprestigio que han sufrido en esta última época las virtudes humanas. Nace de la falsa interpretación que se ha dado a las palabras de los santos. Si la muerte fuera el comienzo de la Vida, nada de esta vida nos importaría. ¡Y vaya si nos importa! Como que el Cielo no es sino la resultante de las fuerzas que han operado en la vida.

La muerte no es más que un cambio de paso: de la unión con Dios en esta tierra, a paso lento e imperfecto, al paso rápido y eterno de la perfecta y para siempre Unión con Dios.

En aquella casa nos espera la Madre y José, y Miguel, y Gabriel, y Rafael, y Pedro, y Pablo, y Juan, y todos los Apóstoles, y todos los Santos, y tu madre, y tus hijos, y tus hermanos, tus amigos, y... nos espera Cristo.

La Fe y la Esperanza las dejamos en la casa de aquí abajo. Son virtudes para esta tierra. Allí sólo queda el Amor.

¿No te he hablado nunca de la Eucaristía? Creo que sí; aquella locura de Cristo por sus hermanos...

Eso es la muerte para el cristiano: el principio, sin fin, de la Eucaristía constante. La ansiedad, lograda.

¡Cristo; ya es nuestro para siempre Cristo! ¡Para siempre! ¡Para siempre!, es el grito de los santos.

La muerte, como ves, no puede ser tema para tratarlo exclusivamente en unos Ejercicios Espirituales. La muerte, ese cambio de paso, debe ser tema frecuente de la vida de un cristiano. Ni la desprecies, ni la temas. Vendrá cuando Dios te la envíe. ¡Señor, bendita muerte que nos une definitivamente a Ti!

Pensar en la muerte es impulso para acelerar el paso. Si ésta te da miedo, debes arreglar cuanto antes las cosas de Dios. Para entender bien la muerte, hay que estar entregado a Dios de por vida.

Pero el cristiano que está en gracia, que no nos lo asusten con farsas teatrales.

¿De la muerte también vamos a hacer una negación?

No queremos acostumbrarnos a ver todos los aspectos de la religión como cargas pesadas y tristes. ¡Eso es, nada menos, una verdadera injusticia! ¡Eso es, sencillamente, anticristianismo!

Así nunca formaremos apóstoles. ¿A qué hombres «sin Dios» haremos que sigan a Cristo si nos damos traza de que todo en la vida del cristiano parezcan cadenas y tristezas?

No deberíamos los cristianos esgrimir argumentos para atemorizar las vidas de los hombres. Por el terror se hielan las almas, por el temor las encadenamos. El amor ha de ser el móvil de nuestras acciones. El miedo, dejémoslo para los esclavos. Somos libres e hijos de Dios, y el Amor es el que cuenta.

Los hombres libres entendemos más fácilmente por más verdadero y evangélico, este otro lema:

*Haced todas las cosas por amor.* Este es el sentido positivo de nuestra vida en la tierra.

A la pobre muerte la hemos llenado de trapos negros y de flores mustias.

Yo quisiera que a los cristianos nos enterraran poniendo esta inscripción en la losa: *ut eatis!*, ¡que vayáis! Vas a Cristo, al seno eterno de la Trinidad Santísima. Que vayáis a arrancarle a su amante omnipotencia la gracia de arrastrar detrás a todos los que todavía quedan aquí y están aún ante el riesgo de no encontrar o no ser capaces de seguir el camino de Cristo, que vosotros habéis logrado pisar hasta el final.

## ALEGRÍA

*Notas mihi fecisti vias vitae;  
adim-plebis me laetitiam cum vultu tuo.*  
**Me has descubierto los caminos de la vida  
y me llenarás de alegría con tu presencia.**

(Salmo XV, 11).

**"Si lloras por haber perdido el sol,  
las lágrimas no te permitirán ver las estrellas".**

(TAGORE).

¡Pobrecito mundo! ¡Qué achacoso está! Ni las olas, ni los niños, ni las flores le hacen sonreír. El tiempo se ha ocupado de cubrir de rosetones los despojos de la guerra, pero él ha perdido toda emoción ante lo bello. Cualquier bichejo que la más bonita flor trae consigo le irrita y le amohina.

Tiene debilitada la voluntad y confundida la inteligencia, ¿sabes por qué? Porque el mundo está triste. Es natural. En tan poco tiempo ha contemplado tantas desgracias...

El quisiera sonreír y alegrarse..., pero le sale todo tan mal... Mira a sus hijos y los ve odiarse mutuamente. Unos maltratan a otros llamándoles «atrasados»,

y los otros contestan: «Y vosotros inconscientes». Los grandes buscan la paz, y entonces los pequeños les alborotan todos los papeles. No es extraño que el mundo haya perdido el buen humor.

Las gentes quieren reírse a carcajadas para olvidar y matar—unos instantes siquiera—la preocupación que traen el pan y el trabajo, y los hijos y las novias..., pero hay que seguir figurando, y la risa es una mueca con dibujos de mentira. ¡Pobrecito mundo, que perdió hace años la sonrisa!...

Los hombres son malos. Sí, somos malos, pero no tanto como para que nos dejemos asustar históricamente por el pesimismo de los cipreses y de los crespones negros. No podemos dejarnos arrastrar por una visión pesimista, como si conociéramos a la Humanidad exclusivamente a través de las rejas de un confesonario, porque las gentes hacen muchas cosas buenas que no se cuentan en confesión.

Nosotros tenemos el secreto para que los hombres vuelvan a sentir el asombro y la emoción, y dejen de ser insensibles, romos y obtusos. Es misión pujante de nosotros, los cristianos. ¿No nos habíamos dado cuenta de este nuevo valor divino?

Hay que devolver al mundo nuestro secreto, y con él la sonrisa. A muchos en el mundo les está matando una vieja tristeza, hay que llegar pronto para poner en sus labios una canción de esperanza y buena fortuna. Tú—hombre de Cristo—has de contribuir a la alegría general llenando de sentido cristiano e ímpetu espontáneo, que no puede sostenerse por sí mismo y que, abandonado a sus propias posibilidades internas, pararía en seguida en pura ruina de sí mismo. Lo vemos reflejado en los versos certeros, aunque espiritualmente temblorosos e indecisos, de un poeta joven<sup>43</sup>:

**Hay que salir al aire  
¡de prisa!  
Tocando nuestras flautas,  
alzando nuestros soles,  
quemando la alegría.  
Hay que invadir el día,  
apresurar el paso,  
¡de prisa!  
antes que se nos eche  
la noche encima.  
Hay que salir al aire,  
desatar la alegría,  
llenar el universo  
con nuestras vidas,  
decir nuestra palabra  
porque tenemos prisa.**

---

<sup>43</sup> JOSÉ HIERRO: *Alegría*. "Adonais". Madrid, 1947.

**Y hay muchas cosas nuestras  
que acaso no se digan.  
Hay que invadir el día  
tocando nuestras flautas,  
alzando nuestros soles,  
quemando la alegría.**

Porque llevamos—«¡mundo podrido!»—en nuestras almas el secreto de la única sonrisa, retamos al mundo entero a que encuentre otra alegría semejante a la de los cristianos, y es que jugamos con una doble esperanza. Ese es el secreto: la Esperanza. La Esperanza es verdaderamente una fe optimista y alegre. «Dime si existe alguna religión que haya urgido tanto la alegría como el Cristianismo, que la ha hecho virtud teologal y la ha introducido como pieza necesaria en el plan magnífico de dignificación humana imprescindible en la conquista de la vida eterna»<sup>44</sup>.

Te hablo de una doble esperanza: Dios y sus obras divinas.

No te prometo con ellas paraísos en la tierra ni castillos en los aires. No tenemos optimismos ruidosos, que son siempre fácilmente despreciables. Te llevamos la Verdad, que, ésa sí, abre horizontes colmados de infinitos.

De esta fuente escondida manarán los ríos de tu alegría. Te repito con el autor citado: solamente los hombres a quienes alegra un futuro grande y perfecto son capaces de crearlo, como sólo aquel al que alegra en la tierra el cielo es capaz de conseguirlo.

Somos realistas, y por eso queremos llevarte realidades. Espera un poco, que las aguas que nacieron pequeñas en la roca de los cielos se vienen agigantando y ya es río caudaloso al que no hay quien detenga. Esas aguas te hablarán de Dios. Y llevan—indiscretas—caridad y poesía mezcladas para alegrarte la vida.

Te llevamos ilusiones para las primeras horas del día. Piensa al levantarte en lo que puedes hacer por tu Dios con tu trabajo. Es funesto y terrible el desaliento en la hora del comienzo en lo divino y en lo humano. Agota mucho iniciar cansados. Besa tu Crucifijo al dar el salto al día nuevo. Ya lo ves: ¡saltar y besar! ¡Comienza la alegría!

Te llevamos buen humor y sonrisas para las horas malas de tu fatiga. El cumplimento del deber no puede entristecerte. Cristo ennobleció nuestro trabajo. ¿Te cansas? Ahora eres tú la causa de la alegría de Dios. Si no trabajáramos seriamente, jamás nos haríamos santos. ¿Qué importa el dolor y el sudor del cuerpo, si la frescura y la dicha nos vienen del alma?

Yo te puedo contar cómo hemos llevado los cristianos la alegría a muchos que vivían alejados de Cristo. Estas líneas son de un muchacho joven después de su conversión: «Hace falta sufrir un poco para reparar tanto pasado ciego, amargo, maldito».

---

<sup>44</sup> GOICOECHEA: *Valentía y Juventud*, pág. 45.



Le faltan tres meses para dar el salto de la cama, donde sufre, al cielo: «A veces me entristezco; pero no es por mí, sino por mis padres—ellos nada saben del pronóstico—; después, cuando pienso en vosotros (en los convertidos, en los que regresaron después de ser hijos pródigos en la tierra), cuando pienso en vosotros, una clara alegría, una inmensa paz se adueña de mi espíritu. Porque como yo sufrís, lucháis, estáis cerca de Dios y sabéis que nada de lo terreno vale si no es para Dios».

Ya quedan solamente unos días para que se nos marche el amigo: «Siempre he sido poco amante del dolor físico. Más bien creo que cobarde ante él. Sólo ahora que ya tiene sentido y «empleo» me he ido haciendo a él; quiero aprender a amarlo y desearlo para ofrecerlo al Señor».

Ese hombre que encontró en Cristo la esperanza y la alegría morirá sonriendo, diciendo con las manos «adiós» a sus padres y hermanos.

Este es el secreto que queremos llevar al mundo para alegrar su tristeza, destrozona de ilusiones. Y los hombres dejarán de odiar la cruz que les tocó en suerte y se abrazarán a ella con fuerza y la besarán con cariño de madre, porque de ahí viene—de la Cruz—la salvación de los espíritus y de los cuerpos.

Las pequeñas cruces de este mundo, que a veces son grandes y siempre muchas: contrariedades diarias, incomprensiones, fracasos humanos, pérdida de seres queridos..., se reducen a una sola Cruz que hay que llevar con garbo y con generosidad. Cuando de verdad se decide uno a llevarla, deja de ser cruz para ser alegría.

Convéncete de que tenemos que llevar al mundo la sonrisa que desconoce porque no tiene en quién confiar; salvaremos al mundo por la alegría.

Entiendo que para el cristiano hay dos clases de alegría. Ni que decir tiene que con la condición previa de vivir en gracia de Dios; de lo contrario, jamás nadie podrá tener otra alegría que la fisiológica—la del animal—, la del buen tiempo, o la del imbécil que sonríe cuando no viene a qué. Un cristiano sin Gracia—ya lo dice la misma palabra: sin gracia— no puede tener otra sonrisa que la temperamental. Y son los caracteres, no temperamentos, los que ejercen influencia en la propia santidad.

Digo, pues, que el hombre puede vivir dos clases de alegría. Una, cuando simplemente está en gracia; no ofende gravemente a Dios. Tiene temor al pecado mortal, pero no ve más el pobrecito. Los pecados veniales se le escapan como agua sucia por el vertedero. No tiene íntima amistad con Dios. Su alegría se funda sólidamente en que tiene un Creador que es Providencia, que vela por él y le tiene reservado un rinconcito en el cielo. Pero es una Esperanza sin muchos vuelos. Es una alegría enfriada, casi yerta; algo así como un vino generoso mezclado con agua.

El temperamento—en esa situación—influye excesivamente en su cuerpo. Un pequeño desorden en sus pasiones, un no alcanzar lo que busca cada día, cambian sus reacciones constantemente.

Hay muchos cristianos que se contentan con esa alegría vaga, porque vaga es su vida con Dios. Esos jamás influirán en la alegría de los demás. No son alegres de voluntad. Si se levantan de humor, resultan agradables; si se despiertan melancólicos, amargarán la vida a la familia. Son los cristianos que no llegaron a la hora del reparto de los secretos. La única alegría que conocen es la que Dios depositó en germen en sus almas con la gracia, olvidándose ellos de hacerla fructificar, y la alegría temperamental, que ya hemos dicho es la que menos importa para la Santidad.

Otra es la alegría que debemos vivir.

La alegría encendida, calurosa, con fuerza vital positiva y prodigiosa; la alegría que nos santifica, y ésa solamente se vive cuando se es generoso. *Hilarem enim datorem diligit Deus* (2.<sup>a</sup> Cor., IX, 7). Dios ama—proclama San Pablo—al que sabe dar con alegría.

Dios no es ya sólo Providencia. Es Amor y Amigo.

Para esa forma de ser cristiano, el optimismo es un dogma. El optimismo es su vida, que mueve lo inmovible.

«Que no dé sus yemas la higuera, que no den sus frutos las vides, que falte la cosecha del olivo y no den mantenimiento los campos; que desaparezcan del redil las ovejas, no hayan bueyes en los establos, yo siempre me alegraré en Yavé. Y me gozaré con el Dios de mi salvación, que es Yavé mi señor y mi fortaleza, que me da pies como ciervo y me hace correr por las alturas» (Habacuc, III, 17, ss.).

¿Que no entiendes esa forma de ver la vida? ¿Tan exagerada te parece que no puedes comprender a los que la predicán? No transijo en este punto: la única razón de que no lo comprendas es tu falta de generosidad con ese Dios *que se te da con* la constancia de un Padre Bueno.

«Cuando te «entregues» a Dios no habrá dificultad que pueda remover tu optimismo»<sup>45</sup>.

Has de vivir, no solamente en gracia de Dios, sino *de la Gracia*, y con ella vivirás la filiación divina, y con ella la Comunión de los Santos y la bendita fraternidad cristiana—que la dejamos muy atrás en el olvido hace siglos, y así se explica que sean tan miserables nuestras vidas—. Vive de la gracia con generosidad y vendrás a decirme pronto, muy pronto, que el optimismo se ha hecho carne de tu carne. «En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis» (Juan, XIII, 35); y no conocemos un amor verdadero que no se vuelque en la alegría.

---

<sup>45</sup> Camino, núm. 476.

¡Alegraos, alegraos!, repite San Pablo. «Estad siempre alegres». «No hay cosa mejor que alegrarse» (Eclesiástico, III, 12).

*Causa nostrae laetitiae*, canta la letanía de Nuestra Señora. Y el salmista: «Me acercaré al altar de Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud» (Salmo XLII, 4).

Voluntad de Dios manifestada en las Escrituras. Cientos de citas se presentan ante los ojos.

«Es defecto—nos dice la Santa de Avila—dar a la virtud un carácter tristón y sombrío que haga Santos aparentes, encapotados y cejjuntos, cuya principal manifestación exterior es andar huraños y cabizbajos».

Antes de bendecir al Señor en el Santo Sacrificio de la Misa, precediendo al Prefacio, la Iglesia da un grito de júbilo: *Sursum corda!* ¡Levantemos el corazón! Si «asistieras» a la Santa Misa, y no te contentaras con «oírla» detrás de una columna, habrías de contestar entusiasmado: *Habemus ad Dominum!* ¡Lo tenemos levantado hacia el Señor!

Solamente serán eternamente felices en la otra Vida los que sepan serlo en esta tierra con la alegría que presta la generosidad.

Tristeza y temor son los extremos más opuestos a nuestro espíritu.

¿No te reíste ayer ni una sola vez? Desperdiciaste el día.

Alegrarse para no pecar. Sonreír para que viva el alma. Abiertos están los mundos a la sonrisa joven del cristiano.

La tristeza santa del que llora por los pecados propios y ajenos, esa bendita tristeza que no puede desconocer el hombre generoso, desembocará siempre en la alegría de quien se siente hijo de Dios.

¡Hombres de la Esperanza, alegraos! Activad ese buen humor, fomentad esa virtud, que llega ya el momento de revelar al mundo el principio vivo, el secreto fecundo, el poderoso germen que ha de llenar con su fuerza los siglos del futuro.

«Estad siempre alegres.

»Orad sin cesar.

»Dad gracias a Dios por todo, porque esto quiere Dios de todos vosotros» (Tesalonicenses, V, 16-18).

## ALEGRÍAS DE DIOS

Me preguntas con miedo: «Sí; pero ¿qué me dices del Evangelio, que ni una sola vez nos habla de que Cristo riera?». Te contesto con KARL ADAM<sup>46</sup> «Los Evangelios y San Pablo no se preocupan tanto de la personalidad humana y terrestre de Jesús como de Cristo Hijo de Dios y Salvador, y de Cristo en su gloriosa Majestad.

<sup>46</sup> KARL ADAM: *Jesus Christus*. Barcelona, Herder, 1945, páginas 93 y 94.

»Por consiguiente, es inútil esperar de los Evangelios una semblanza propiamente dicha y completa de Jesús, ni tampoco un ensayo de retrato histórico y una visión completa. El Jesús de los discípulos y de los primeros cristianos era el Resucitado, el Cristo glorificado y celestial».

No pensaríamos encontrar en Jesús, digo yo, la carcajada del payaso. Cristo no hacía bufonadas. Pero cuando hablamos de alegría tampoco hemos querido referirnos a las payasadas.

El Evangelio nos habla de las lágrimas del Señor. Y el que no registre su sonrisa es explicable, porque los Evangelistas no encontraron en ella la importancia del llanto. ¡Debía de ser tan corriente, tan natural en Él!

Si Cristo en el pesebre no hubiera sonreído como todos los niños sonríen, Cristo no sería Hombre.

Y la Virgen..., ¿qué madre no hace fiestas al hijo recién nacido?

La fuerte personalidad del Dios-Hombre arrastraba a las muchedumbres; y ahora no podemos dejar de contemplar en ese Profeta joven un exterior atractivo y sonriente; de lo contrario, las madres recelosas no hubieran dejado a sus niños acercársele, ni éstos se hubieran atrevido a que las manos de ese Cristo acariciaran sus cabellos.

Y los discípulos—un poco adustos y secos—pretenden impedir que los niños se le acerquen. Y Cristo les responde: «Dejad, dejad en paz a los niños, y no les estorbéis de venir a Mí» (Mateo, XIX, 14). Es un juego de sonrisas entre Dios y sus pequeños.

Ahora viene allá un joven a la carrera y, arrodillándose a los pies del Maestro, le pregunta qué debe hacer para conseguir la vida eterna... «¡Señor, todas estas cosas las he obrado siempre!». Y Jesús, «mirándole, mostró que le amaba», y le dijo: «Una cosa te falta aún...».

Esos ojos, esa mirada, ¿pudieron ser sino grandemente atractivos? El joven sonreía al hablar con el Señor, pero al escuchar las exigencias del Maestro se marchará triste. Y triste quedará también Cristo. Nada hemos sabido después de aquel muchacho. Pero es expresiva la frase evangélica: «Se marchó triste», muy afligido. La sonrisa de Jesús no tuvo correspondencia.

¿Y la entrada en Jerusalén sobre el borrico?... Aquello fue un torrente de júbilo.

¿Entiendes como posible que Aquel que dijo: «No os pongáis tristes» (Mateo, VI, 16)—el mismo que «comenzó a hacer y a enseñar» (Hechos, I, 1)—, lo estuviera?

Sigue leyendo el Evangelio: lo encontrarás en San Juan (XV, 11): «Estas cosas os he dicho a fin de que os gocéis con mi alegría, y vuestro gozo sea completo».

Y otra vez son setenta y dos los discípulos que regresan de la misión que el Señor les confió: la predicación del Evangelio. Y vuelven llenos de alegría,

diciendo: «Maestro, ¡hasta los demonios se sujetan a nosotros por la fuerza de tu nombre!». ¿Te figuras tú la escena de regocijo de aquellas docenas de hombres que han podido comprobar con sus ojos el poder que Cristo les dio? Ahora trata de imaginarte a Cristo serio, circunspecto, seco... ¿Verdad que desentona en ese cuadro de colores apasionados? «Bienaventurados los ojos que ven lo que estáis viendo» (Lucas, X, 23).

Y con la Resurrección, los Apóstoles expresan un gozo sin igual. Y Cristo les correspondería.

A nuestro Cristo Alegre le llamarán los hombres «hombre comilón y bebedor», porque simplemente come y bebe. «Amigo de publicanos», porque toma parte en sus fiestas y en sus alegrías. No podemos olvidar que el primer milagro lo realiza en una sonriente comida de bodas. ¿O es que también aquí te figuras a Cristo con su porte serio mientras todos ríen?

Pero ¿qué hemos hecho los cristianos para que estemos obligados a pensar constantemente en las «tribulaciones y miserias de la vida»? ¿Tanto os pesa y os entristece pensar que nos espera un Cielo con todo lo bueno, lo grande y lo bello?

¡Vamos, ¡ánimate! Que ya va llegando la hora de descubrir nuestro secreto al mundo: la alegría inmensa de los hijos de Dios.

## VI. EN EL MUNDO

*Nom rogo ut tollas eos de mundo,  
sed ut serves eos a malo.*  
**No pido que los saques del mundo,  
sino que los guardes del mal.**  
(JUAN, XVII, 15).

Seguimos preocupados por esos ojos de risa de los «sin Dios» y por esos otros ojos de escarnio de los indiferentes. Nos están mirando y nos preguntan: «¿Tenéis alguna solución para la vida del mundo?».

Yo quisiera hacer contigo—hace muchas páginas que somos amigos—un pequeño repaso a nuestras fuerzas y a nuestros métodos; que reconozcamos con la sinceridad de los valientes todo aquello que sobra en un campo de batalla y lo destruyamos antes de presentarnos en él: que pongamos a punto las armas de combate—la defensiva hoy nos importa poco—, y colguemos en las panoplias arcabuces y carabinas con todo el respeto de los recuerdos. Dejemos a un lado los exhibicionismos, el miedo y las omisiones, y vayamos al asalto de las trincheras del mundo.

La cristiandad actual no puede olvidarse de que tiene que trabajar seriamente por la salvación del mundo. ¡O los salvamos o nos matan! Que nadie piense servir a dos señores. Recibirá el insulto y el desprecio de los dos bandos.

La Iglesia necesita de sus individuos, de sus guerreros; necesita que vivan con tal vitalidad que sus mismas vidas sean la perfecta apología de su doctrina. Estamos insistiendo en el mismo punto de siempre: para hacer frente a la muerte se requiere vida.

Quien se santifica es el individuo y no la colectividad. Esta será siempre más o menos buena, o más o menos mala, al tenor de la vida de los hombres que la dirijan. ¿No piensan los cristianos que es a ellos a quienes corresponde, cada uno en su puesto, dirigir la sociedad? No sólo mandar en ella, mandar por el placer de mandar, sino tener el timón de su vida. ¿Se han percatado los cristianos de que tienen en sus manos esta posibilidad?

Hasta ahora—desde hace unos siglos—son los *malos*—así los llaman—los que de verdad actúan; los *buenos* se venían conformando con evitar las ocasiones de pecado, evitando de paso las oportunidades de actuar, de marcar rumbos a la vida del mundo.

Vidas, vidas enérgicas, dinámicas, valientes, apasionadas y rebeldes contra toda mentira, es lo que tenemos que presentar a esos ojos que continúan mirándonos. Y la realidad hoy es muy distinta; nuestras vidas son todavía en demasiados casos enfermizas o enclenques.

#### «NO PIDO QUE LOS SAQUES DEL MUNDO»

Un misticismo exagerado nos llevaría a interpretar literalmente las palabras de TERTULIANO<sup>47</sup> «Nada nos debe preocupar en este mundo, sino vernos cuanto antes libres de él».

Pero no; literalmente no podemos, no queremos leerlas.

Preferimos lo que nos dice JUAN, el adolescente. Sus palabras son más consoladoras, más humanas, cuando pone en boca de Jesús aquel ruego al Padre por nosotros los hombres: «No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal».

¡Señor! Me proponen que viva la humildad como los muertos la viven.

¡Maestro! Me dicen que sea dócil como el niño que se deja enfundar en los pañales por su madre.

¡Jesús! Me indican que cierre mis ojos y que continúe el camino, dejando a los demás que hagan lo que puedan.

¡Señor!..., y yo no estoy ciego, ni soy niño, ni estoy muerto.

No nos basta admirar la obediencia de las estrellas, ni la humildad de los muertos, ni la firmeza de las rocas... Eso es mucho, pero a nosotros—tíbios—nos dice poco. Necesitamos un empuje mayor.

Envíanos hombres como nosotros de caracteres distintos, temperamentos fuertes; hombres con pasiones, con personalidad...; para que sean el estímulo de nuestra conducta; hombres que se santifiquen en el trabajo en que trabajamos nosotros.

Y si Cristo pidió por los suyos, ahora nosotros —tú y yo—seguimos pidiéndole a El por estos hombres de ahora que encarnan todas sus virtudes humanas de que te he hablado; por estos Santos que también son *suyos*.

No pido que los saques del mundo, Señor.

Déjales aquí, en medio de esta tierra, que es obra de tus manos.

Si Tú, Señor, te vas, deja a los tuyos que vivan con nosotros.

Déjales aquí, para que viendo nosotros cómo viven tus hombres, vivamos tu misma vida.

---

<sup>47</sup> *Apologético*, cap. XLI.

¡Somos tan débiles! Déjales y, conviviendo con ellos, se nos pegará su fortaleza.

¡Somos tan raros! Déjales y viviremos la naturalidad.

¡Tan mezquinos somos! Déjales aquí con nosotros, y nos daremos a Ti con generosidad.

Déjales aquí, para que vayan por el mundo.

Déjales. Muchos hombres de aquella época te odiaban sin mirarte. Son los mismos que hoy te miran sin odiarte, indiferentes.

Tú dijiste que contigo o contra Ti. Pero hoy los hombres se han enfriado tanto, que permanecen tibios y no se atreven a enfrentarse contigo ni te aman bastante como para ponerse a tu lado.

Por eso, deja a los tuyos aquí entre nosotros. Su energía y su esfuerzo acabarán por remover esos pilares fríos sobre los que se sienta el paganismo, y se caldearán las piedras.

Déjales aquí para que vayan por el mundo y hablen de Ti a los que todavía no te conocen.

Déjales para que lleven tu Evangelio de fuego a los cinco continentes, y allá donde lo posen permanezca su huella indeleble.

Déjales para que los hombres aprendan, como ellos, a vivir la paz.

Pero si la paz fuera a sumergirnos, más aún, en una vida muelle, burguesa, tibia y sin sentido..., envíanos guerras, para que la cuerda del arco quede bien tensa.

Hoy apenas hay herejías porque muy pocos piensan en Ti.

Déjales a los tuyos aquí entre nosotros para que apretemos fuertemente sus manos.

Déjales para que contemplemos sus ojos limpios.

¿No ves que estamos fríos? Déjales aquí entre nosotros para que nos calentemos junto a su corazón, que es tan grande.

Déjales y aprenderemos a ser hombres de criterio.

Déjales aquí para que les veamos rezar.

Déjales aquí para que les veamos sufrir.

Déjales aquí para que les veamos reír.

Déjales aquí para que les veamos llorar.

Déjales, no te los lleves.

Déjales aquí entre nosotros para que amemos como ellos aman esta tierra, este cuerpo, este tiempo, estos hombres amigos y enemigos.

Déjales... hasta que te los quieras llevar. Y entonces ¡llévatelos! Ni ellos temen a la muerte, ni nosotros nos lamentamos de ella. ¡Llévatelos! Te los llevarás entonces a la luz eterna que los tuyos ganaron día a día, entre nosotros, trabajando y amándote, luchando y sirviéndote. Enseñándonos a todos los hombres a ir hacia Ti.



## LA ENFERMEDAD ACTUAL

**Y con la satisfacción humana que da  
el ver reunidos a miles y miles de  
hombres bajo una misma bandera,  
aquel hombre comentó en público:  
"¡Cuántos vuelven a la luz!..."**

**Y escuché también el grito de un anciano que me hizo reflexionar:  
"Se acercan a la luz, sí, pero no es para  
ver más, sino para ser vistos de los hombres".**

Todas las épocas han tenido su enfermedad. Y la actual generación sufre también la suya. Vivimos el siglo de la publicidad, el siglo de los anuncios luminosos. En el terreno comercial es un verdadero derroche el que se hace por mantener el prestigio de una marca.

Pero no es de esa publicidad mercantil de la que quiero hablarte. A fin de cuentas, los que la promueven por bien empleada la dan, ya que les proporciona mayores ingresos.

Uno de los rasgos de nuestra enfermedad es la presunción religiosa. Es una época de ostentación. El Cristianismo se nos ha puesto de moda, cuando menos en ciertas naciones. Da la sensación de que pretendemos vivir un Cristianismo de anuncios luminosos.

Estadísticas, números, muchos números, grandes carteles con el tanto por ciento del aumento de nuestros asociados; música, mucha música, tómbolas y rifas benéficas. ¡Cómo vibran nuestros católicos! ¡Bombo y platillo en las inauguraciones y primeras piedras de edificios que no se terminarán! «¿Cuándo se nos ocurrirá comenzar a festejar las últimas piedras?».

Hemos olvidado, en la formación de nuestros hombres, lo que de bueno tiene el mundo, y nos hemos quedado—por más cómodo y halagüeño— con lo malo.

Hacer estadísticas es mirar atrás. Nunca se hacen para fijarse en el camino que falta por recorrer, sino como consuelo de lo que ya se ha hecho.

Nosotros, en cambio, además de tener en cuenta el camino recorrido, preferimos mirar hacia adelante. Es mucho lo que queda por andar.

¿Concentraciones, mítines, discursos, peroratas para los católicos? Tal vez sea loable su empleo y provechoso para el espíritu en regiones donde los católicos sean minoría y sea preciso luchar contra un ateísmo o masonismo oficial. Pero en países donde ser católico es lo normal, más que hacer demostraciones públicas de fe, se precisa mostrar la fuerza y la vitalidad reales, personales de esa fe, y esto es sobre todo la labor individual.

Ese aparato externo y ruidoso fomentará, aún más, la vanidad de quienes peroren y favorecerá el crecimiento de ese optimismo fácil y quebradizo de los

«tantos por ciento» y de los «miles de afiliados»; un optimismo que dura escasamente la semana siguiente a la juerga, y que desvaneciéndose poco a poco, se va convirtiendo en un pesimismo fatal, en cuanto los dirigentes, olvidando el clamor de las multitudes, se encuentran solos en su despacho de trabajo ante la pequeña contrariedad que nos trae la vida diaria.

En los oyentes que presencian el acto—más por oír cómo lo dicen que lo que dicen—, la atmósfera de vibración dura lo que duró el acto.

Y, a los acordes de un ruido ensordecedor, aparecen nuevas lápidas con los nombres de los señores que aportaron unos cientos de pesetas, «cuya memoria queda aquí grabada».

Ostentación, presunción, publicidad, mucho movimiento. Pero todo queda ahí, en lo externo.

¡Cuántas listas de donantes y donativos! Como está bien visto... Y se reconstruye un monumento, y se venden las piedras según el tamaño, y al hacer la limosna no dejamos de sorprendernos cuando se nos pregunta el nombre, porque está establecido, al parecer, que todas las piedras llevarán inscrito a cincel el apellido del donante.

Hoy se hacen demasiadas cosas a golpe de campanilla.

«Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres para que, viendo vuestras obras, glorifiquen a vuestro Padre; que está en los cielos» (Mateo, V, 16). Ciertamente es un medio el de esas obras para que el fin se realice: la glorificación del Padre. No hablo, claro está, del necesario culto externo.<sup>48</sup> Pero es necesario que desaparezca la exterioridad de lo que debe permanecer oculto.

El «para que viendo vuestras buenas obras» lo hemos invertido, entre todos los cristianos, en esta otra máxima en la que Dios no parece que tome parte: «Para que los hombres *no dejen de ver* vuestras obras buenas». Y es el mismo Evangelista quien en el capítulo XXIII, 5, dice de ellos: «Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres».

Presunción, publicidad. Demasiadas veces la mano, izquierda se entera de lo que da la derecha, pero no sólo la propia, sino también las de todos los que nos rodean.

¿Cómo es posible que estando tan clara la sentencia evangélica la estemos adulterando tan fácilmente?

---

<sup>48</sup> Quiero dejar muy claro mi pensamiento, en evitación de torcidas interpretaciones.

En nada me opongo—¡claro está!—a las manifestaciones colectivas de nuestra fe, a la demostración pública y asociada de nuestras creencias. Es evidente que son no solamente lícitas, sino de todo punto necesarias.

Pero eso sí: que sean—de verdad—manifestaciones de la fe, demostración exterior de algo que vive en el alma de los que se congregan. No la episódica y gregaria concentración de masas, de individuos sin espíritu, que acaso vibren un instante para caer de nuevo en la tibieza enfermiza como estado habitual.

¡Cuántas veces se complacen, por desgracia, nuestros católicos con el simple número de los así congregados! ¡Y es preciso, sobre todo, atender a su calidad interior!

«Cuando des limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las calles y en las sinagogas, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa».

«Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas».

«Cuando ayunéis, no aparezcáis tristes como los hipócritas». Son tres puntos del mismo pasaje de Mateo (VI, 2, 5 y 16).

Y la hipocresía, no lo olvides, continúa siendo hipocresía, aun cuando el tocar la trompeta se ponga de moda y la hagan sonar «gentes buenas».

ISAÍAS se rebela con fuerza contra toda esa falsa devoción.

«Oíd la palabra de Yavé, príncipes de Sodoma. Escuchad la doctrina de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿A mí qué la muchedumbre de vuestros sacrificios?, dice Yavé. Harto estoy de holocaustos de carneros, del sebo de vuestros bueyes cebados; no quiero sangre de toros, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién os pide esto a vosotros, cuando venís a presentaros ante Mí, hollando mis atrios?»

«...Vuestras festividades me son pesadas; estoy cansado de soportarlas...

»Cuando alzáis vuestras manos, yo cierro mis ojos; cuando hacéis vuestras plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos, apartad de mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituir al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda» (Isaías, I, 10-18).

DISCRECIÓN

Si tenemos que ir al asalto de las trincheras del mundo, esos exhibicionismos que comentábamos no sirven para nada; acaso tengan su papel en la retaguardia; pero para quienes son paracaidistas en terreno enemigo, la discreción es virtud sobrenatural y humana imprescindible para la lucha.

Queremos salvar a nuestro mundo como los primeros cristianos salvaron el suyo, sin alardes, sin ruido, sin propaganda, pero con la eficacia de los primeros siglos de la transformación cristiana.

Queremos ser poco originales en cuanto a los procedimientos; nos parecen suficientes los medios de siempre: la Cruz y el Evangelio.

Queremos trabajar en el silencio.

Queremos asemejarnos a Cristo en sus treinta años de vida oculta.

Toda esa alegría que vamos llevando al mundo, y esa virilidad en la vida interior, y esos ideales, y ese apostolado, y ese mensaje divino para los tiempos actuales, y esa guerra con la paz en sus entrañas, toda esa labor debemos hacerla en el silencio, sin vistosidades, con humildad colectiva—el orgullo tiene siempre ojos de incomprensión para los que quieren trabajar ocultos—; de esa forma, ni el «espíritu de cuerpo», que es orgullo; ni la vanidad, ni el afán de singularidades, ni la afectación, ni el capricho, ni la ostentación, ni la imprudencia tonta se meterán en nuestra alma, «y tu

Padre, que ve todo lo escondido, te dará por ello la recompensa» (Mateo, VI, 18).

¿No ves que Dios, que es la misma Perfección, permanece escondido? ¿Que «las gentes» valorarán más nuestro trabajo si lo hacemos ver con nuestra propaganda? ¡Y qué nos importa lo que digan «las gentes»! ¿Que el silencio no llamará la atención de los «sin Dios», y no podrán percatarse de nuestras obras buenas, y nunca se acercarán a nuestras filas? Cálmate. No se trata de que ellos se acerquen, sino de que vayamos a ellos.

Los hijos de Dios queremos seguir métodos divinos.  
«—¿Quién dicen los hombres que soy Yo? —Juan el Bautista, Elías, alguno de los antiguos profetas.

—Bien; pero, ¿y vosotros, quién decís que soy Yo?

Y Pedro responde por todos: —Tú eres el Mesías.

Y entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijeran que él era el Cristo» (Lucas, IX, 18-21).

— Es que, convéncete, «no hay prueba y señal de predilección más hermosa que ésta: pasar ocultos». <sup>49</sup> La personalidad de Cristo se hará manifiesta en su tiempo y hora.

En cierta ocasión, la incredulidad de los parientes de Cristo le estimula a ese aparato exterior de que hablábamos: «Vete a Judea, para que también aquellos discípulos tuyos *vean las obras maravillosas que realizas*; puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido; ya que haces tales cosas, date a conocer al mundo». ¿No es esto lo que también piden los católicos de hoy? Conoces la contestación del Señor (Juan, VII, 6). En cuanto se marcharon sus parientes, «El también se puso en camino para ir a la fiesta». Le interesaba verdaderamente el mundo hasta morir por él. Pero se puso en camino *no con publicidad, «sed quasi in occulto»*, como en secreto (Juan, VII, 10).

¿No se escandalizarán esos hombres de los procedimientos de Cristo?

Estamos hartos de soportar memeces de calumniadores e indiscreciones de impertinentes. Han llegado a tal punto las ostentaciones publicitarias que muchos hombres *no pueden* entender lo que es discreción.

Que sigan ellos los procedimientos que crean más convenientes, pero que nos dejen a los que, por delicadeza tres veces santa, no queremos hablar de lo que hacemos. «El fraude y la injusticia — está en aquel que busca su propia gloria, y es veraz quien busca únicamente la gloria del que le envió» (Juan, VII, 18).

Discreción del Dios escondido, de la Virgen — silenciosa, del Cristo que escapa al aplauso de las gentes. Aquel que conociendo el Evangelio no entienda lo que es discreción, ruegue a Dios, roguemos todos, para que le dé un poco de criterio.

---

<sup>49</sup> Camino, núm. 959.

Vosotros, padres e hijos cristianos, madres y novias, militares, obreros, marinos, estudiosos y estadistas, que os estáis formando a la luz santa de la discreción, no os amedrentéis por «esas fábulas ridículas y cuentos de viejas» (1.<sup>a</sup> Timoteo, IV, 7). Tened compasión para los que no os comprenden —os entenderán dentro de medio siglo—, pero vivid esa libertad de que nos habla la Escritura. No permitir que os ponga yugos y leyes viejas que os encadenen a la inactividad de estos últimos tiempos.

¿Que esos mismos pueden pensar que es hipocresía y falta de nobleza? Te recuerdo lo que te decía: hipócritas llamaba el Señor a los caritristes que ayunaban; hipócritas a los que anunciaban pomposamente sus obras; hipócritas a los falseadores del templo, los que hacían de la casa de Dios un lugar de mercaderes.

Benditos seréis de Dios si las casas de contratación y las fábricas, y los cuarteles, y las universidades, y las covachas de los hombres, y las calles y las plazas las convertís en Casas de Dios.

Quien indiscreta y curiosamente, con espíritu de chismorrería, pregunte a Cristo: «¿Con qué autoridad haces esas cosas?», que escuche sus palabras: «Yo también quiero haceros una pregunta, y si me respondéis a ella os diré luego con qué autoridad hago estas cosas» (Mateo, XXI, 24). Son preguntas indiscretas que no recibirán contestación.

Es el silencio, no para aquellos que no tienen nada que decir, sino para los que no quieren que se les vaya la fuerza por la boca.

Y cuando llegue—si llegare—el momento de dar la cara, ¡dadla! En ese mismo instante de la necesidad, la falsa discreción es una forma de la cobardía.

La santa intransigencia y la santa discreción son dos virtudes que el mundo poco a poco comienza a vislumbrar.

El ángel que va a guiar a Tobías a Ragúes de Media se hace pasar por hombre como hijo de Azarías. A su regreso, reuniendo aparte al padre y al hijo les dice: «Nada os quiero ocultar. Ya os lo he dicho: Bueno es guardar los secretos del Rey». Esa ha sido su conducta hasta aquí; pero cuando llega la hora de la revolución: «Glorioso es revelar las obras de Dios... Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que presentamos las oraciones de los justos ante la majestad del Santo» (Tobías, XII, 11 y 15).

Tenemos que tener una gran comprensión para los que no nos comprenden.

Santo y agradable a Dios es permanecer ocultos, como El se ocultó—discreción de la divinidad—en el pesebre y en la Cruz, en la Hostia viva y en la Muerte.

Santo y agradable a Dios es manifestarle la Filiación divina, como El lo hizo en la predicación entre el pueblo y los Pontífices.

Intolerancia, intransigencia en las cosas del espíritu, en el honor y en la doctrina.

Comprensión para todos los trabajadores en la viña del Señor.

La Iglesia de Roma es la Madre buena que abre » sus brazos a todos los caminos de sus hijos, y bendice el clamor y exalta el silencio. En ella se cobijan el pobre y el poderoso. Los que pertenecen a razas distintas y a distintos colores. Los guerreros de la primera línea de combate y los que guerrearán a la retaguardia del enemigo: los vanguardistas y las quintas columnas.

Para todos los que son hijos de Dios tiene su bendición, su apoyo y su abrazo.

### ¿MIEDO?

Mundo, Demonio y Carne, tres formidables enemigos de nuestra alma.

De la carne, la experiencia puede dictarte sus consejos.

El demonio, como el Milagro, son dos hechos palpables ante los cuales la gente sonríe con un poco de indiferencia. Del demonio ya no se habla, y ésa es una de las «victorias» del infierno sobre los hombres. En cuanto al Milagro, es tan vivo como el mismo Dios. No queremos ser milagrosos, pero si tuviéramos un poco más de visión sobrenatural, ¡cuántas providencias extraordinarias de Cristo apreciaríamos en nuestras almas!

Y el mundo, ¿qué hace el mundo?

Una inmensa mayoría—los indiferentes para las cosas de Dios—tienen los ojos cerrados para ver en él un enemigo; que lo es, y grande. No lo ven porque precisamente son mundanos, viven en él y se han dejado envolver del todo por sus halagos.

Esta clase de amigos del mundo son los que se atemorizan ante la muerte, que es precisamente el corte de su apegamiento a la tierra. La virtud más recia de esos pobres hombres es la frivolidad. Viven despreocupadamente, sin medir los peligros reales que entraña para el hombre la vida.

Postura antitética, pero igualmente perniciosa, es la de los encogidos.

Estoy viendo al diablo dando saltos de alegría entre las almas de muchos, gritándoles al oído: «Huid, huid del mundo, huid de los hombres, preservaos del mal, apartaos de esas almas, no os peguen su malicia». Es tanto como si les dijere: «No luchéis por la conquista del mundo; dejadme su dominio a mí». Esta argucia diabólica es la que parece presidir la actitud de muchos cristianos. Viven bajo el signo del terror. Huyen del mundo porque les da miedo de él, y de camino dejan en las zarzas del mundo las almas de muchos prójimos.

Del Decálogo divino han quedado grabadas en esas mentes *exclusivamente* las negaciones: «no harás» «no puedes hacer»; prohibiciones, cortapisas, barreras a la actividad humana; no adulterarás, no fornicarás, no hurtarás..., temor, miedo, recelo... No es que tengan «temor de Dios»; tienen miedo a las dificultades, miedo al ambiente, miedo a los hombres, miedo al mismo Amor.

¡Qué terrible contradicción con los principios del Cristianismo!

Y esta obsesión negativa se pregona para los viejos y para los chicos, para las jóvenes y las ancianas..., y los muchachos crecen con una evidencia en su corazón: la de que el mundo *sólo* tiene peligros y calamidades..., y un abstencionismo apático e inerte se va adueñando de sus pobres ideales.

Y este lema en la calle, y esta consigna en el trabajo y en las diversiones, para ellos y para ellas: «¡Los hombres son malos; huid, huid del mundo!».

Y hacemos de nuestro Decálogo un conjunto de «noes», y de nuestra religión un programa negativo, y de nuestra vida un paso por la tierra ridículo y cobarde.

Otra es la postura que debe adoptar el cristiano: Ver al mundo como un enemigo, pero como un enemigo al que hay que salvar. ¿Huir del hombre? Jamás. ¡Amarlo!

«Porque no adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento *se resume en esta palabra*: Amarás a tu prójimo como a ti mismo... La caridad es la plenitud de la ley» (Romanos, XIII, 9).

Y el resumen no lo han entendido.

El Apóstol nos anima, y con Dios, con la Iglesia, con Pedro y con Pablo, no tenemos ningún reparo en gritar muy alto: «¡No nos da ningún miedo el mundo!».

Contamos con el dolor, con el fracaso, con el peso de la carne, con la mentira de los que nos rodean; contamos con todos los peligros, contamos con todo lo que es frágil; pero contamos—no lo olvides—con la fuerza de Dios. No podemos temer nada de nadie. Ni el vivir entre demonios nos asustaría.

No quisiera que estos gritos pudieran parecer reproche para quienes generosamente se han retirado al silencio y a la soledad por llamamiento del cielo. Los bendigo con todas mis fuerzas. A ellos les llamó el Señor para Sí, antes que la muerte les arrebatara a la Gloria. Ellos son su corona. En ellos queremos apoyarnos los que hemos de vivir entre el polvo de los caminos, con vocación de cristianos, llamados a trabajar en medio del mundo.

Pero para ti, en el mundo está el campo de acción; en el mundo tienes que santificarte; en el mundo habrás de luchar hasta que la muerte destroce tu cuerpo para hacer posible su resurrección. No entres en el mundo con miedo—¡si te sintieses hijo de Dios!...—. Comienza tus días con paso firme, mirando al sol. No tengas ningún miedo a la vida. Somos los amigos de la luz.

Nos preocupa el mundo y nada de él nos es despreciable.

Ama a los hombres.

Ama a tu tierra.

Ama a tu cuerpo y tu juventud. Si ha de ser el compañero de tu alma, ¿por qué olvidarlo?

Si Dios, que creó las cosas con la palabra, amasó con sus manos ese cuerpo de hombre, ¿cómo no amarlo?

Ama con locura tu profesión, el instrumento que ha puesto Dios a tu alcance para ganarte el cielo en la tierra y salvar las almas.

Nada de cuanto ocurre en el mundo puede carecer de importancia para ti. El roce con el mundo te hará más hombre, te moldeará el carácter, te dará bríos. Más adelante santificarás el ambiente.

Un espíritu joven, combativo y optimista, lleno de empuje humano y de recia visión sobrenatural, transformará el ambiente con una facilidad que a muchos les causará pasmo.

«¡Influye tanto el ambiente!», oímos con frecuencia. Pero «si has cogido ese espíritu, estoy seguro de que me dirás con el pasmo de los primeros discípulos al contemplar las primicias de los milagros que se obraron por sus manos en nombre de Cristo: «¡Influimos tanto en el ambiente!»

¿Por qué despreciar esta tierra? ¿Por qué despreciar esta patria, si en esta tierra es donde los hombres se hacen santos? Aquí, en el mundo, fue donde Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, quiso vivir treinta y tres años entre nosotros; aquí, en esta tierra que tanto dicen menospreciar algunos, quiso desarrollar su personalidad el Hombre que mayor personalidad ha tenido entre los hombres, y nadie existe, ni vendrá, que se le pueda comparar.

¿Cómo hemos de tener en poco esta vida si ha quedado santificada por la mano de Cristo?

Es también aquí, en esta tierra, donde nuestros hermanos, los cristianos de la primera hora, se hicieron fuertes en la lucha.

La muerte diseminó sus huesos por esta tierra humilde, y sobre esos huesos queremos hoy dar el brinco al cielo para encontrarnos con ellos.

Pedro, Juan y Santiago, los primeros Apóstoles del Señor, se formaron entre las redes y barcas, a la orilla de los mares, junto a los peces en las noches marineras. Y escucharon el rumor de las aguas, y el grito de las bestias, y el murmullo de las muchedumbres ansiosas de Dios. Y entre voces, y en las calles, en el templo y en el campo, junto al polvo de las carreteras, escuchaban al Cristo de las naciones de todos los tiempos.

Y los primeros ascetas, ¿dónde viven, sino en el mundo? Entre sus mismos parientes, entregados plenamente a Dios.

Y los cristianos corrientes, ¿dónde vivían? No vivieron apartados de él. «Asistían—dice TERTULIANO<sup>50</sup>—, como los demás ciudadanos, al foro, al mercado, a las oficinas, a la tienda, a las plazas públicas. Eran marineros, soldados, agricultores y comerciantes».

---

<sup>50</sup> Camino, num. 376.



En la epístola a Diognetes <sup>51</sup> se describe la vida de los primeros cristianos: «No se diferencian de los demás hombres por la patria, ni por el lenguaje, ni por los usos exteriores... Habitan en las ciudades de los griegos y de los bárbaros, se acomodan a la costumbre de la tierra en el vestir, la habitación y forma de vida; a pesar de lo cual manifiestan, como todos reconocen, un trato singular y admirable. Viven en su patria, pero como extranjeros; participan de todas las cosas como ciudadanos, y las sufren todas como extraños. Viven en carne, pero no según la carne; moran en la tierra, pero tienen su conversación en el cielo... Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo».

Las catacumbas de entonces no sirvieron de escondrijo para retirarse del mundo. ¿Cómo es posible que nos figuremos a aquellos hombres con temor a los malvados? Los primeros cristianos... ¿tímidos?, ¿apocados?, ¿cobardes?, ¿emboscados?, ¿pusilánimes? Eso sería ultrajar su virtud. ¿Cómo te explicas que convirtieran a un Imperio y a un emperador desde la necrópolis subterránea? Las catacumbas tan sólo sirvieron de refugio «alguna vez en los días de violenta persecución. La vida de los cristianos en aquellos siglos señalados con sangre se desarrollaba en las calles y en las plazas al aire libre»<sup>52</sup>.

De labios del Cristo Eterno habían recibido la consigna buena: «En el mundo habéis de tener tribulación, pero confiad. Yo he vencido al mundo» (Juan, XVI, 33). Y aquellos valerosos se lanzaron a la conquista de la tierra de Dios. ¿Puedes seguir temiendo tú al mundo?

Escucha el canto de JEREMÍAS: «Oíd, casa de Israel, lo que os dice Yavé... No os acostumbréis a los caminos de las gentes. No temáis a los fenómenos celestes que a ellos les producen temor, pues el culto de estos pueblos es el culto a la nada; leños cortados en el bosque, labrados luego con el buril por manos del escultor. Se decoran con plata y oro y se sujetan a martillazos con clavos para que no se caigan. Son como espantajos en melonar y no hablan. Hay que llevarlos, porque ellos no andan. No les tengáis miedo, pues no pueden haceros mal ni bien alguno».

Me dices que esa consigna de meterse a roturar el campo del mundo sólo sirve para los fuertes...

Ya te dije al comenzar que esto se escribió para los inquietos y para los rebeldes. Y si has continuado leyéndolo, el lema sigue en pie para ti: «Dios y audacia».

Antiguas estampas nos presentan al santo de «entonces» acercándose a Dios con sus manos elevadas hacia el cielo; sus pies apenas tocan el globo terráqueo que aparece allí pintado.

<sup>51</sup> *Epístola a Diognetes*, V y VI.

<sup>52</sup> Pío XII: *Discurso a la Juventud Católica italiana*, 8, XII, 47.

Al santo, al cristiano de hoy, me lo figuro como un atleta apoyando sus pies vigorosos en la roca de su vida interior y levantando con sus brazos hercúleos el mundo purificado para presentárselo a Dios.

O ganamos ese mundo que se pudre entre nuestras manos o recibiremos la maldición del mismo Dios: «Maledictus qui facit opus Domini fraudulenter!». ¡Maldito quien realiza tramposamente la obra de Dios! (Jeremías, XLVII, 10).

¿OMISIONES?

*Tu creáís quoniam unus est  
Deus: bene jacis: et daemones  
credunt, et contremiscunt.*

» Tú crees que Dios es uno: haces bien;  
pero también los demonios creen y se estremecen.  
(SANTIAGO, II, 19).

Esto es lo que nos ha dejado en herencia la consigna de los encogidos: el enfermo de omisión; el hombre bondadoso que no puede ser malo; nos ha dejado en herencia a la misma pasividad.

El Gran Jefe de la familia cristiana nos envió a todos para que fuéramos por el mundo y diéramos frutos lozanos de actividad prodigiosa. Y Cristo no engaña.

Y la Iglesia se llama «militante», y la Iglesia no engaña.

Los primeros entusiastas que siguieron al Dios-Hombre no le defraudaron, porque «fueron» por el mundo predicando con su vida y con su palabra.

Los cristianos de hoy estamos defraudando a Roma, porque ¿qué tenemos de guerreros?

Milicia y omisión... ¿compatibles? ¡Como no sea en el infierno!...

Nos estamos contentando con tener «muy buena voluntad», y esto, siendo algo, no basta. Recuerda tú la recia advertencia del Espíritu por boca de San Juan (Apocalipsis, II, 23): *Et dabo unicuique vestrum secundum opera sua*. Y os daré a cada uno -según vuestras obras.

Sal y luz del mundo debe ser el cristiano para todos los espíritus. Sal que sazone y luz que ilumine.

Y el que se conforme con la omisión, con la sandez de no hacer nada malo, es sal desvirtuada para un buen estercolero y luz mortecina que alumbraba un cementerio.

Tú, ¿qué haces por Cristo cada día?

No te asuste la pregunta. Esta otra la entenderás mejor; es igualmente evangélica y cristiana.

Tú, ¿qué haces por los hombres cada día? Sí; -por esos que llamamos extraños y son nuestros hermanos...

¡Cuántas higueras estériles que no tienen más que hojas en su fachada!... Peroratas y recomendaciones, palabrería y consejos útiles para los demás. «Os daré a cada uno según vuestras obras» (Apocalipsis, II, 23). ¡Fruto, pide el Señor! ¡Fe operativa! Una fe que no se traduzca en obras; una- fe que no conozca de sacrificios por los hermanos; una fe sin vigilancia, es la fe de las vírgenes necias que no entran en el reino de los cielos. ¡Muy vírgenes!, pero ¡muy necias! Les faltó el aceite: un pecado de omisión.

«No os canséis de inculcar que la vida cristiana no consiste en la multiplicación y variedad de las oraciones y ejercicios de piedad, sino más bien que todo eso *contribuya realmente* al progreso espiritual de los fieles y, por tanto, al incremento de toda la Iglesia».

Son palabras de Pío XII, el Pontífice. Son palabras de la Encíclica *Mediator Dei*, previniéndonos contra una posible herejía de la inacción, de la omisión, del dejar hacer.

Vosotros que os conformáis con no hacer nada malo, ¿no escucháis ese grito angustioso, ese grito desgarrador que se levanta de las gargantas sedientas de verdad, de alegría, de salud, que se dirige al cielo porque no encuentra apoyo en los hombres? Es un grito con timbre blasfemo que sale con tristeza de los labios de los hijos pródigos contra sus falsos hermanos.

Es la angustia de los parálíticos que llevan treinta y ocho años tumbados en el dolor junto a la piscina probática. ¿Podemos pasar junto a ellos indiferentes, sin tenderles nuestra mano?

Se les acercará el Señor—el Enamorado de los hombres—y preguntará al desgraciado que está tendido en la camilla: «¿Tú quieres ser curado?».

«Mientras yo voy despacio a la piscina, otro hay que ha bajado antes, y es él el curado y no yo».

«¿Queréis ser curados?», sigue preguntando Cristo a los parálíticos de todos los tiempos.

Y otra vez, con más fuerza: «¿Queréis ser curados? Ahí tenéis las aguas que limpiarán toda vuestra podredumbre. Yo las remuevo. No tenéis más que obedecer y echaros en ellas».

Y otra vez con ansiedad de padre: «¿Queréis ser curados? ¡Ahí tenéis, ahí tenéis las aguas!». Y un rugido como de cien leones se extiende sobre todos los mares: el rugido de los enfermos del alma que se apartaron de su Dios:

«¡No tenemos hombres que nos presten su brazo!».

«¡No tenemos hombres que nos limpien las llagas!».

«¡No tenemos hombres que nos lleven a las aguas!».

¿Dejarás que los hombres—ésos que son tus-hermanos—continúen en las sombras frías de la impotencia, tú, que les puedes dar la luz?

¿Dejarás que se entumescan sus miembros para siempre, tú, que les puedes tender la mano que les haga dar el salto?

¿Dejarás que la carcoma del pesimismo penetre en su alma, tú, que tienes—recibida de Dios para ese hombre—la esperanza?

¡Maldito de Dios sea el cristiano que no se ocupe del alma de su hijo pródigo, de su hermano enfermo, de su amigo muerto!

¿Omisiones?... ¿Conformarse con no pecar?... «¿Pasar por la vida sin dejar rastro?...».

¿Qué hacemos por Cristo? ¿Qué hacemos por los hombres?

Quisiera dejar impreso en tu corazón de carne ese clamor doloroso: *Hominem non haheo!* ¡No tengo hombre! (Juan, V, 7).

¿Huirás del mundo? ¿Huirás de los hombres? Tú no puedes cometer ese crimen, porque son muchos los hombres de corazón que quedan abandonados por calles y plazas, en hospitales y en manicomios, jóvenes vigorosos, pero enfermos del espíritu, en la alta sociedad y en los barrios chinos de las grandes urbes..., porque no hay un alma que se acerque a ellos.

¿A qué esperas? ¿A que se acerquen ellos al sacerdote? ¿No ves que no se acercarán jamás? ¿No ves que están paralíticos y no pueden moverse? ¿No sabéis que huyeron de Dios y no se atreven a ponerse ese Nombre en su boca?... ¡Cómo van a rezar, si no saben!...

¡Quedaos en vuestra casa jugando a capillitas! Pero siquiera orad por esos hombres que se lanzan al mundo hoy, dejándolo todo, dándolo todo para que los muertos recobren la vida.

Y si tampoco queréis rezar por ellos..., al menos, no los calumniéis. Son como vosotros—más locos que vosotros—hijos de Dios.

También la Madre de Dios vive en el mundo y ama a los hombres. Y con el Niño en su seno, acompañada de José, anda de puerta en puerta. Tiene prisa, mucha prisa.

«¿Hay lugar?». Les urge un lugar, un sitio cualquiera.

Los hombres que no hacen nada malo, ¿permitirán que ese Dios nazca en el arroyo?

No piden dinero; piden lo que los hombres pueden conceder; pero... «no hubo lugar para ellos en el mesón» (Lucas, II, 7).

Y se cierra una puerta, y otra, y otra..., y se cierra un corazón, y otro, y otro.

Así Dios nacerá en un establo, junto a las bestias. Es el fruto de una serie de pecados de omisión. Y esto se repite cada día. Y se cierra un corazón, y otro, y otro, y miles de millones, a la Eucaristía.

«No había lugar para ellos en la posada». Es Cristo que quiere trabajar contigo, en el campo o en la ciudad, entre libros o pinceles. ¡No le cierres tu posada!

Es Dios que te pide colaboración en el nacimiento de tus hijos.

¡No le cierres, madre, jamás la fuente de la vida!...

Es Jesús, que quiere nacer pobre en el pequeño establo que tú tienes.

¡No le cierres tu humilde y sucia pesebrera!

Es el niño andrajoso que va de puerta en puerta.

¡No le cierres tu mano generosa!

Es el padre que busca entre los caminantes a su hijo desgraciado...

Es el fuerte que quiere curar a los leprosos.

¡No le cierres tu corazón ensangrentado!

## EL AMOR DE LOS CRISTIANOS

*Ut diligatis invicem!*

¡Que os améis unos a otros! —

(JUAN, XIII, 34).

Esa labor que nos espera en el mundo; todas esas energías que estamos acumulando para prender fuego a la tierra; todas esas «virtudes», esas fuerzas humanas que comenzamos a vivir hoy para después meterlas en el alma a todos los hombres, toda esa vida interior, esa vida de intimidad con el Ungido que está creciendo en nosotros para después hacerla vivir a los que nos rodean, todo eso se desplomará vertiginosamente en el vacío vergonzoso de la inactividad si nos faltara el amor de unos a otros.

Y el mal grave, hondo y doloroso que padecemos los cristianos que vivimos en el mundo es precisamente éste: no entender lo que es el amor. Venimos arrastrando esta maldición desde hace... ¿cuántos siglos?

Para un cristiano, el valor humano más fuerte es el amor.

¿Tú quieres hacer en esta tierra algo que sirva para el cielo?

¿Tú quieres entrar por caminos de vida interior y apostolado?

¿Tú quieres crecer en el amor de Dios?

¿Tú, cuando menos, quieres llegar a ser un hombre?

Ama a tu hermano; de lo contrario, tu vida será una mentira inútil.

Un mandato nos dejó Cristo como herencia para todas las generaciones: «El precepto mío es que os améis unos a otros como Yo os he amado» (Juan, XIII, 34).

Un mandamiento nuevo impuso Cristo a los hombres en la víspera de su Pasión. «En eso conocerá el mundo que sois mis discípulos» (Juan, XIII, 35).

Ese será el distintivo de los primeros cristianos: quererse sobrenatural y humanamente. Y ése tiene que ser el de la nueva generación de hombres de Cristo. ¡Que Dios castigue con fiereza nuestros cuerpos si es que no lo practicamos!...

Y es que hay muchos hombres en nuestro campo que ni siquiera saben amar. ¿Qué fuego van a comunicar? ¿Qué es lo que van a quemar, si están fríos?

«¡Mirad, mirad—decían las gentes de nuestros primeros hermanos—mirad cómo se aman!». El amor divino y humano de aquellos Doce destruyó la

frialdad de los paganos. ¡Mirad cómo se aman!... Entusiasmo y espanto produjo en el mundo el cumplimiento del mandato de Dios. El milagro se verificó.

Pero ¿qué pueden decir de nosotros las gentes de hoy?...

Causamos la misma admiración y espanto, pero el grito es otro muy distinto: «¡Mirad cómo se odian unos a otros!».

¿Y me dirás que calle? Tanta ignominia no es posible aguantarla. La solución para la hecatombe que sufre el mundo ha de llegar por el camino del amor. No inventemos sustitutivos.

El amor, siempre duro, y fuerte, y positivo—¿hay algo más positivo que amar?—, lo hemos dejado en cortesía, en pura cortesía, en no calumniar, en no negar el saludo, en no ofender, en no rehusar la ayuda en caso de grave necesidad.

¿También el amor vamos a vivirlo con omisiones y negaciones? Observáis con escrupulosidad vosotros, ricachones, la tradición en lavatorios de jarras y de vasos—pura cortesía—, pero bellamente «destruís el mandato divino por observar vuestra tradición..., una tradición inventada por vosotros mismos» (Marcos, VII, 9 y 13).

Dios dio la vida por nosotros. «Nosotros *debemos* darla por los hermanos» (I Juan, III, 16).

«Quien tiene bienes en este mundo y viendo a su hermano en necesidad cierra las entrañas para no compadecerse de él, ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios?» (I Juan, III, 17).

El que no ama con sacrificio está muerto. Y el que odia a otro cristiano, ése es un homicida.

Ríe tú con el que goza y no te alejes de quien llora; llora con quien llora.

No seamos envidiosos, porque terminaremos odiándonos y seremos fraticidas. . Más que dar la vida por otro cristiano en un momento dado—que resulta fácil—, el amor consiste en darle un poco de tu vida durante toda su vida. Un regalo de sonrisas; tu ayuda en su trabajo, tu aliento en su dolor, tu gozo en su alegría, tu amistad sincera, tus delicadezas..., todo lo que contribuya a hacer la vida más agradable a los demás.

El amor fuerte y sobrenatural que nos pide Dios a todos los hombres es el amor al enemigo; pero ese mandato no lo acabaremos de entender nunca si es que no practicamos en primer lugar la amistad y la intimidad sobrenatural y humana con nuestros amigos de siempre.

Se nos habla de tener pocos amigos, pero buenos. La consigna—no lo dudes— es para la muchedumbre y para los niños. La consigna sigue en pie para todos los que no pueden sobreponerse al ambiente que les rodea.

Para ti—hombre valiente, decidido y apóstol— la consigna es esta otra: muchos amigos y malos. ¡Cuántos «hombres malos» van a volver a Cristo por la amistad sincera de un apóstol de Dios!...

## CORRECCIÓN FRATERNA

*Corregios los unos a los otros,  
no con ira, sino con paz, como lo tenéis en el Evangelio.  
(La Didaché, XV, 3) »<sup>53</sup>*

Y ese amor verdadero nos llevará a amar por caminos totalmente desconocidos hoy. Un camino que es la piedra de toque de la fraternidad cristiana: la corrección: ¿La conoces?

No vivir la corrección fraterna es no vivir el amor.

«Que si estáis fuera de la corrección, de que todos los justos participaron, bien se ve que sois bastardos y no hijos legítimos» (Hebreos, XII, 8).

No podemos dejar la corrección exclusivamente a Dios.

«Y si tu hermano pecare contra ti (o cayere en alguna culpa), ve y corrígelo estando a solas con él: si te escucha, habrás ganado a tu hermano» (Mateo, XVIII, 15).

Unos y otros debemos decirnos las cosas con claridad y con verdad. Y esto hoy no se entiende. ¿Te parece que no es poner obstáculos al amor?

«Es indudable que toda corrección, de momento, parece que no trae gozo, sino pena; mas después producirá en los que son labrados con ella frutos apacibles de justicia» (Hebreos, XII, 11).

¿O acaso te parece más cristiano decir a la cara de los amigos palabras dulzonas y halagüeñas y darles luego por la espalda la puñalada de una crítica malediciente?

¡No lo entiendo! En eso, aun los niños ven un crimen.

Y esa clase de crímenes se vive todos los días. Mucho remilgo, palabras bondadosas y corteses a la cara risueña del oyente, y la injuria y la perfidia en su ausencia.

Me quedo—por más evangélica—con la postura de Pablo.

Antes que llegasen a Antioquía ciertos sujetos de parte de Santiago, Pedro comía con los gentiles; mas llegados que fueron aquéllos, empezó éste a recatarse por temor de tales circuncisos. Y los demás judíos se conformaron con su porte disimulado, de manera que aun Bernabé fue inducido a usar de la misma simulación.

Ante esa actitud equívoca y débil—dice Pablo— «le hice resistencia *cara a cara*, por ser digno de reprensión» (Gálatas, II, 11).

Así es la corrección fraterna; así la hombría y lealtad de los primeros cristianos.

---

<sup>53</sup> Edición de la B. A. C. *Padres Apostólicos*, Madrid, 1950, pág. 92.

Pablo jamás se atrevió a decir nada malo" a las espaldas de Pedro; cuando tiene una queja, se lo dice cara a cara. Así los valientes que aprendieron de Cristo cómo debe comportarse un hombre.

Que tenga yo la seguridad de que tú, como cristiano que eres, no hablarás jamás mal de mí, como cristiano que soy y hermano tuyo. Ten la seguridad más absoluta de que nunca mis labios se mancharán calumniándote o difamándote, o diciendo vanamente mal de ti.

Todo lo malo que veas en mí, tienes obligación de decírmelo para que me corrija, diciéndomelo a la cara, para que pueda agradecértelo.

«Esto es imposible», dicen los libros. Y te diré que la palabra imposible sólo aparece en el vocabulario de los cobardes.

No se trata de imponer novedades, sino de revivir lo que Cristo y los primeros cristianos practicaron hace veinte siglos.

No tenemos nada que inventar para hacer del mundo una cristiandad auténtica; lo único que tenemos que hacer es recristianizarnos, y para ello amar con un amor que se traduzca en obras, un amor que lleve a decirnos la verdad con prudencia, pero a la cara, de tú a tú; un amor que corrige al amor. ¡Esto es amar! ¡Así vamos a santificarnos!

Y aquel que entienda el Cristianismo de una manera más formalista, más de devoción que de obras, más de templo que de trabajo, más de temor que de amor, ése se equivoca.

## ME LO CONTARON LOS HOMBRES

¿Me lo contaron los hombres, o me lo contó el sueño? No lo sé. Déjame que ahora te lo cuente yo a ti.

Las olas del mar, como en día de fiesta) lucían mantillas de espuma blanca. Unas a otras se salpicaban de risas, y todas corrían y besaban la orilla. Algunas se volvían a la mar y las otras, sentadas en la arena, se reían. Era de noche cuando me acerqué para que me contaran su fiesta, y todas me salpicaron de alegría.

«Allá en la montaña—me gritan—vive un hombre de Dios. Le hemos visto rezar en la noche y fatigarse durante el día. Ve allí, a la montaña. Si mañana estás aquí, verás a las doce lucir una estrella».

Ese hombre de Dios—me enteré después—baja muy de mañana al pueblo que se encuentra al pie de la montaña. Trabaja con ilusión, sin olvidar a su Dios. Al terminar su labor comienza la ascensión pina y dura, con su borrico de carga; cuando más fuertemente pega el sol, se encuentra todos los días junto a la fuente clara de la montaña. Su boca pastosa se aliviaría con el agua, pero puede siempre más su amor, y siempre, cada día, ofrece ese pequeño dolor, se



lo ofrece a su Padre-Dios. El cielo, en recompensa, con la luz del mediodía, dibuja entre las nubes una estrella. Así todos los días.

Han pasado unos meses, y un pequeñuelo se ha acercado a contemplar la vida de aquel pobre anciano. Un muchacho sin años, que pide aventuras, le quiere imitar. Pero el anciano le disuade: «No podrás, pequeño, sufrir esta vida». Pero él insistió tanto, que trataron de poner su tesón a prueba un solo día.

Rezaron de noche a su Dios. Y muy de madrugada bajaron con leña en el borriquillo al trabajo duro del amanecer. Los dos trabajaron, el viejo y el niño. Terminaron la labor, y de nuevo, tirando del jumento, iniciaron la subida. El pequeño jadea, se cansa y sonríe. ¿No podrá más? Las piedras, sujetas en falso, le hacen perder el equilibrio, y rueda alguna vez con pequeños gritos. Se levanta, sacude su alforja y sigue adelante.

Ahora se le van los ojos hacia la fuente. Será un buen descanso. El muchacho mira al agua y mira al viejo.

—Si el viejo no bebe, ¿podré beber yo?

Y en el viejo, otra duda:

—¿Me mortificaré, Señor? ¡No beberá el niño si no bebo yo!

Indecisión. ¿Mortificación o caridad? Una de las dos ha de postergarse en aquel momento.

Y pudo más la caridad.

—Beberé para que él se atreva a beber.

Y el viejo se acercó a la fuente y bebió de ella. . Al muchacho se le escapó un grito de alegría y se volcó en las aguas.

Los dos ahora descansan. Pero el buen viejo reflexiona:

—¿Me sonreirá hoy también el cielo con su \_ estrella?

Y con temor levantó, lentamente, sus ojos a las nubes.

En el cielo, aquel día, lucieron dos estrellas.

## UNIDAD

Vamos hablando de muchos defectos que tenemos que corregir en nuestra conducta. No saques la impresión de que nada se ha hecho hasta aquí. Eso sería falsear la verdad. A lo largo de dos mil años, el Cristianismo ha extendido su influencia por el mundo entero; la Roma pagana, la fiera de los bárbaros, el protestantismo, el racismo, todo se viene abajo; el mismo concepto de nacionalidad se tambalea. Mientras todo cae, el Cristianismo se mantiene.

A lo largo de veinte siglos, día a día, problema a problema, dificultad a dificultad, la Iglesia—la Santa Iglesia—ha ido realizando la más maravillosa obra—aun humana—de consolidación, de fortalecimiento, de ímpetu misional,

de amplificación de horizontes apostólicos y profundización de espíritu de Cristo en los hombres aislados y en el conjunto de la Humanidad.

Piensa ahora, aunque sólo un momento, en la gloria histórica de la Iglesia Católica, en la egregia magnificencia del Pontificado, en las heroicidades de los apóstoles que han evangelizado los cinco continentes o en las sublimes acciones humanas y sobrenaturales que han hecho santos a los Santos de Dios. ¿Qué empresa han levantado los hombres que resista siquiera la comparación con nuestra Iglesia?

No es cierto, repito, que el Cristianismo no haya hecho nada. ¡Pero es tanto lo que queda por hacer!... Hay que ir mucho más aprisa para la salvación del mundo. La época presente requiere un frente unido, y ¡hay cosas que no se pueden tolerar! Católicos de países fronterizos no sabemos convivir. Ellos no nos comprenden, nos insultan, y nosotros no queremos entenderlos. El que piensa en católico ha de ser universal, con mucho amor a su patria, y por encima de ella, el mundo, la totalidad de los hombres.

No empequeñezcas el Cristianismo pretendiendo «acaparar» almas para tu mezquino apostolado personal; todos tenemos un campo extenso y grandioso en que poder trabajar, y en él nadie tiene derecho a monopolizar parcelas para su particular actuación. Ten «espíritu de cuerpo»; pero que sea el Espíritu del Cuerpo Místico de Cristo. Déjate de capillitas y pequeños grupos que son miopes para la visión de conjunto. Alza tus ojos por encima de las fronteras. No podemos ganar a los hombres para una minúscula fracción o un partido, sino que tenemos que ganarlos para Cristo.

¿No ves que el egoísmo individual va cercenando la unidad colectiva de los cristianos? ¿No ves cómo se alzan las naciones contra Dios y contra su Cristo? ¿No ves a los «sin Dios» trabajar afanosamente por mantenerse unidos contra el Señor? ¿No escuchas ese grito: «Proletarios de todos los países, uníos»?

¿Tan indiferentes podemos continuar ante el tumor que asoma su cabeza en nuestro Cuerpo Místico? Células enloquecidas por el egoísmo que acabarán por romper la unidad.

¿Religiones nacionales? ¿Religiones de raza? ¡Hay que cortar el tumor! Hay que avergonzar, con el amor, a esos fratricidas de Cristo; aunque nos duela porque son carne nuestra; hay que sanarlos con nuestra vida para que el Cuerpo no se corrompa.

Desecha las discusiones que dañan nuestra unidad. Somos universales; la envidia espiritual es el más terrible de los males que pudieran filtrarse entre los que sólo tienen un Cristo, una fe y un bautismo.

¡Cristianos, uníos a Roma!

Allá está Pedro; allí la Cabeza. Mira a Roma, reza con Roma. ¡Fuera de Roma no hay Cristo!

¡Que todos seamos, Señor, con Roma una misma vida!

No tenemos más que un solo Pan, y nos viene de Cristo en las manos de Pedro. Ya no hay gentil, ni judío, ni esclavo, ni libre. Todos somos unos en El.  
 ¡Cristianos. Romanidad!  
 ¡NOS URGEN LAS ALMAS!

Abre los ojos, mira y llora: ¡Dos mil años de Cristianismo, y... dos mil millones de almas que no conocen todavía a Cristo!, y... ¿cuántos millones que le conocen, pero huyen de El como de un leproso?

¿Te escandalizarás porque te digo que tenemos los católicos demasiados juegos de salón, que ofrecen como única finalidad preservarnos y entretenernos?

¿Entretenerse?

¿Preservarse?

¿Encogerse?

¡Qué palabras, tan vacías de sentido e impropias en el léxico de un hombre joven!

¡Entretenerse!... Cuando los hombres se están matando...

¡Preservarse del mal!... Cuando el odio invade todos los campos...

¡Encogerse!... Cuando nos están atacando...

¿No ves que no fue esa la actitud de nuestros primeros cristianos?

Con la audacia santa de aquella primera Iglesia de Antioquía—la cual, apenas fundada, establece los planes de una conquista universal, enviando para ese cometido difícil a sus mejores fuerzas: Pablo y Bernabé—, con esa misma audacia nos tenemos que lanzar hoy en medio del mundo para salvarlo. Hay que gritar enérgicamente a la tierra para que frene ese paso rápido, que lleva hacia la muerte. Gritadles para que vuelvan su cabeza y marchen por el camino de la Vida. Hay que zarandear a los hombres indiferentes para que reaccionen en su vida inútil, y nos puedan escuchar a los cristianos lo mucho que tenemos que decirles.

Seguimos ambicionando con gritos: ¡Paz, paz!

¡Y no puede haberla hasta que los cristianos la conquistemos por la oración y el esfuerzo! Y seguiremos lamentándonos por la maldad de los hombres... Pero ¿qué es lo que hacemos por ellos?

No podemos ir con prudencias humanas a salvar las almas de los hombres.

Tenemos que salvarlos, por mucho esfuerzo que hagan en hundirse.

«Dios y audacia» es el grito del cristiano.

¿Tú quieres tomar parte activa en la solución de la gran crisis actual de la Humanidad?

Deja las quejas y lamentaciones para los estériles y los impotentes, y escucha a Cristo, que nos recuerda la parábola del gran festín:

—Muchos han sido los convidados, y todos se excusan: una granja, cinco yuntas, el matrimonio.

—Todo estaba dispuesto. El padre de familia se irrita: Sal a la plaza, vete a los barrios y tráeme a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y cojos.

—Pero aún queda lugar en el reino de los cielos. Y la luz no puede ser infructuosa por la majadería de los hombres.

—Sal a los caminos, y a todos los que halles *compelle intrare*, fuérzales para que entren y se llene mi casa (Lucas, XIV, 15-24).

Necesita hombres audaces, llenos de gracia, divina y humana, que arrastren con su ciencia, su palabra, su pluma, su conducta y su trabajo a todos los hombres que viven apartados de Dios: «Me he hecho buscar de los que no me pedían; me he hecho enconadizo con los que no me buscaban» (Isaías, LXV, 1 y 2; Romanos, X, 20).

*Compelle intrare*. Fuérzales, oblígales a entrar. ¿Quieres más mandatos divinos para tus audacias santas en el apostolado, en ese apostolado de amistad y de confidencia?

Precisamos más que nunca: Audacia y prontitud"» para la acción.

«Una prontitud que no se espanta, que no se desanima por la previsión de ningún sacrificio que exija el bien común; una prontitud y un fervor que, haciéndoos solícitos en el cumplimiento de vuestros derechos de católicos y de ciudadanos, os preserve de caer en un abstencionismo apático e inerte, que sería gravemente culpable en una época en la que están en juego los intereses más vitales de la religión y de la patria»<sup>54</sup>.

Es Dios y es Pedro quienes te urgen... ¿Te pararás a escuchar los consejos de los indiferentes que no tienen prisa porque no tienen nada que decir? No te pares.

«No temas, sino continúa hablando, y no te calles, porque Yo estoy contigo» (Hechos, XVIII, 9).

Continúa con tus locuras divinas de siempre. Te encontrarás con los perros, que ladran en las encrucijadas de los senderos. Desprécíalos. El viento te trae el mensaje de Roma, y te habla de marchar de prisa. El camino es muy largo, y exige que nos apresuremos.

---

I: *Discurso al patriciado y a la nobleza romana*, 14 de enero de 1948.

«En tu empresa de apostolado no temas a los enemigos de fuera, por grande que sea su poder»<sup>55</sup>, aunque sean enemigos poderosos, grandes como gigantes.

«Se vocifera que la sociedad está sitiada por cristianos en el campo, en los poblados y en las islas; duélnense como de una pérdida de que personas de todo sexo, edad, condición y dignidad pase al nombre de cristiano»<sup>56</sup>.

Esto, que decía TERTULIANO de la maravillosa labor de los cristianos de la primera hora, deberán también repetirlo de los que hemos llegado a la hora del siglo xx.

Espera a los siglos para que juzguen tu locura.

La misma fe que movió a los Apóstoles a recorrer el mundo, y que movilizó en la Edad Media a naciones enteras para conquistar los Santos Lugares, ¿no te moverá a ti para dar tu brazo al desánimo de tu compañero?

El espíritu les empujaba a las plazas y a las calles, a las chozas y a los palacios, a los pueblos y a los grandes centros de tráfico internacional. — La mies es mucha, y pocos los hombres para recogerla, y ¡cómo corrían!, y ¡cómo vibraban!

¡Qué loca audacia la de aquellos valerosos, que supieron cantar el Credo con su sangre!

Los que hoy quieren frenar nuestra marcha, y son tomados por prudentes, son los mismos que hubieran hecho el ridículo en aquellos tiempos.

Llegó la palabra de Yavé, que decía: «Antes que tú salieras del seno materno, te consagré y te designé para profeta de pueblos».

Dije yo entonces: «¡Señor, no sé hablar! Soy todavía un niño».

Y me dijo Yavé: «No digas: Soy todavía un niño. Pues si vas, irás a donde te envíe Yo, y si hablas, dirás lo que te mande Yo. No los temas, que Yo estaré contigo para protegerte. Palabra de Yavé... Mira que pongo en tu boca mis palabras. Hoy te doy poder sobre los pueblos y reinos de arrancar, arruinar y asolar; de levantar, edificar y plantar» (Jeremías, I, 4).

Ponte en sus manos. No tienes más que abrir tu boca; la gracia de Dios hace todo lo demás. Somos sus instrumentos. Ten absoluta confianza en Cristo. No puedes descuidar los medios humanos... ¡aún menos los sobrenaturales!

Audacia, más audacia en tu apostolado. Eso es « tener Fe.

Nos preocupan las almas todas del mundo entero.

No te canses de obrar el bien.

¿No escuchas el clamor del Salmo? *Postula a me*:- Pídemelo, y Yo te daré las naciones en herencia tuya, y extenderé tus dominios por todos los confines de la tierra.

— Nunca te conformes con lo que ya has hecho. Nunca pienses «ya es bastante». Nunca mires atrás.

<sup>55</sup> Camino, núm. 955.

<sup>56</sup> Apologético, cap. I.

En los caminos que van a Dios, jamás se puede decir «basta». El «basta» nos lo dirá la muerte. Tú continúa dando siempre saltos. Pisa en firme. Apoyándote en esa piedra dura, da de nuevo el brinco.

; El cielo te lo tienes que ganar, y lo conseguirás —por la fe, la esperanza y el amor—arrastrando mil contigo al cielo.

Y mientras no exista en los cristianos la ambición de salvar a la humanidad pródiga, continuaremos con la vida mediocre que hasta aquí llevábamos: Sermones, actos eucarísticos, confesiones... con los de siempre: los ancianos, las ancianas, algunos niños, muy pocos jóvenes...—estoy mirando al mundo entero—, pero nos faltarían los hombres.

† ¡Cuándo nos daremos cuenta de que si el mundo no se acerca a nosotros, somos los cristianos los que nos tenemos que acercar a él!

«Lentitud». «Descanso». «Nada de apresuramientos». «Pensar, pensar». «Cuando seas mayor». «Cuidado con los engaños...». Así los hombres.

«Venid en pos de Mí». «Levántate rápidamente». «Deja a los muertos que entierren a sus muertos». «Tú sígueme». «He venido a prender fuego a la tierra». «Si tuvierais fe...». *Ut eatis*. «Tengo sed...». Así Dios.

Ningún cristiano puede desentenderse de las almas. Que vayáis en busca de hombres para Cristo; esto es misión de todos los que llevan su nombre.

Unos saldrán de su tierra en busca de tierras que todavía no conocen a nuestro Dios.

Otros se quedarán «misionando» en su misma patria, en su misma profesión.

No desprecies ninguna clase de apostolado. Jamás desprecies a quienes trabajan en él. Todos tienen cabida en la viña espaciosa del Señor.

«Queden lejos controversias y discordias que enervan y amenguan empresas llenas de esperanza: en la Iglesia a nadie falta abundancia de trabajo y de sudor, porque el campo que hay que trabajar con la labor apostólica es inmenso»<sup>57</sup>.

El falso celo apostólico se manifestó en los primeros doce en alguna ocasión, cuando dijeron: «Maestro: hemos visto a uno que andaba lanzando los demonios en tu nombre que no es de nuestra compañía, y se lo prohibimos».

Y la réplica del Señor fue inmediata: «No hay para qué prohibírselo, puesto que ninguno que haga milagros en mi nombre podrá luego hablar mal de Mí. Quien no es contrario vuestro, de vuestro partido es» (Marcos, IX, 38 y 39).

Todos los cristianos deben bendecir la labor de los otros cristianos. Pero por ser católicos—universales—no podemos transigir con los acaparadores ni exclusivistas, ni con los propietarios de almas. *Ecce omnes animae, meae sunt*. Sabed que todas las almas son mías (Ezequiel, XVIII, 4). Las almas son de Dios y libres como los pájaros del cielo.

¿Que otros organizan centros de resistencia para la masa?... Bendícelos y ayúdales.

<sup>57</sup> Pio XII: *Discurso al Congreso Internacional de religiosos*, 8 diciembre de 1950.

¿Que aquéllos atienden más a los niños que al obrero?... Bendícelos y ayúdales.

¿Que éstos se contentan únicamente con el ejemplo?... Bendícelos. Mientras el apostolado del ejemplo no sea un paliativo de la cobardía, bendícelos y ayúdales.

Bendice a todos, y tú, a tu camino.

A un cristiano enamorado de Dios, todo cuanto se haga por Cristo y por las almas le debe parecer siempre poco.

«Con tal que Jesucristo sea anunciado no me importa por quién; me regocijo y me regocijaré» (Filipenses, I, 18).

## VII. HACIA UNA EDAD DE FUEGO

*ignem veni in terram!...*  
 ¡Fuego ha venido a traer a la tierra!...

OLAS GIGANTESCAS  
 QUE LEVANTAN ROJA ESPUMA DE FUEGO

**Vienen a caballo sobre las olas del mar,  
 olas gigantescas que levantan roja espuma de fuego.**

No podemos extrañarnos de los desastres actuales. El mundo dio la espalda a Dios y se fue en busca de dioses nuevos que apagasen su sed de eternidad; pero esos dioses-fantasmas no han respondido ni responderán a la angustiada llamada de la tierra, porque no tienen vida.

Dios nos envió al Cristo para levantarnos de la caída honda que habíamos sufrido y le dimos muerte. Y seguimos negándole con nuestras acciones, matando los frutos de su afán redentor. ¿Por qué te extrañas de lo que está ocurriendo?

¿No ves al que avanza sobre la tierra, enrojecido por la sangre, magníficamente vestido, caminando con toda la grandeza de su poder? Es el Poderoso que vino y viene a salvarnos. Escúchale.

«He pisado en el lagar. Yo solo, y no hubo nadie que me ayudara.

»He pisado con furor y hollado con ira, y la sangre salpicó mis vestidos, manchando mi ropa. Miré alrededor y no encontré varón que me apoyase.

»Me dieron muerte los mismos hermanos, a Mí, que fui Salvador en todas sus angustias» (Isaías, LXIII, 1 y ss.).

¿Qué me pedís ahora, pueblos deicidas? ¿Que el Señor no se irrite, que no se acuerde de nuestras blasfemias, que olvide la cruz en la que le entronizamos? La guerra es el azote de Dios para su pueblo inconsciente.

Y los hombres de hoy seguimos pensando en la guerra. Los grandes ejércitos se preparan en la paz. Esta no es más que un puente en el tiempo uniendo la sangre de dos generaciones.



Destrucción, matanza, matar y morir...; el mundo sigue su curso, lento y monótono...; se bruñen de nuevo los cañones...; nuevos intentos... para matar a todos los hombres. Bestias apocalípticas aguardan la vida de los nuevos jóvenes para echar su zarpazo sobre la sangre caliente. Se imprimen las proclamas que encenderán el odio de los pacíficos. Estamos viviendo el silencio angustioso de los comienzos de la guerra. Pronto surgirán los pseudoprofetías, que nos hablarán de Dios, para cuya defensa dirán que se levantan en armas. Y los hombres marcharán a los parapetos, convencidos de que los hermanos que se encuentran enfrente han nacido para morir entre sus manos, sucias y arcillosas. Guerra, dolor, comunismo, incompreensión, cárceles, traiciones, hambre, luto, fiestas, nuevos pobres, nuevos ricos...; más guerras, más dolor...

Nos ha tocado en suerte una de las vidas más du-j ras que la Humanidad ha tenido hasta el presente. Las ramas débiles del Cristianismo se están desgajando al soplo violento del viento huracanado. El ruido de las aguas, el resplandor del fuego, atemorizan a los cobardes. Nubes dantescas cubren más cada vez la pálida luz del sol. Los hombres, encadenados en el barro, se hundirán bruscamente al asirse a las que ellos creen rocas, porque éstas se desmenuzarán entre sus dedos.

La segunda mitad del siglo xx se ha hecho para hombres de hierro.

La justicia de Dios tiene su tiempo, y ya ha llegado en su carro de fuego. Juzgará por el fuego y por la espada a toda carne, y serán muchos los que caigan a los golpes del Poderoso.

### **PLEGARIAS VEHEMENTES AL CIELO**

Los hombres, reconociendo su pecado, reconociendo que la hecatombe actual tiene su raíz en sus mismas vidas, han levantado su plegaria al cielo para aplacar la ira justísima de Dios.

En los tiempos de Cristo eran diez los leprosos que gritaban desde lejos pidiendo misericordia. Hoy son millones los que claman embarrados en sus angustiosas vidas rotas mirando a las alturas: «Ten compasión de nosotros».

Como en los tiempos de Cristo, se reúnen los tullidos junto a la piscina de la que fluyen a borbotones las aguas de salvación. ¡Compadécete, Cristo, de nosotros! ¡Ilumina la inteligencia de los que rigen nuestras naciones! ¡Envía la paz a tu pueblo! ¡Socorre a los desvalidos! ¡Liberta a los encarcelados! ¡Da luz a los ojos de nuestros ciegos! ¡Da pan a nuestros hambrientos! ¡Da de beber a nuestros sedientos! ¡Da vida a nuestros hijos muertos! ¡Mete amor y sangre en nuestros cristianos indiferentes a la tragedia en que vivimos! ¡Sacude a los perezosos!

No te olvides, Señor, de tus promesas: Te quedarás con nosotros en la tierra hasta la consumación de los siglos.

Envíanos hombres santos, que en medio del mundo, haciendo nuestra misma vida, con su conducta santa y humana, encaucen a los cristianos que se dejan influir por el ambiente pagano en lugar de santificarlo.

Para que esos hombres den vigor a nuestras organizaciones milenarias. Para que reúnan a todos los apóstatas junto a la casa de Pedro. Para que enseñen la verdad a los que nunca conocieron a nuestro Dios. Para que lleven la paz a las almas de los guerreros. Para que metan la guerra en las almas de los burgueses.

### CON LA FUERZA DEL VIENTO

No, no te quejes del Cristianismo. No, no está viejo. Sesenta generaciones no cuentan en una Iglesia que es eterna. No, el Cristianismo no está en crisis. Está vivo y joven. En crisis están las vidas de algunos—de muchos—de sus cristianos. El Cristianismo—el único poder que puede dar y dará paz al mundo—nació en Cristo, y sigue creciendo pujante como la hierba buena hasta que llegue el momento de la siega.

Por eso no nos dan miedo ninguno ni la cara torva de nuestro tiempo, ni el poder de las tinieblas.

En nuestros días—todos lo estamos viendo—, la lucha santa de los cristianos tiene un renovado vigor. Ha vuelto a soplar el Viento con fuerza poderosa. ¿Cómo hubiera podido ocurrir de otra manera? El Espíritu ha lanzado sobre la tierra un nuevo huracán que hincha las velas de la Iglesia de Pedro. El Anillo del Pescador bendice los brotes jóvenes de la viña. Los cristianos con nuevo empuje son, en medio del mundo, la alegría de las entrañas de la Iglesia y una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad.

Y mañana, con los siglos, si la tierra que es niña no se muere, continuará enviando juventudes el Espíritu.

Cuando lleguen, nosotros habremos muerto; les saludaremos con sonrisas desde el cielo.

Así será hasta el fin de los tiempos. Así entendemos—con ecos no sólo firmes, sino también cargados de serena paz—el *Non praevalerunt*. Hasta el final no amenguará nunca la fuerza del Viento. Y cuando lleguen los últimos días, aquel mismo ejército que desolará la tierra por mandato del Señor, para nosotros, los hijos de Dios, será la fuente de una luz más viva, de la eterna alegría.

¡FUEGO HE VENIDO A TRAER A LA TIERRA!

El grito de los hombres buenos que clamaban al cielo ha sido escuchado en las alturas. El fuego de Dios se extiende victorioso por todas partes.

Entre el lodo sucio que dejó como rastro la guerra de la Humanidad, se levanta con fuerza creciente el empuje de los cristianos. La Iglesia pone en marcha su mandato divino, lleno de paz. Un mensaje que es aliento para los tímidos, fortaleza para los bravos, roca fuerte para los Santos de hoy. Esperanza de cielo para todos los valerosos.

Hombres de poca fe, ¿por qué dudabais?

¿Podíais pensar que nuestro Cristo se había olvidado de los hermanos pequeños que dejó aquí en la tierra?

Todas las crisis de tiempos pasados hallaron su solución en las Alturas. ¿No nos prometió que estaría con nosotros hasta la consumación de los siglos?

¿Podíais dudar, hombres de poca fe, de que la plegaria de los niños, el gemido de las madres, fuera atendido por Dios?

«Yo soy Yavé, vuestro Rey.

»El que abre caminos en el mar y senderos en las muchedumbres de las aguas.

»El que hace avanzar a carros y caballos y a los ejércitos de fuertes guerreros.

»No os acordéis más de lo ocurrido otras veces.

»...Que voy a hacer una obra nueva que ya está comenzando.

»¿No lo veis?

«Voy a abrir un camino en el desierto y a llevar ríos a la soledad.

»Voy a poner agua y torrentes en las tierras áridas para abreviar a mi pueblo, a mi elegido, al que hice para Mí.

«Porque eres a mis ojos de gran estima, de gran precio.

»y te amo.

»te entrego reinos y pueblos a cambio de tu vida.

«Nada temas, que Yo estoy contigo... »Lo que hago Yo, ¿quién lo estorbará?» (Isaías, XLIII).

¡Cantad, cielos, que está con nosotros la luz de nuestro Dios!

El Señor se ha complacido de su tierra y ha enviado la salvación. Porque quiso, porque El es el Señor, porque nos sigue amando con locura.

Verdaderamente, la Iglesia tiene la misma fuerza de Dios, y no podrá jamás envejecer.

«¡Mantengo la palabra dada a mi siervo!»

(Isaías, XLIII, 26), dice el Señor en la Escritura. Y la palabra que nos ha dado hoy es ésta:

«¡Pasaréis como las aguas a través de los montes!».

«Seréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios. Yo os daré un solo corazón y un solo camino. Depositaré en vosotros un nuevo espíritu. Arrancaré de vuestra carne ese corazón de piedra y os daré uno nuevo».

«Yo que soy el mismo Poder, quiero estar necesitado de vosotros».

...Y con un grito de corazones y cruces, «Cristo se lanza como un gigante para recorrer el camino que se abre ante El».

*Fratres! Scientes, quia hora est iam nos de som-no surgerel*

«Sabad, hermanos, que ya es hora de levantarnos del sueño que padecemos» (Romanos, XIII, 11).

*Ignem veni mittere in terram! Et quid voló nisi ut accendatur!*

«¡Fuego he venido a traer a la tierra! ¿Y qué quiero sino que arda?» (Lucas, XII, 49).

Por eso, yo entiendo fácilmente que se ame al Señor; me explico también que se le odie. Pero lo que jamás comprenderé es que pueda haber gentes indiferentes ante los gritos y ante la sangre de Dios.

La posición de los indiferentes no la puedo ni la quiero comprender. Ellos serán los vomitados de Dios.

Como en los tiempos de Pablo, tenemos que predicar a los pueblos al Dios desconocido de las gentes, porque no es Dios lo que los ojos impuros y envidiosos han visto en nuestro Cristo.

Y para ello, no lo pongas en duda, es preciso atravesar el mundo.

«Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas»<sup>58</sup>.

Estáis abriendo caminos nuevos; no os desalentéis. Si Cristo se ha lanzado como un gigante en medio del mundo, ¿seremos infieles los cristianos a nuestra vocación?

El ha venido a traer fuego a la tierra. ¿Nos cansaremos nosotros de echar a la hoguera corazones limpios, chispas encendidas que metan en las entrañas del mundo el fuego de Dios?

**¡CRISTIANOS, ADELANTE! ¡LAS AGUAS PASARÁN!**

¡Cantad, gritad! ¡Las aguas pasarán!

No caminas solo; vas con El. Y si no tienes motivos para desconfiar de Dios, ¿por qué te paras?

Esa vuelta a la predicación del Dios desconocido pide en nosotros poner por obra los mismos medios que emplearon los que le predicaron por primera vez. Y éstas son las armas:

Oración.

<sup>58</sup> Camino, núm. 928.

Mortificación.

Trabajo.

Ansia de almas.

Alegría y optimismo de hijos de Dios.

Unión con la cabeza, con Pedro, con Roma.

Con los primeros cristianos nos juntamos en asamblea para asaltar a Dios con nuestras oraciones como a carga cerrada. Esta violencia sabemos que es grata a Dios.

¿Qué otros medios tenemos? Haz el recuento:

Unos miles de cristianos en el mundo para la lucha (no te hagas ilusiones: no cuentas por millones, que hablamos de guerra).

Unos cientos en la soledad, retaguardia poderosa donde brota la ayuda eficaz para las tropas de choque.

Unas docenas de santos caminando por el mundo. Unos pocos medios materiales, siempre insuficientes.

«El que va a emprender una guerra, comienza por hacer el recuento de sus tropas» (Lucas, XIV, 31).

Suma: unos pocos miles + unos pocos cientos 4- unas pocas docenas + unos pocos medios + ...

Pero Cristo no nos deja terminar los cálculos y pasa de nuevo junto a nosotros con el fuego en la mano, lanzado como un gigante para recorrer el camino que se abre ante El. Y lo hemos echado todo a rodar. El grito de los Macabeos nos ha sacudido el alma: la victoria en las guerras no está en la multitud de los ejércitos; la fortaleza viene del cielo.

«¡Adelante la caballería! ¡Marchad a la batalla!». «Cuando oigáis hablar de guerra y de rumores de guerra, no os espantéis» (Marcos, XII, 7). Es el ejército del Hijo del Hombre que ha tomado parte en la contienda. «Caminad mientras tengáis luz» (Juan, XII, 35).

«Como saetas encendidas en la mano del guerrero, así serán los hijos de la juventud» (Salmo CXXVII, 4).

¡Adelante! Tú sigue a Cristo. No retrases tu naso. «Si anduviereis en mis preceptos y guardareis mis mandamientos y los cumpliereis..., perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán delante de vosotros... ¡Cinco, perseguiréis a cien de los extraños, y cien a diez mil de ellos!... Os miraré y os haré crecer y multiplicaros... Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo» (Levítico, XXVI, 3 y ss.).

¡Cristianos! ¡Adelante!

Y los hombres de Dios se lanzan al mundo para salvarlo, y van sueltos como las estrellas, con espadas de luz, abriendo camino en las noches frías, clavando haces de fuego en las esquinas de las almas torturadas.

¡De prisa! ¡De prisa! La Iglesia—la Santa Madre—, que es la santa prudencia hecha carne, nos respalda.

Se va despacio cuando hay que tantear los pasos. Cuando nos empuja Dios, no hay obstáculos que nos puedan cortar el avance.

«Hendió la roca y brotaron de ella las aguas, que corrieron como un río por el desierto» (Salmo CIV, 41). La fuente se ha convertido en un río de aguas muy abundantes.

¡El mundo es nuestro! ¡Pisad reciamente nuestra tierra!

¡No podemos pararnos!

¡Ay de los corazones tibios y de las manos flojas! ¡Ay del corazón cobarde! En el Día de Yavé, en el que «las obras serán descubiertas por medio del fuego» (I Cor., III, 13), los indiferentes y los cobardes que no quisieron tomar parte en la contienda recibirán el castigo duro de los infames.

Si ves a alguno titubear en nuestras filas, endereza su paso, tiéndele tu mano, fortalece sus brazos. Dile con Isaías: «¡Valor! No temáis. He ahí a nuestro Dios. Viene El mismo, y El os salvará» (XXXV, 4).

No puedo terminar esta charla contigo, escrita a gritos más que con clamores de optimismo. Estoy escuchando a los primeros cristianos, a nuestros hombres de hace veinte siglos, y no puedo hacer otra cosa más que repetirte su euforia: «Somos de ayer y hemos llenado toda la tierra»<sup>59</sup>

Y van surgiendo hombres en la Iglesia que se preparan para la lucha. Hombres santos en cada una de las actividades humanas.

No caminamos «hacia una nueva Edad Media», sino que marchamos, como nueva cristiandad, hacia una época de fuego: *Ignem veni mittere in terram...* Pedro y Pablo nos preceden. Hombres de todas las razas y de todos los colores marchan detrás. Son los cristianos. Una unidad perfecta, por ser católica, y por católica, universal.

¡Vienen a caballo sobre las olas del mar, olas gigantescas que levantan espuma roja de fuego!

¡No pretendáis, indiferentes, parar el paso fuerte de nuestros cristianos! ¡Que lleven fuego!

Es un ejército preparado para la guerra y cuyos soldados llevan el signo de la Paz en sus frentes. ¡Incendaremos el mundo!

No pararemos hasta que resplandezca la salvación como brillante antorcha. No amenguará nuestro paso hasta que llegue el día de Cristo, hasta que se levanten los huesos de la tierra en el día del Juicio.

«Yo os reuniré de los extremos de la tierra... ¡Qué gran muchedumbre la que vuelve!» (Jeremías, XXXI, 8-9).

¡Cantad, gritad! ¡Las aguas pasarán a través de los montes!

<sup>59</sup> TERTULIANO: *Apologético*, cap. XXXVII.

Te repetiré, para terminar, el grito eterno: ¡Con Cristo o contra Cristo!  
¡Decídetes!

Ellos—los despreciadores de Dios—confían para la lucha en sus carros de guerra y en sus caballos.

Nosotros—los cristianos—confiamos en el Nombre del Padre.

Confiamos en el Nombre del Hijo.

Confiamos en el Nombre del Espíritu Santo.

Confiamos en el Nombre de Santa María.